



MUR LAFFERTY

CIELO

(Heaven)

SERIE POSTVITA 1

(Afterlife 1)

FREE EBOOK / EBOOK GRATUITO

Créditos

CIELO, serie Postvita 1

Obra Original: **Heaven, The Afterlife Series I** (Copyright © 2011 de **Mur Lafferty**, Version 1.2 Publicada por **Restless Brain Media** bajo Licencia CC-BY-NC-SA)

murverse.com

Poema “Heaven Must Be Boring” Copyright © George Hrab. Usado con permiso.

Traducción y Edición: Artifacts, abril 2020.

artifacts.webcindario.com

Diseño de Portada: Artifacts.

Imágenes tomadas de Max Pixel bajo Licencia CC-0

Licencia Creative Commons

Esta versión electrónica de **Cielo, serie Postvita 1** se publica bajo Licencia CC-BY-NC-SA 4.0 <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Si quieres hacer una obra derivada, por favor, incluye el texto mostrado de la sección de Créditos de este eBook.

Licencia CC-BY-NC-SA

Esto es un resumen inteligible para humanos (y no un sustituto) de la licencia, disponible en Castellano. Advertencia. Usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y crear a partir del material.
- El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.
- **Bajo las condiciones siguientes:**
- **Reconocimiento:** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **No Comercial:** No puede utilizar el material para una finalidad comercial.
- **Compartir Igual:** Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.
- **No hay restricciones adicionales:** No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

Sobre Mur Lafferty

MUR LAFFERTY ES ESCRITORA Y PRODUCTORA DE PODCASTS ganadora del premio Hugo Fancast en 2018. También fue finalista en 2018 de los premios Nebula y Philip K. Dick y ha ganado el premio Parsec, el premio Podcast Peer, el premio Manly Wade Wellman y el Premio John W. Cambell a la "Mejor Escritora Revelación".

Ha publicado varias obras vía audio-podcast, incluyendo su novela "*Playing For Keeps*", el audio drama "*The Takeover*", y por supuesto las novelas de la serie Postvita.

Sus obras publicadas incluyen "*Playing for Keeps (Swarm)*", "*The Shambling Guides I: The Shambling Guide to New York City*" y "*The Shambling Guides II: Ghost Train to New Orleans*", por no mencionar varios relatos.

Es la presentadora del programa "*I Should Be Writing*".

Mur vive en Durham, Carolina del Norte, con su marido, Jim Van Verth, su hija y dos perros.

Twitter: @mightymur

Blog: murverse.com

Dedicatoria

Este libro está dedicado a los oyentes, quienes me alentaron a dar el paso de una historia hasta una serie.

Gracias.

HEAVEN
MUR LAFFERTY



THE
AFTERLIFE SERIES
I

LIBRO 1

KATE

Heaven must be really boring
If you think about it logically
All the angels must be snoring
Who could stand perfection for eternity?
Not me.

“Heaven Must Be Boring” ~ **George Hrab**

* * *

El Cielo debe de ser muy aburrido
Si se piensa lógicamente en ello
Todos los ángeles deben de estar roncando
¿Quién podría soportar la perfección durante la eternidad?
Yo no.

Capítulo 1

Mi mejor amigo, Daniel, y yo morimos cuando teníamos veinticuatro años. No se me ocurrió que podríamos morir. ¿Cuántas veces se oye algo así? Éramos jóvenes, estábamos sanos, en nuestro mejor momento, bla, bla. La muerte nunca estuvo en nuestras mentes. Yo creía que la juventud es el momento de mayor potencial, pero cuando eres un pedazo de carne muerta en un Toyota aplastado, tu potencial de grandeza cae a cero.

A decir verdad, mi potencial de grandeza nunca había sido muy alto. En el instituto, me sentía bastante cómoda como una de las "chicas inteligentes", pero nunca gané ningún premio ni ninguna beca. Sólo aprobaba. En la universidad me centré principalmente en pasar el rato con las amigas y suspirar por mi mejor amigo. Dejé los estudios a mitad de mi tercer año.

Cuando visitaba mi casa durante las vacaciones, mis padres ignoraban el elefante blanco de mi fracaso universitario para crear la ilusión de una familia feliz, pero mi abuela no se lo estaba creyendo. Ella era una de las pocas personas en las que yo confiaba, simplemente porque no me daba de comer.

La tarde de Navidad, ella me llevó aparte. —*Kate, tenemos que hablar sobre eso de la universidad.*

Puse los ojos en blanco. —*Abuela, ya te dije...*

Ella movió la mano para que yo guardara silencio. —*Cuando yo era joven, el presidente Kennedy dijo que íbamos a ir a la luna, no porque fuera fácil, sino porque era difícil.* - Señaló por su ventana hacia el cielo nocturno. —*La mayoría de la gente toma el camino fácil. No puedo culparles. Es fácil.* - Sus ojos se movieron hacia el salón donde mi padre estaba trabajando para mantener el sofá firmemente plantado en el suelo. Ella nunca había dicho una mala palabra contra su hijo, por otra parte, tampoco es que tuviera que hacerlo.

Esta vez, obviamente, ella también estaba hablando de mí, pues yo había tomado el camino fácil desde el instituto: yendo a la

Universidad Sarah Enigma en lugar de la Universidad de Tennessee o Duke, y luego dejando los estudios sin calificaciones importantes declaradas, sin calificaciones estelares en cierta área específica que me indicara el camino a seguir.

Esa noche, yo todavía estaba avergonzada, desafiante y enojada. Asentía pacientemente mientras la abuela Melissa me hacía sentir cada vez peor, luego salí a tomar una cerveza con Daniel, mi mejor amigo, compañero de cuarto y amor no correspondido.

Daniel y yo teníamos un apartamento en Boone, Carolina del Norte, cerca del campus de la U.S.E. Yo trabajaba en una floristería y Daniel se había convertido en empleado de «Ropa Masculina Belk» en el centro comercial Boone. Ambos estábamos completamente atrincherados en nuestro estilo de vida de veintiañero. Aparte del verdadero éxito, la muerte era lo más alejado en nuestras mentes.

Por desgracia, el accidente de coche que me quitó la vida también mató a Daniel. Cuando morimos, nuestros obituarios no dijeron: «A él nunca le atraparon haciendo trampa para labrarse un futuro consiguiendo su título de licenciatura, pues se lo labraba vendiendo ropa de hombre en Belk» ni «Ella eligió su universidad basándose no en construirse un futuro brillante, sino porque estaba enamorada de un chico que la trataba como a una hermana». Lo que en realidad anunciaron fue lo bien que le caíamos a todos: lo bien que me llevaba yo con mi abuela y que Daniel provenía de un pasado trágico sólo para terminar su vida trágicamente. También entraron en gran detalle sobre nuestro trabajo con el refugio local para personas sin hogar.

Lo curioso es que Daniel solo trabajaba en el refugio para personas sin hogar porque su novia Kayra Nhoj trabajaba allí y él quería impresionarla, y la noche de nuestra muerte fue la primera vez que yo fui con él. Los periódicos tampoco decían eso, ni decían lo reluciente que me había mostrado yo de ir.

¿Qué puedo decir? La desesperación siempre me ha asustado. Cuando era una Girl Scout (eso sí lo mencionaron los periódicos) lloré cuando llevamos dulces de Halloween a un hogar de ancianos para alegrar el día de los residentes (no mencionados). Incómoda con el olor rancio y las sonrisas sin dientes, los camisones lúgubres

y las desesperadas miradas vacías, yo seguí a las chicas de mi tropa. Me asomé por una puerta abierta y vi a un anciano luchando por salir de la cama. Su bata de hospital colgaba abierta por la parte de atrás y pude ver sus delgadas piernas, su asexual trasero inexpresivo y su espina nudosa. Yo estaba convencida de que el hombre se rompería si se caía. Antes de que pudiera mirar hacia otro lado, él se resbaló y, aunque arañó los soportes de la cama, cayó.

Grité y corrí a buscar una enfermera, quien se encargó de ello con tanta calma que me pregunté si era un robot. ¿Cómo podría alguien humano no salir corriendo a esconderse de la visión de las personas en descomposición antes de morir? Nunca le dije esto a nadie. Ni a mi abuela, ni siquiera a Daniel. Él siempre me invitaba a ir al refugio a ayudarlo a él y a Kayra, pero yo siempre me negaba. La noche de nuestras muertes, él al final explotó.

—*¿Cual es tu problema?* - me gritó. Me estaba llevando en coche a la biblioteca para que yo pudiera leer mientras él vertía sopa en las bandejas de los desesperados o lo que fuese que hacía. La lluvia caía a cántaros. Yo no tenía nada más que un ligero suéter y maldije mi falta de planificación.

—*Es que no me gusta, ¿de acuerdo? ¡No puedo manejarlo!*

—*¿Ni siquiera te importa? Estas personas necesitan nuestra ayuda. Tú puedes dársela.*

Yo me quedé en silencio.

—*No puedes evitarlo, ¿sabes? No te marcharás y descubrirás que el casero nos ha dejado fuera del apartamento, que tus dientes están flojos y que tienes sarna.*

—*Oh, venga ya. Tú sólo vas allí por Kayra. Si rompierais mañana, no volverías.*

—*Eso es una tontería. Y deja de culparme por tus problemas. Sólo tienes miedo.*

—*Eso nunca lo he negado, solo que...*

—*Solo que no tienes empatía, eso es todo. Cristo, Kate, a veces me*

pregunto si te preocupas por alguien más que por ti misma.

Paramos en la acera frente a la biblioteca con un frenazo.

—*Te recogeré en dos horas. Estate preparada,* - me dijo sin mirarme.

Lo miré durante un momento, pero él no me miró. Suspiré y salí a la lluvia. No le miré al marcharse y me negué a reaccionar cuando la rueda me salpicó en la espalda al pisar un gran charco.

En el interior, goteé sobre la alfombra mientras una bibliotecaria me miraba inquieta. Yo no la culpaba: yo entraba empapada. No quieres una esponja mojada (ni una mujer parecida a una) cerca de los libros.

Daniel estaba equivocado. No era por falta de empatía, era por demasiada. Yo me preocupaba tanto por esas personas que temía no poder ayudarlas en absoluto, que mi trabajo fuese vaciar el océano con un cubo. Prefería sentirme mal por mi incapacidad para vaciar el océano estando en tierra firme que ahogándome en las profundidades, así que, me mantenía alejada. ¿Cómo puedes combatir la pobreza y la vejez? Yo no era un político. Yo no era un filántropo.

Daniel me había dicho una vez que si podía darle a alguien una comida y una sonrisa, entonces valía la pena. Estas personas no tenían gran cosa, por tanto, no necesitaban gran cosa para estar mejor. Yo apostaba mi vida a que fue Kayra quien le había dicho eso. La Perfecta Kayra.

Pero eso no significaba que no fuera cierto.

Me acerqué al teléfono público y llamé a un taxi.

Capítulo 2

Yo esperaba que las personas sin hogar tuvieran nombres coloridos como Sopahueso Ike y Deacon Walthers. Esperaba que tuvieran historias sobre furgones y pasteles. Esperaba que fueran como las personas sin hogar de la televisión, valientes y alegres.

Estaba equivocada. Tenían nombres como Helen, Mike y la Sra. Amigone. Había un *Dareth Kasar*, - pero no hablaba inglés. Ninguno de ellos contaba muchas historias. Estaban callados y agradecidos y saludaban a Kayra con un rápido gesto, apenas reconociendo a Daniel. Después de la reunión inicial, los otros trabajadores me ayudaron a poner mesas y a saludar a algunos que llegaron temprano. Melissa, la mujer a cargo del refugio, me puso a trabajar en la cocina haciendo uso de mis mínimas habilidades culinarias para hacer sopa y pan de maíz. La noche pasó rápidamente, mi miedo acabó devorado por la frenética cocina, por una quemadura en el antebrazo de una sartén de hierro fundido y por el sudor.

Daniel rompió mi trance con una mano suave en la espalda. —*Kate. Tómate un descanso. Ven y siéntate, llevas tres horas sin parar.*

Parpadeé y le miré, mi cuello crujió. —*Déjame sacar este pan de maíz del horno y te veré afuera.*

Me sonrió y salió de la cocina. Me puse guantes acolchados y saqué el pan de maíz, lo saqué de la sartén sobre la fuente de servir, lo corté con el cuchillo de chef sin filo y se lo pasé a Horace en el corredor entre la cocina y la cola de la comida. Salí de la cocina secándome las manos en mi sucio delantal.

La mayoría de nuestros clientes, como los llamaba Kayra, se habían ido. Daniel y Kayra estaban sentados a una mesa con dos viejos, riéndose.

Uno de ellos tenía una larga barba blanca con manchas inquietantes, el otro era de rostro abrupto, pero bien afeitado. Ambos hablaban con acentos que yo no pude identificar.

—*No lo entiendes*, - decía el hombre afeitado. —*Los mitos se crean a*

partir de los viajes. Alguien viene a la ciudad. Alguien se va de la ciudad. Siempre hay movimiento.

Kayra sacudió la cabeza. —*¡Pero me pasé nueve horas viendo guerras, pies peludos y hobbits llorones haciendo cosas que les hubiera llevado a esas gigantescas águilas quince minutos!*

—*Nadie hubiera cambiado, - dijo él. —Sí, la amenaza habría desaparecido, pero sucedieron más cosas en la historia que el anillo arrojado al volcán. Los personajes crecieron. El rey legítimo regresó. Esas guerras eliminaron la corrupción. Si se sigue el camino fácil, nada cambia y nada crece. Sauron habría desaparecido, pero ¿y sus ejércitos? ¿Qué hay de Sáruman?*

Daniel me saludó cuando me senté. —*Kate, este es Isaac y el Sr. Grande, - me dijo. Yo les di la mano tratando de no pensar en lo sucias que estaban. —Estamos teniendo una discusión sobre El Señor de los Anillos.*

—*Ah, - dije sentándome. —¿Y estás diciendo que el viaje es clave no el destino?.*

Isaac asintió fervientemente. —*¿Sabes?, algunas conquistas son más dulces cuando trabajas duro por ellas.*

—*No sé, - dijo Kayra frunciendo el ceño.*

—*Ah, eres joven, - dijo Grande. —Aprenderás.*

—*Kate, Daniel, fue un placer conocerlos, - dijo Isaac poniéndose de pie. —Pero mi compañero y yo ahora debemos continuar nuestro viaje.*

Kayra se sonrojó ante el obvio desaire y me pregunté por qué el hombre la había dejado fuera.

Daniel no pareció darse cuenta. —*¿Os vais de la ciudad?, - preguntó él levántandose y estrechando las manos de los hombres.*

—*Sí, pero estoy bastante seguro de que nos veremos de nuevo, - dijo Grande. —La vida es un viaje después de todo. Señorita Kayra, también fue un placer verla y perdone la grosería de mi compañero. - Isaac buscó a tientas su abrigo y se cubrió la cabeza con una ajada*

capucha ignorando el comentario del Sr. Grande.

Kayra se encogió de hombros y le sonrió. Su sonrisa era luminosa, y pude ver por qué había hechizado a Daniel. —*Por favor, regresen si alguna vez necesitan una comida caliente. Ya saben dónde estamos.*

El asintió. —*Ciertamente, señorita Kayra. Hasta la próxima, Daniel, Kate.*

Los saludamos y los vimos salir a la tormenta.

—*¿Sr. Grande?, - pregunté riéndome al fin.*

—*No es su nombre real, pero dice que se traduce así, - dijo Daniel.*

—*¿En qué idioma?, - pregunté.*

—*No lo dijo, - dijo él. Se volvió hacia Kristen frunciendo el ceño. — Lamento que haya sido grosero contigo. No sé a qué ha venido eso.*

Ella hizo un puchero, un poco, pero el abrazo de Daniel pareció animarla. Intenté no mirar la interacción, eligiendo en su lugar recoger las mesas restantes.

—*Kate, no te preocupes por eso. Hemos trabajado una hora más allá de nuestro tiempo de voluntariado. Otras personas vendrán a limpiar, - dijo Kristen.*

—*¿Quieres que te lleve a casa? Yo me quedaré en casa de Kayra esta noche, - dijo Daniel.*

—*Gracias, - dije depositando los platos en la bandeja del carrito.*

Mientras los tres nos preparábamos para salir a la tormenta, respiré hondo y miré por del comedor, maravillada.

Había sobrevivido.

* * *

El apartamento de Kayra estaba cerca del refugio para personas sin hogar y ella dijo que tenía que «preparar algo» antes de que Daniel

fuera allí. Ella soltó una risita al decirlo y se me retorcieron las tripas. La dejamos y Daniel la besó aparatosamente antes de que ella saliera. Yo observé caer la lluvia.

—*¿Vas a ir en el asiento delantero o voy a llevar a Miss Daisy?*, - me preguntó mirándome por el espejo retrovisor.

Yo sonreí.—*Está lloviendo como el infierno y me gusta un poco así. ¡A casa, James!*

Daniel dio una carcajada. —*¿Sabes?, estuviste genial esta noche.*

—*Gracias. Me alegro de haberlo hecho. Y estuvo bien pasar tiempo de calidad con Kayra*, - le dije esperando que no se diera cuenta de que esto último era una mentira descarada.

—*Sí, ella es genial, pero no sé. No estoy seguro de si durará*, - me dijo deteniéndose en un semáforo en rojo.

—*¿Cómo? Pensé que teníais mucho en común, que estabais destinados a estar juntos, que era genial en la cama.* - Daniel no se guardaba los malditos detalles cuando hablaba de sus citas. Por lo general, yo le devolvía el favor hablando de mi período.

—*Sí...* - se detuvo.

Me reí. —*Te has aburrido de ella.*

—*Supongo. Ya no es emocionante.*

—*Bueno, se supone que el amor verdadero no es emocionante para toda la eternidad, de lo contrario nuestros padres se estarían manoseando el uno al otro a todas horas como si fuera la noche de graduación. ¿Tus padres actuaban como si estuvieran enamorados?*

Los hombros de Daniel se tensaron y yo me maldije. A él no le gustaba hablar de sus padres, pero pensé que tal vez podría encontrar una oportunidad aquí. No sabía mucho sobre su madre, solo que había muerto el año anterior a que él y su padre se mudaran a mi ciudad, cuando él aún era un niño pequeño.

Tropecé y recuperé el equilibrio. —*Mira, vas a tener que darte cuenta*

de que el amor cambia, igual que la gente. - Intenté mirarle por el espejo, pero él no levantó la vista, así que miré el diluvio por la ventana. No había cesado en toda la noche.

—*Bueno, todavía no tengo que aceptarlo,* - dijo finalmente. —*No estoy listo para encontrar a «la indicada».* *Todavía tengo años y años para tener citas.*

Di una carcajada. —*Lo que tú digas, colega.*

—*Bueno, ¿qué fue lo que de verdad te hizo decidir venir al refugio esta noche?*

—*No sé. Tenías razón, supongo. Estaba asustada. Mi abuela siempre dice que necesito ser más valiente,* - le dije mirándole. Me sonrió en el espejo retrovisor.

Le devolví la sonrisa, aliviada. Me encantaba su sonrisa. Por un momento olvidé que me iba a casa sola, que él me iba a dejar para volver luego a la sorpresa guarra que le esperaba en casa de su novia. Me olvidé que él no era mío.

Eché un vistazo a la carretera y luego me miró. Se rio nerviosamente. —*¿Qué? ¿Por qué me estas mirando?*

Y creo que se lo habría dicho. Creo que finalmente estaba preparada. Esa noche me había enfrentado a un miedo, ¿por qué no iba a enfrentarme a otro? Respiré hondo.

Pero luego Daniel maldijo y dio un fuerte volantazo hacia la izquierda. Ninguno de los dos había visto la luz roja hasta que fue demasiado tarde. Los faros llenaron el interior del automóvil, chillidos, bocinas y luego crujidos horribles. Todo fue muy lento, y durante la fracción de segundo entre el aluvión de sonido y la llamarada de dolor candente, extendí la mano hacia Daniel, pero no le toqué.

Después, nada.

Capítulo 3

Creo que todos, a cierto nivel, están honestamente confundidos y sienten curiosidad sobre lo que sucede después de la muerte. ¿Debería haber esperado que me crecieran alas? ¿Viajar hacia una luz brillante? ¿Oír la llamada e indicaciones de los familiares? ¿Caer en un pozo de fuego?

El choque se repitió una y otra vez. Solo en retrospectiva me di cuenta de esto, ya que mi conciencia y mis emociones eran siempre las mismas: conmoción, miedo y luego nada. Cada vez era intenso, brillante y doloroso. No sé cuánto tiempo lo repetimos una y otra vez. ¿Días? ¿Años?

Luego, por fin se detuvo.

Desperté en un hospital. Me sentía bien, entera. Lo que fuese que había empalado mi costado había desaparecido. No sentía nada más que suave piel bajo la bata de hospital.

La habitación tenía paredes amarillo pálido y una ventana acristalada que solo dejaba entrar luz débil y no permitía ver. Yo no estaba conectada a una vía intravenosa ni a ningún monitor y no tenía ni idea de por qué seguía en el hospital. ¿Sabían mis padres lo del accidente? ¿Se lo habrían contado a la abuela Melissa? ¿Estaba bien Daniel?

No pude encontrar el botón de llamada de la enfermera, así que me levanté de la cama. Mi vestido colgaba abierto por la espalda y me sonrojé, aunque no había nadie allí para verme.

No había estado en un hospital desde que era niña. Recordé que era un lugar más ajetreado. Abrí la puerta y miré por el pasillo.

A diferencia de la habitación, que era diáfana pero limpia, el pasillo mostraba signos de considerable abandono. Una camilla con una rueda rota se apoyaba contra la pared, la sábana sucia de esta estaba arrugada al lado en el suelo con pálidas manchas rojas y grises. Tragué saliva y miré hacia otro lado.

La suciedad y el polvo de un centímetro de profundidad yacían en el suelo, sin huellas que indicaran el paso de nadie. Di un paso atrás en el piso limpio de mi habitación y cerré la puerta. Mi corazón latió con fuerza en mi pecho y me apoyé contra la puerta para sofocar la oleada de pánico. ¿Dónde estaban todos? Quise llorar, pero temía el sonido sin respuesta que resonaba por los pasillos más de lo que temía estar sola.

Traté de mirar por la ventana, pero el vidrio estaba tan espesamente lustrado que no podía ver nada más allá de la luz pálida que luchaba por abrirse paso dentro. Traté de abrir la ventana, pero no cedía.

La habitación no revelaba ninguna pista de dónde me encontraba. La mesita de noche, el armarito y el baño estaban vacíos. No tenía ni idea de dónde estaba mi ropa y demás pertenencias. Respiré profundamente para calmar mis gritos internos, pero eso solo alentó el pánico.

Miré de nuevo por el pasillo, esta vez notando pequeñas pisadas que habían dejado un camino por el pasillo y doblaban la esquina. Las seguí trotando, mi bata se agitaba a mi alrededor levantando nubes de polvo.

Cuando doblé la esquina, el hospital mostró más signos de vida, una vida saludable en ella. El pasillo bien iluminado era casi alegre y una radio tocaba el suave rock de los 80 en tonos bajos. Creo que era «Air Supply». El personal del hospital seguía desaparecido, pero ya no estaba sola. Una niña pequeña estaba de pie frente a la puerta de un paciente, mirando al interior.

Tal vez tenía ocho años, con corto pelo rizado marrón y ojos también marrones. No la reconocí, pero sí reconocí lo que ella agarraba, piruletas envueltas en pañuelos de papel blanco con caras dibujadas en ellas: pequeñas golosinas de fantasmas de Halloween. Sus ojos estaban abiertos de par en par mientras miraba dentro de la habitación a algo que yo no podía ver. Escuché un choque y un golpe. La niña chilló, dejó caer los pequeños fantasmas y echó a correr por el pasillo, alejándose de mí y doblando la esquina.

Una voz débil llamó, apenas audible. Miré a mi alrededor

confirmando que estaba sola. Di un tentativo paso, pero mi cabeza nadó de repente. ¿Qué estaba haciendo yo fuera de la cama? Aquel no era mi problema. Aún así, seguí caminando hasta llegar a la habitación donde un anciano, imposiblemente viejo, yacía en el suelo. Los pliegues de piel arrugada ocultaban en su rostro toda apariencia de juventud. Sus brazos y piernas eran esqueléticos. Se tambaleó y golpeó el suelo, su pie había caído sobre el extremo de su pierna derecha de una manera preocupante.

La bata de hospital se abrió y lo dejó expuesto. No era salaz ni sexual, su sexo marchito era patético. Retrocedí lentamente mientras sus gritos se volvían más fuertes y más desesperados. No me vio en su lucha por enderezarse.

Yo sabía que debía buscar ayuda. De alguna manera tenía que encontrar a alguien que pudiera ayudar. Pero luego pensé, apuesto a que eso es lo que esa pequeña niña iba a hacer. No era asunto mío. No debería esforzarme. Yo también era una paciente aquí.

¿Dónde diablos estaba Daniel? Podía imaginarlo a él y a la Perfecta Kayra tomando medidas, exigiendo mi ayuda y Kayra juzgándome por quedarme paralizada sin saber qué hacer.

Pero él no estaba allí. Y la niña no iba a volver. Di un paso tentativo hacia adelante, y la voz exasperada de Daniel volvió a mis oídos, — *No puedes detener la vejez, idiota.*

Di otro paso hacia la habitación. Mi cadera se contrajo, y la vez siguiente que di un paso comenzó a ceder. Me rasqué un picor en el brazo y lo vi salpicado de manchas hepáticas. ¿Qué me pasaba ahora? Di otro paso cojeando y el hombre finalmente me vio con los ojos llorosos y nublados.

—*Ayúdame*, - dijo.

Me llevé las manos a la cara. La artritis me había hinchado los nudillos y mis uñas estaban amarillas. Mi corazón ya no martilleaba, se debatía. Otro paso y estaría a su lado... o muerta.

El hombre comenzó a sollozar. Di el último paso y me arrodillé con dificultad a su lado, mis rodillas gritaron. —*Shh, no pasa nada*, - le

dije con el miedo en mi corazón, con mi voz saliendo como un graznido.

Me enderecé, tomé una manta y una almohada de la cama y cuando se deslizaron olí el olor a viejo rancio que venía con ellas, nada como el encantador aroma a lavanda de mi abuela. Puse su cabeza sobre la almohada y lo cubrí con la manta. Extendió su mano y yo la tomé.

—*Mi pie*, - dijo.

—*Lo sé*. - Yo había agotado mi conocimiento médico con «hacer que el paciente se sienta cómodo». Sabía que había tablillas involucradas, pero la habitación del anciano estaba tan vacía como la mía.

Pasó un minuto y la niña aún no había vuelto con la ayuda. Maldije y luché por ponerme en pie. Algo apareció en mi cadera y jadeé. Cojeé hacia la puerta y finalmente colapsé, respirando con dificultad. Los dolores volvieron a atravesar mi pecho y cadera y grité: —*¡Que alguien ayude, un hombre está herido aquí!*

Una fuerte voz femenina se deslizó por el pasillo. —*¡No te preocupes, ya voy!*

Alguien se haría cargo. Alguien ayudaría. Sonreí y me acosté en el suelo, lo cual alivió los dolores en mi pecho. Sentí el limpio suelo frío en mi cara y cerré mis viejos y delgados párpados durante solo un segundo. La ayuda estaba en camino. Él estaba a salvo.

Y yo también.

* * *

Lo siguiente que supe fue que una brisa me despertó. Estaba fuera del hospital en un camino polvoriento. Era joven otra vez, vestía la camiseta y los vaqueros que había llevado al morir. Ya no estaba sola, había una mujer a mi lado sujetando un portafolios. Las alas sobresalían de la parte trasera de su chaqueta amarilla. La mujer me recordó al instante a las voluntarias como tesoreras o secretarias en la iglesia de mi abuela. Eran delgadas con caras afiladas y siempre

corrían con miradas sombrías que gritaban: «Creo que tendré que hacer esto yo misma». Se aferraba al portafolios como si fuera su insignia de oficina. Incluso sus alas parecían tensas.

—*Muy afortunada de que murieras una noche en que fuiste caritativa, Katherine. Muy afortunada de verdad*, - dijo ella suspirando.

—*Es Kate*, - le dije con mi mente confundida e irritada por la molesta condescendencia familiar. Una vez que mi cerebro se recuperó, agregué: —*Espera, ¿estoy muerta?*

—*Sin la menor duda*, - dijo el ángel hojeando su portafolios.

De pie con el hospital a nuestras espaldas, en un camino de tierra que se extendía hasta la nada, el cielo de un blanco uniforme me recordó a las tardes nubladas que prometían lluvia. Era un cielo grande, más grande de lo que había visto en Texas o en cualquiera de los otros estados de las llanuras. El horizonte parecía estar a miles de kilómetros de distancia.

—*Enhorabuena, Katherine. Con puntuaciones como las tuyas, estás calificada para ingresar en el cielo. Te muestras como una agnóstica, pero eres cristiana secular, así que vivirás en ese cielo*. - Cerró la boca escondiendo los labios y levantó una hoja de papel en el portafolios. Claramente no estaba de acuerdo con las estadísticas que había visto ahí. Entornó los ojos como si tratara de encontrar un vacío legal para condenarme.

—*Así que estoy muerta*, - le dije. Las palabras no me parecieron extrañas. No me sentía asustada ni molesta, solo tranquila. La única ansiedad que me conmovía era Daniel: ¿dónde estaba? ¿Había sobrevivido? Me pasó el breve pensamiento de desear que él también hubiera muerto para no estar sola, pero lo aplasté avergonzada. Probé las palabras nuevamente, acostumbrándome a ellas.

—*Estoy muerta*.

Los ojos del ángel eran muy grandes cuando ella me lanzó toda la fuerza de su mirada. Me sonrojé y di un paso atrás. —*Sí, Katherine. Fuiste golpeada por un camión a ochenta y dos kilómetros por hora. Te*

mataron al instante. Y ahora vas al Cielo.

Me aclaré la garganta y bajé la vista para evitar encontrarme con su mirada, la cual claramente me decía que yo era idiota.

—*¿Qué pasa con mi familia?*

—*Todos están muy vivos. Podrás verificarlo tan pronto como te instales.*

—*Vale.* - Tragué saliva, temerosa de pensar en mi abuela loca de dolor. Aparté el pensamiento y resolví controlarlo lo antes posible. Miré a un lado y al otro por el camino. —*Entonces... ¿en qué dirección?*

—*Corazón bendito, debes de haber estado bastante traumatizada por tu prueba final.* - Su voz derramaba la hipocresía sureña que yo asociaba con algunos miembros de mi familia. Mi abuela usaba ese tono de voz cuando hablaba con mi tía Vicky, a quien odiaba. De nuevo, aparté su recuerdo. —*El cielo está en cualquier dirección,* - continuó el ángel. —*Lo importante es el viaje.*

—*He oído eso en alguna parte antes,* - murmuré.

—*Entonces debe de ser cierto,* - dijo. Sin decir nada más, desplegó sus alas de al menos tres metros de largo y las sacudió levantando el polvo. Tosí y me tapé los ojos.

—*¡Espera!* - grité. —*¿Qué hay de Daniel? ¿Dónde está?*

Ella subió más alto, forzando al polvo a entrar en mi nariz y burlándose de mí con sus delicados zapatos marrones: ¿por qué los ángeles usaban chaquetas y zapatos? Aún sin responder, voló hacia el desierto, perpendicular al camino. Tuve la sensación de que seguirla sería una muerte instantánea. Casi al instante, recordé que ya estaba muerta, pero aquello seguía pareciendo una mala idea.

—*¡Y es Kate!*, - le grité y una pequeña parte de mí se alegró de decir la última palabra.

Sin tener idea de en qué dirección debía ir, decidí comenzar a caminar sin más.

Lo importante era el viaje. ¿Dónde había oído eso antes? Sin embargo, aquel viaje era aburrido. Nada de vida salvaje, insectos, ganado ni siquiera otras almas descarriadas deambulaban conmigo. ¿Era esto lo que podía esperar de la otra vida? Odiaba estar sola. Yo siempre había sido el tipo de persona que no podía soportar comer o ir al cine sola, y ahora aquí estaba, sola en el Cielo, incapaz de ayudar o interactuar con los de la Tierra nunca más. Maldije mi suerte, preguntándome si había hecho algo para merecer aquello. Después de una o dos horas de ansiedad creciente, comencé a sentir que mi cordura se deshacía.

—*Y aquí es donde empiezo a hablar conmigo misma*, - dije. —*No sé si este es el camino correcto ni si ese ángel era un ángel siquiera. Parecía bastante perra para ser toda una santa. O tal vez eso es lo que «más santa que vos» se supone que significa.*

Yo no me cansaba ni tenía hambre mientras caminaba, pero el polvo cubría el interior de mis fosas nasales y garganta, y la sed comenzaba a molestarme. Empecé a toser.

¿Cómo podía toser? Estaba muerta. No necesitaba oxígeno ni comida para sobrevivir. Al menos, eso creía yo. No estaba muy interesada en descubrirlo. Morir una vez; bueno, dos veces si cuentas la del hospital; era suficiente para mí y para todo el día.

El impertérrito horizonte me molestaba. ¿Me estaba yo moviendo? ¿Cuándo obtendría algunas respuestas? Recordé historias de mi infancia sobre el demonio que aparece como un ángel y te engaña. Al recordar las afiladas palabras de las mujeres de la iglesia desde mi juventud, fácilmente podía creer que el diablo podría adoptar la forma de ese ángel. En pánico, aceleré, comenzando a trotar y luego a correr.

Corrí tan fuerte y rápido como pude, pasando por el paisaje inmutable hasta que mis piernas casi se rindieron. Finalmente, me detuve, jadeando. ¿Qué hay de la oración? ¿Funcionaría eso?

—*Uh, ¿Dios?* - Me sentí un poco idiota, pero no había nadie alrededor para reírse. —*¿Dónde infiernos está el cielo?*

La voz familiar me sobresaltó. —*Nena, llevas en el Cielo todo el*

tiempo.

Levanté la vista: las puertas estaban donde antes no había nada. No eran nacaradas, pero eran gloriosas, hechas de imponente hierro forjado entrelazado con hiedra. El muro de piedra colocado junto a la puerta tenía al menos seis metros de altura y se extendía hacia ambos horizontes. No pude ver un final.

Daniel estaba de pie en la puerta, sonriéndome. Le devolví la sonrisa, más feliz que nunca por verle. Me atrapó en uno de sus abrazos de oso, y ya no me sentía sudorosa y polvorienta, sino perfecta. Me aferré a él, solo soltándolo cuando él me soltó.

Por instinto, di el tradicional paso atrás, estar demasiado cerca de él siempre había sido agonizante.

—*¿Estás bien?*, - le pregunté.

Él rió. —*Bueno, no exactamente. Yo también estoy muerto.*

Le golpeé en el hombro. —*Sabes a lo que me refiero. ¿Cómo llegaste aquí antes que yo? ¿Tuviste que pasar por una prueba? ¿Moriste al instante? ¿Cómo es el cielo?*

—*Shhh*, - dijo colocando un dedo en mis labios. Mi cara se sonrojó. Nunca me había tocado así antes.

—*Este es un lugar para la honestidad, Kate. Se acabó el ocultar cosas.* - Y para mi sorpresa y deleite, me besó.

Y si la historia pudiera terminar aquí, yo habría sido la mujer más feliz del cielo.

Capítulo 4

Cuando era pequeña, a menudo me acostaba en la cama y me preguntaba cómo era realmente el cielo. Exactamente, ¿cómo podría ser el paraíso, la máxima recompensa, para siempre? ¿No se vuelve todo aburrido después de un tiempo, sin importar cuán maravilloso sea? Yo intentaba exprimirme el cerebro con la idea de «eternidad», y en esos raros casos en que mi cerebro realmente comenzaba a comprenderlo, sentía un momento de vértigo. Me asustaba muchísimo.

Ahora estaba muerta en las puertas del cielo y ya me habían concedido mi mayor deseo. Llevaba negando mi amor no correspondido por Daniel desde octavo curso, cuando me di cuenta de que él claramente prefería, bueno, a cualquier otra chica salvo a mí. Esto había hecho la vida como su mejor amiga un poco como flexionar un músculo dolorido, deliciosamente doloroso. Nunca pensé que él lo supiera, y estaba muy segura de que él no sentía lo mismo.

Pero dicen que el cielo era el paraíso, ¿verdad? Era todo lo que siempre quisiste.

Las cosas se pusieron borrosas después de ese primer beso. Nos casamos poco después, creo que tardamos una semana más o menos. A la boda asistieron el abuelo Earl; el esposo de la abuela Melissa, que había muerto antes de que yo naciera; y un puñado de otros familiares y viejos amigos. Cuando vi una cara extraña en la multitud, me sorprendió descubrir que era Kurt Vonnegut, nuestro autor favorito. Cuando vi a Daniel al final del pasillo, creí que me moría... bueno, ya me entiendes.

Nos mudamos a una casa grande en un camino rural. Los vecinos, Judy Garland por un lado y todos los Kennedy muertos por el otro, estaban cómodamente cerca sin estar encima de nosotros. Jackie O. organizaba fabulosas cenas. Nuestra casa tenía una biblioteca con todos los libros que yo quisiera leer y se actualizaba frecuentemente con nuevos libros escritos en el mundo de los vivos. La casa también contaba con una sala de ordenadores con acceso a Internet, una

cocina completamente equipada que rivalizaba con los hermosos platós de los canales de comida, una piscina que nunca se ensuciaba, un invernadero lleno de plantas y un hermoso jardín en la parte posterior. Era la casa de mis sueños, el tipo de casa que Daniel y yo bromeábamos comprar cuando fuéramos ricos. Siempre decíamos «si tú y yo no hemos encontrado cónyuges en treinta años, entonces envejeceremos juntos», conversaciones, en última instancia, agridulces.

Pero ahora lo tenía todo.

La vida, o la existencia más bien, a menudo era surrealista. Yo era increíblemente feliz, pero aún tenía preguntas. Mi cabeza daba vueltas cuando surgían estas preguntas, pero Daniel siempre me decía que disfrutara las cosas, distrayéndome con juegos, comida, películas o sexo. Sin embargo, a veces después de apagar el ordenador o después de comer el tercer pastel de queso de la semana o justo antes de quedarme dormida en sus brazos, tenía un momento de claridad. Las preguntas que siempre había tenido sobre el cielo seguían sin respuesta. Sí, vale, era el paraíso y yo era feliz, tenía todo lo que siempre había querido. Pero aún así.

Cuando estaba viva me preguntaba qué pasaba en el cielo con las personas con más de un cónyuge en su vida. Mi abuelo Earl había muerto antes de que yo naciera, así que la abuela Melissa se había vuelto a casar con papá John cuando yo tenía seis años. Ella había muerto inesperadamente cuando yo tenía diez años y yo siempre me había preguntado con qué marido pasaría ella la otra vida.

Internet en el cielo llegaba con un conjunto de marcadores sobre nuestras familias y lo cerca que estaban de la muerte. La primera vez que lo revisé, me sorprendió que la abuela Melissa no estuviera allí. Al parecer, ella había muerto un par de semanas después de mi muerte. ¿Por qué no la había visto? ¿Por qué nadie me lo había dicho? ¿Cuánto tiempo había pasado desde mi muerte, por cierto? Todo parecía borroso, visto a través de una cortina de encaje.

Hay compras en el cielo, aunque no hay dinero. En el cielo ir de compras es más una experiencia social, donde todos se reúnen fuera de un gran mercado lleno de todo lo que puedas desear. Yo estaba de compras con Daniel, buscando un poco de pasta de pescado para

hacer comida tailandesa esa noche (Kurt Vonnegut se había convertido en un querido amigo y venía a hablarnos de las novelas que nunca había escrito), cuando vi a la abuela Melissa y a papá John acercándose. Corrí tan rápido que tuve que evitar tirarla. Nos abrazamos durante mucho tiempo y finalmente nos pusimos al día: resultó que la abuela Melissa había muerto de un derrame cerebral y que mis negligentes padres habían estado viendo la televisión con el volumen demasiado alto para oír sus llamadas.

Ella me recordó que papá había quedado bastante desgarrado por mi muerte y lidiaba con más alcohol que de costumbre. Sentí pena por él durante un momento, pero aquello no era excusa para dejar morir a la abuela Melissa.

Sin embargo, la euforia celestial amortiguó mi ira hacia mi padre y pronto sentí solo preocupación. Él me echaba de menos. Mi abuela y yo nos separamos después de establecer una hora para la cena de la noche siguiente. Mi cabeza nadaba con recuerdos fluyendo como agua derramada sobre una mesa lisa.

Al salir del mercado, volvimos a encontrarnos con la abuela Melissa, que llevaba un vestido diferente y parecía mucho más joven y paseaba con el abuelo Earl.

—*Espera, ¿qué está pasando?*, - le pregunté a Daniel. —*¡Acabamos de ver a la abuela Melissa con papá John!*

Él sonrió. —*¿Importa? Ellos son felices.*

—*Sí, pero ¿quiénes son «ellos»? ¿Hay adulterio en el cielo?*

—*Por supuesto que no. ¿Alguien parece remotamente culpable aquí?*, - Preguntó.

Nadie lo parecía.

Esa tarde le pedí a Daniel que preparara la cena mientras yo paseaba por el jardín. Quería algo de tiempo para pensar sin que él fuera maravilloso y me confundiera. Paseé por el invernadero y miré los nueve bonsáis que había estado cultivando. Yo siempre había tenido una pésima suerte con los bonsáis, pero no había

forma de que pudiera matar uno en el cielo. Había miniaturizado un roble, una azalea y una especie de olmo que se había extinguido en la tierra. Retocaba cada uno de ellos por turnos, comprobando sus niveles de humedad y salud. Cuando toqué el roble, una de las ramitas se rompió en mi mano, seca y quebradiza. Lo miré por un momento y parpadeé.

Dios. ¿Dónde estaba Dios? Daniel me había dicho que Él estaría disponible ahora que nosotros estábamos en el cielo, pero yo no le había visto. Percibí con sorpresa que me había olvidado de Él. Siempre había querido ir al cielo y hacerle a Dios todas las preguntas que todo el mundo tiene de pequeño. Ahora yo estaba aquí, pero Él no había aparecido.

Salí del invernadero, emocionada por pasar corriendo junto a Daniel, pero me detuve cuando noté a un hombre de pie en mi jardín.

No había duda de quién era. Parecía una pintura renacentista: túnicas blancas que fluían, barba blanca. Su cabeza incluso brillaba un poco. Me miró con infinita amabilidad y tristeza en sus ojos. No abrió la boca, pero escuché sus palabras dentro de mi cabeza.

—*Hola, Kate.*

De inmediato aplasté mi primer instinto, que fue preguntarle dónde demonios había estado. —*Uh, hola.* - Era Dios. Dios de verdad. Traté de controlar mi respiración. ¿Qué se le dice a Dios?

—*Tienes preguntas,* - dijo.

Asenti. Él caminó lentamente hacia un banco del jardín que no había estado allí antes y, cuando se sentó, todas las flores a su alrededor se animaron. Después de algunas dudas y maravillas generales, me uní a él. Me miró pacientemente.

—*Dios, de verdad que aprecio... todo. Sí, pero las cosas no tienen sentido,* - comencé tratando de sonar lo más reverente posible.

—*¿Eres infeliz?,* - Preguntó. —*¿No es esto todo lo que querías?*

Asentí de nuevo. —*Lo es, pero, bueno, necesito entender cómo*

funciona. ¿Por qué vi a mi abuela con dos maridos diferentes? ¿Qué hizo que Daniel cambiara totalmente de idea y dijera que me amaba una vez que estuvimos muertos? ¿Cómo es que nuestra casa está al lado de los famosos?

Él sonrió y las palabras aparecieron en mi cabeza. —*Esto es el paraíso. Puedes tener lo que quieras.*

—*¿Pero qué pasa si no es lo que quiere otra persona? ¿Y si me hubiera enamorado de Craig Thomas, mi primer flechazo del instituto?, que por cierto me odiaba.*

—*Es posible que tú tuvieras a Craig Thomas en tu paraíso. Craig no necesariamente te habría tenido en el suyo.*- explicó Él pacientemente.

Por primera vez desde que llegué, mi euforia se desvaneció. Un abismo se abrió en mi estómago y me estremecí. —*Entonces, ¿ese no es Daniel?.*

—*Es Daniel. Es la parte de Daniel que te ama. No podríamos haber replicado la emoción si esta no existiera ya. Sin embargo, no es el alma de Daniel. Daniel tiene su propio paraíso en otra parte.*

—*Oh, Dios, - enterré la cabeza en mis manos.*

—*¿Si?*

—*¿Es así para todos? ¿Construyes esta ilusión a su alrededor para su paraíso? ¿El cielo está hecho de... mentiras?*

Dios consideró esto. —*Mentiras no, sino partes de verdad. La vida es demasiado complicada para encajar perfectamente en la postvida. Todos quieren algo diferente. Sin embargo, a la mayoría de la gente no le molesta. A los que lo descubren, al menos.*

Negué con la cabeza. Daniel se asomó por la ventana de la cocina y me saludó con la mano, sonriendo ampliamente. ¿Cómo no lo había visto antes? Daniel no era alguien que hubiera dado afecto abiertamente. Siempre había estado oculto por bromas y comentarios sarcásticos, salpicado de casos raros de la compasión que solía reservar para sus novias, y me lo mostraba solo si yo había tenido un mal día. Yo había atribuido el «nuevo» Daniel al entorno

seguro del cielo. Como sabía que el cielo era el cumplimiento de deseos, ya no tenía nada que temer. Pero no, la parte sardónica de su personalidad había desaparecido por completo.

Dios habló. Por supuesto, Él podía leer mis pensamientos. — *Podríamos haber duplicado esa parte de su personalidad, pero esa no es la parte que te ama. Y de todos modos, tú no querías eso realmente.*

—*Pero esta es una parte de él. ¡Yo lo quiero todo de él!*

—*Listo, entonces,* - dijo, y miró a Daniel, cuya sonrisa cambió para volverse más cínica, pero aún amigable.

—*No, no importa. Él es una ilusión. Ahora no le quiero. En absoluto.* - Las lágrimas corrían por mi cara y me ardían las mejillas. ¿Cómo podía ser esto el paraíso? —*Espera, ¿esto es en realidad un infierno? ¿La ilusión está diseñada para hacerme sentir miserable?*

Sus ojos verdes eran amables. —*¿Eres miserable?*

Miré hacia la hierba perfecta sin malezas. —*No lo era, hasta ahora.* - La ilusión se hizo añicos, la sentí como un puñetazo en el estómago. Yo había pensado que Daniel me había elegido. Pero eso ya no importaba, yo solo quería estar sola.

Respiré profundamente, frotándome los ojos, y los apreté con fuerza para que las lágrimas se detuvieran. Cuando finalmente los abrí, la casa ya no estaba. Todo lo que veía era un pequeño bungalow de madera rodeado de helechos. Presentaba una cúpula verde con un par de ventanas, un porche envolvente. Dios se había ido. Daniel se había ido. Lo único que quedaba era mi jardín e invernadero. Me bajé del banco y entré.

El bungalow tenía tres habitaciones y un baño pequeño. Era maravillosamente simple, el tipo de casa a la que había soñado escapar cuando la vida, e incluso Daniel, era demasiado. Sin televisión, sin ordenador, solo libros, una chimenea, una cocina y una cama. Solo le faltaba una cosa... justo cuando me di vuelta la encontré: Jet, el labrador negro de mi infancia. Ella trotó y puso su hocico en mi mano. Fui a la cocina a preparar una tetera para el té y salí a inspeccionar el invernadero.

Estaba vacío de todas las plantas excepto el bonsái de roble. Su perfección ya no era aparente: parte del trabajo de injertos que yo había hecho no había cogido y sobresalía en ángulos extraños. Las raíces se filtraban por los agujeros del agua en el fondo, rogando una poda y un trasplante. Finalmente sonreí ante esta imperfección y decidí ocuparme de ella.

Después del té y después de ponerme al día con Jet, mi euforia había desaparecido, pero estaba agradecida por ello. Me sentía un poco como yo misma de nuevo. Estaba triste por haber perdido a Daniel, pero no como si hubiéramos terminado. Era como dejar una bolsa de patatas fritas cuando sabes que son calorías vacías, sin importar lo bien que supieran. Mi nueva resolución era tener éxito sola. Sonreí cuando me di cuenta de que había tomado el camino difícil. Decidí decírselo a la abuela Melissa si alguna vez la volvía a ver. La verdadera ella, por supuesto.

Ciertamente, una pequeña parte de mí todavía languidecía por Daniel, pero ese sentimiento había estado siempre presente desde octavo curso, y era algo que podía ignorar cuando tenía que hacerlo. Yo era buena en eso.

Una existencia solitaria, completa, con imperfecciones, podría ser difícil al principio, pero al menos era honesta.

Capítulo 5

Llegué a aprender que el tiempo no significa nada en el Cielo. Aún recibía noticias a veces cuando me preguntaba sobre la Tierra o las personas que había amado. Siempre intentaba saber algo de mis padres y lloré de verdad por esa relación que nunca habíamos tenido. Yo nunca había sido la chica perfecta que ellos habían querido. Supongo que su idea de perfección me parecía tan falsa que yo la tomaba como hipocresía y salía corriendo rápidamente hacia el lado opuesto.

Estaba claro que ellos estaban cayendo en espiral, el doble estrés de haberme perdido a mí y a la abuela Melissa los estaba separando. Uno esperaría que tal conmoción los hubiera unido más, pero mamá tomaba el álbum de fotos durante todo su tiempo libre y papá parecía ir por la autopista hacia el ataque cardíaco. Había engordado al menos quince kilos y, en general, vivían entre basura. Las latas de cerveza se acumulaban a su alrededor en el estudio. Ninguno de ellos limpiaba. Me di cuenta con tristeza de que podría verlos en el cielo más temprano que tarde.

Yo echaba de menos al puñado de amigos de la floristería y a los amigos de la universidad que se habían quedado en el área, pero sabía que eventualmente los vería a todos en un momento u otro. Sinceramente les deseé una larga vida. Yo tenía la eternidad para esperar después de todo.

No recibí informes de que otros familiares hubiesen muerto, pero de todos modos yo no confiaba en ver a las personas reales si morían. La mayoría de nosotros no éramos tan cercanos. La soledad nunca había sido algo que yo había disfrutado en vida, pero noté que en aquel entonces tenía miedo. Estar sola no era tan malo. Además, era mejor tomar la decisión activa de estar sola que pasar toda tu vida detrás del miedo. Nunca me aburría: cuidaba de mi jardín, jugaba con Jet y leía innumerables libros y periódicos. Mi postvida adquirió un aire de silenciosa satisfacción.

No sabía si Jet era real o no, pero supuse que lo era. Los perros amaban incondicionalmente, por lo que tendría sentido que ella

quisiera estar conmigo. Por otra parte, recordé que mi maestro de escuela dominical desde mi juventud decía que los perros no tenían alma. ¿Quién sabe? Honestamente, no me importaba y no quería más verdades horribles entregadas de mano del Dios Todopoderoso.

Mi roble trasplantado sobrevivió, aunque nunca fue la viva imagen de la perfección. Me encantaba por esa misma razón: a menudo sentía que él y Jet eran lo único genuino que me rodeaba. Lo guardaba en el invernadero, pero lo sacaba de vez en cuando para que tomara aire fresco y luz, o, para ser sincera, para darme una dosis de realidad.

La soledad no era un problema. Al menos eso pensaba hasta que un día llamaron a la puerta.

Corrí a abrirla, Jet salió ladrando y corriendo detrás de mí. Emocionada de pronto ante la perspectiva de ver otra cara, cualquier cara, abrí la puerta.

Daniel estaba en mi porche delantero, sonriendo con tristeza. —*¿Kate? ¿De verdad eres tú?*

* * *

Le hice té. Lo rechazó. Eso me consoló. El Daniel que conocía siempre había odiado el té.

—*Bueno, háblame de tu cielo*, - le dije cuando nos acomodamos.

—*Cuando llegué al cielo por primera vez, había muchas mujeres esperándome. Pasé la mayor parte del tiempo con ellas ... al menos al principio.*

Resoplé para ocultar mi decepción. —*No sabía que eras musulmán.*

Me fulminó con la mirada. —*No duró todo el tiempo. Me enamoré de una de ellas, Miranda, y nos casamos. Abrimos un comedor público en el centro.*

—*¿Hay un centro en el cielo? ¿Hay personas sin hogar en el cielo?*

El asintió. —*Fue entonces cuando me di cuenta de que algo andaba*

mal. En el paraíso, no hay nadie a quien ayudar. Por tanto, el cielo había creado felices personas sin hogar para que yo las ayudara. El cielo estaba hueco.

—En cuanto descubrí eso, hablé con Miranda para saber más de su vida en la tierra. Ella me soltó una historia que realmente no encajaba. Era bastante confuso, aquí estaba la chica de mis sueños, inteligente, divertida y sexy como el infierno, pero yo no podía entender de dónde venía, ¿sabes? Quién era ella realmente. Entonces apareció Dios y hablamos.

Me froté los brazos. —Sí, casi lo mismo por mi parte.

—¿En serio? ¿Cuál fue tu cielo antes de este?,

Traté de mentir y luego me sentí cohibida por cometer un flagrante pecado (pero claro, él había dicho que había tenido muchas relaciones sexuales prematrimoniales en el cielo, de modo que, ¿qué significaba el pecado?).

—Uh, no es algo sobre lo que esté lista para hablar todavía, - logré decir. —Pero lo descubrí como tú y terminé aquí. Antes de ti, la última persona que vi fue a Dios.

—Vivir sola es el último lugar donde esperaría que estuvieras, - dijo él.

Me encogí de hombros y no lo miré a los ojos. —Era mejor que la otra alternativa. Y ha sido divertido. O al menos real.

—Bastante jodido, ¿eh?, - dijo, frunciendo el ceño ante sus manos. Al parecer, decir «joder» estaba de moda en el cielo también.

—¿Y qué pasó después de hablar con Dios? - Pregunté.

—Por un lado, sentí que tenía la cabeza despejada por primera vez desde que había llegado aquí. Y me pregunté dónde estabas. Así que comencé a caminar, sobre todo por instinto, hasta que finalmente llegué aquí.

Sonreí. Las lágrimas amenazaban con superar mi determinación, así que me levanté para avivar el fuego del hogar y limpiarme los ojos a toda prisa.

—*Y ahora que estás aquí, ¿ahora qué? ¿Quieres que seamos compañeros de piso? Tengo una casa pequeña, pero estoy segura de que agregar una habitación no será un problema. Este lugar es bastante fácil de manipular cuando quieres algo.*

El no respondió. Cuando levanté la vista de la chimenea, él miraba por la ventana hacia la carretera.

—*¿Recuerdas cuando dijimos que haríamos un viaje al Oeste si tuviéramos suficiente dinero, durante las vacaciones de primavera?*

—*Claro, - le dije sintiendo un sonrojo en mis mejillas. Había esperado y fantaseado con que ese sería un viaje lleno de romance épico, digno de las películas, sabiendo todo el tiempo, por supuesto, que sería como cada momento con Daniel: divertido, espontáneo y sin nada más profundo.*

—*Bueno, ¿por qué no hacemos algo así ahora? Creo que deberíamos explorar.*

Me aferré a mi taza y me senté en el sofá. —*Si todo aquí es una invención para hacernos felices, ¿dónde está la diversión de explorar? Además, ¿a dónde iríamos?*

Me miró a los ojos. —*No me refiero a este cielo. Cuando hablé con Dios, le pregunté por qué era un hombre blanco de habla inglesa con barba. Resulta que es negro para los negros e italiano para los italianos. Cuando le pregunté si los cristianos tenían razón y todos los demás estaban en el infierno, dijo que todos tenían su propio cielo. Y su propio infierno. Creo que podemos llegar a esos lugares. ¿Qué piensas? ¿Quieres probar?*

Parpadeé hacia él, sintiéndome estúpida por no haberme preguntado lo mismo. —*Uh, bueno, aunque pudiéramos explorarlos, ¿cómo íbamos a entrar? Podríamos haber sido lo suficientemente buenos para entrar en el cielo cristiano, pero estoy bastante segura de que no entraríamos como judíos, musulmanes o budistas, por nombrar algunos.*

Abrió su mochila y sacó una especie de sortijera de terciopelo rojo. Mi cara se sonrojó, pero él parecía más complacido consigo mismo que un hombre enamorado, así que deseé que mis manos no

temblaran cuando la cogí. Dentro no había un anillo en absoluto, sino un collar. Una cadena de oro con una cruz de diamantes. Era pesado y llamativo, los diamantes brillaban cada vez que atrapaban la luz. Miré a Daniel tratando de sonreír.

Él resopló. —*No me mires de esa manera. Sé que es horrible, pero mira.* - Sacó un collar de su camisa y lo sostuvo a la luz. —*Judío,* - dijo. Los diamantes se movieron para formar una estrella de David. —*Wican,* - dijo, y se convirtió en una estrella de cinco puntas. Pasó por un par de religiones más, y los diamantes siempre formaron sus símbolos distintivos.

—*Eso es genial, Daniel, pero ¿qué significa? Dudo que se necesite un collar para llegar al cielo hoy en día. Yo sé que no llevaba una cruz.*

—*¡Es un pasaporte, Kate! Nos identifica como Viajeros por la postvida.*

Finalmente saqué el mío y lo miré. —*¿De dónde has sacado esto? ¿De una máquina de bolas? ¿Una Cajita Feliz? Dios no los regalaría sin más, ¿verdad?*

Daniel escondió su collar debajo de su camisa. —*Dijo que los entrega sólo a los Viajeros. Algunas personas llegan aquí y son felices en el paraíso. Sienten que esta es su recompensa por una vida bien vivida. Pero algunas personas no han terminado su viaje. Tienen más viajes que hacer. Entonces Él los envía en una especie de paseo para deambular por las postvidas. A veces Él tiene trabajos para ellos, me dijo, pero no creo tenga uno para nosotros.*

Miré el colgante por un momento. Yo había sido feliz aquí en el cielo, en mi solitario bungalow con mi perro y mi bonsai real. Daniel no me amaba, eso era obvio por la descripción de su cielo. Pero al final había venido a buscarme. Eso significaba algo. Significaba más que la mayoría de las cosas que habían sucedido desde mi muerte.

Me deslicé el collar por la cabeza y dentro de mi camisa. —*Bueno, ¿cómo se hace el equipaje para un viaje por la postvida?,* - pregunté.

Al final, empaqué algunos libros sobre religión e historia mundial, los calcetines especiales que me gustaba usar por la noche, un

cuaderno y mi tetera. Cuando terminamos, miré por mi casita. Era hora de irse. Jet movió la cola junto a la puerta. —*Jet también quiere ir.*

—*No veo por qué no, a menos que ella no sea real,* - dijo Daniel.

—*Creo que lo es,* - le dije. —*Supongo que lo descubriremos.*

Capítulo 6

Para mi sorpresa, una vez que dejamos las no nacaradas puertas (de hierro forjado), el camino era diferente al que yo había recorrido en mi camino al Cielo, o supongo que debería comenzar a llamarlo Cielo cristiano. El cielo era azul claro, no el blanco grisáceo que yo recordaba, y el camino era de asfalto blanco con flechas doradas que apuntaban hacia el Cielo. Las ignoramos.

Después de recorrer ese camino por un tiempo, nos acercamos a una masiva rotonda con docenas de caminos que se bifurcaban como radios, cada uno extendiéndose hasta el horizonte. Cada camino estaba hecho de un material diferente. Uno estaba hecho de tierra compacta, otro de pequeñas piedras y otro de arcilla roja. Tablas de madera formaban otro más, y otro parecía estar hecho de cañas trenzadas.

—*¿Adónde quieres ir primero?* - pregunté girando en círculo. Traté de contar los caminos, pero perdí la cuenta después de unos veinte.

—*No sé. ¿Adónde quieres ir tú?* - preguntó él dando una patada a una piedra. Esta rebotó por el camino hacia el centro de la rotonda: un impecable lecho de arena blanca. Rodó un par de metros y se detuvo en el borde del círculo.

Resoplé. —*Esto no es un sábado sin plan, Daniel. ¿Honestamente no tienes ni idea de adónde quieres ir?*

Entré en el lecho de arena, que era sorprendentemente firme, y crucé hacia la piedra. Se encontraba frente a un camino jalonado de adoquines. —*¿Qué tal este?*

El se encogió de hombros. —*A mí me vale.*

Me pregunté lo inteligente que sería vagar a ciegas por un Cielo desconocido, pero después de todo, era una aventura, así que seguimos adelante con un propósito. El cielo blanco nunca cambiaba y después de un tiempo comencé a preguntarme cuánto tiempo habíamos viajado. Sentía bien los pies, pero comenzaba a arrastrarme mentalmente. Casi lloré de alivio cuando Daniel sugirió

que paráramos.

—*Mira, está claro que aquí no hay noche, pero me estoy cansando de este paisaje*, - me dijo pisoteando un círculo de hierba alta al lado del sendero. El camino se había vuelto empinado, el monótono paisaje había ganado hierba, pero no mucho más.

—*Más bien de la ausencia del mismo*, - dije yo.

Él sacó algunas barras de granola de su mochila y me pasó una. Yo devoré la mía, pero él reservó la suya. —*Bueno, ¿adónde crees que va este?*

—*No sé*, - dije con la boca llena. De repente estaba hambrienta, mirando su barra sin abrir.

—*¿No crees que deberíamos estar preparados?*

—*Bueno, tenemos este encantador dije del tipo blanco que se supone que nos mantiene a salvo, ¿no?*

Él negó con la cabeza. —*Primero, no lo llames «dije». Suenas como una idiota. En segundo lugar, esa es la cuestión. No creo que se suponga que los collares nos mantengan a salvo, sólo es nuestro pasaporte al Cielo. Lo que suceda después eso depende de nosotros.*

Yo tragué. —*¿Entonces estamos deambulando sin mapa ni ningún medio de protección?*

—*Más o menos. Pero tampoco es que hubiéramos podido ir al Cielo del Walmart y comprar armas antes de irnos. Estoy convencido de que no hay armas en el Cielo. Ni Walmart, ahora que lo pienso. Y si hubiera armas del Walmart, la lista de espera tendría que ser enorme.*

—*No nos pueden matar, ¿verdad? Quiero decir, ya lo estamos.*

—*No creo, pero...* - extendió el brazo y me pellizcó. Aparté su mano con un golpe. —*La gente puede hacernos daño. O encerrarnos.*

—*Eres la alegría de la huerta, ¿sabías?* - traté de mantener un tono leve.

—Solo estoy pensando en voz alta. Me pregunto si deberíamos abastecernos, no sé, con la maza de la postvida o algo así.

Me reí. —Te avisaré si encuentro alguna, y luego recogeré dos.

El me sonrió. —Oye, ¿crees que podemos ir al Infierno?

Negué con la cabeza. —No sé, pero ¿de verdad querías ir allí? A mí el Infierno me suena mucho a los piratas.

Me miró con tanta confusión que me reí. —Quiero decir que ambos salen en las películas y cosas divertidas. Piratas contra ninjas, piratas contra zombis. Todo es divertido. Pero los piratas eran personas terribles (asesinos, violadores, ladrones) y probablemente olían muy mal. El Infierno siempre es un lugar con fuego, pero nadie se quema, y está lleno de recaudadores de impuestos y demonios fáciles de engañar. No creo que el Infierno sea realmente un lugar que nos gustara visitar. Especialmente si tienes razón sobre que el colgante no es capaz de mantenernos a salvo. Encarcelados, digamos, en el Cielo pagano sería diferente a ser encarcelados en el Infierno. Es un suponer.

—Supongo que estas en lo cierto.

Tomamos un poco de agua de una cantimplora y la pasamos entre nosotros, vertiendo aproximadamente la mitad en un tazón para Jet. Ella la lamió, salpicando más agua que la que realmente se metía en la boca.

—Nunca llegué a saberlo, - dijo Daniel. —¿Qué fue lo que de verdad te hizo ir al refugio para personas sin hogar aquella noche? ¿Por qué tu abuela entre todas las personas piensa que eres una cobarde? Pensé que ella era genial.

Me limpié el agua de los labios. —¿Por qué lo preguntas?

Bajó la mirada hacia la hierba aplanada y tiró de un tallo. Este se puso en pie, pareciendo solitario y fuera de lugar. —Me he sentido un poco culpable. Si no te hubiera presionado para que fueras, no estarías muerta.

Me apoyé sobre los codos y miré al cielo. —Pensé que era hora de hacer algo. Tomaba el camino fácil con demasiada frecuencia. Por eso

la abuela me llamaba cobarde.

Me miró fijamente. —*Lo siento.*

—*¿Por qué? Yo no.*

Miró el solitario tallo de hierba. —*¿Estas lista para andar?*

Asenti.

Nos pusimos en pie y comenzamos a subir la siguiente colina. Tan pronto como la coronamos, el paisaje cambió por fin. Seguía habiendo hierba alta, pero un bosque de árboles oscuros salpicaba el horizonte a nuestra izquierda, mientras que los árboles frutales aparecían en las cimas de las colinas. Los manantiales burbujaban en fuentes de piedra, un poco de agua fresca, un líquido de aspecto sangriento. Un arroyo claro y poco profundo atravesaba una de las colinas y se extendía a nuestra derecha hacia una extensión brillante que parecía un mar.

Pero la mejor parte era la gente. Por fin pudimos ver a alguien más no fabricado para poblar nuestro Cielo. Miré a Daniel y sonreí, convencida de que este viaje había sido una buena idea.

La gente paseaba vestida con togas y túnicas, se sentaba bajo los árboles, leyendo libros o durmiendo la siesta. Más adelante, el camino atravesaba un gran mercado y terminaba en lo que parecía un coliseo.

—*¿Dónde estamos?* - susurró Daniel.

Antes de que yo pudiera responder, una voz habló detrás de mí, —*El Eliseo.*

No la habíamos escuchado acercarse, pero jadeé audiblemente cuando vi a la oradora. Yo soy pequeña y, por tanto, siempre he envidiado a las mujeres con altura y fuerza. La mujer detrás de nosotros medía dos metros de altura por lo menos, con un cuerpo delgado pero muy musculoso. Nos sonreía, un mechón de cabello de oro rojo le caía frente a la cara. Llevaba una corta toga y un cinturón del que colgaban tres manzanas doradas.

Cuando era pequeña me encantaba leer la mitología griega. Uno de mis favoritos había sido un libro para niños que usaba la palabra «casada» en lugar de «violada», eliminando muchas de las partes horribles de las historias, convirtiéndolas simplemente en cuentos sobre un montón de dioses poderosos correteando por ahí y divirtiéndose. Cuando me hice mayor, me sentí bastante ingenua al leer los mitos de la forma en que estaban destinados a ser contados, pero aún me encantaban los que tenían menos violaciones y eran más heroicos.

—*Eliseo, eso es griego, ¿verdad?* - dijo Daniel viendo a tres risueñas mujeres sumergir copas en una fuente de vino tinto.

—*El Eliseo es donde van los héroes después de la muerte,* - dijo la mujer. Le echó una mirada apreciativa a nuestra ropa del siglo XXI.
—*¿Sois Viajeros?*

Asentimos y sacamos nuestros colgantes, que ahora tenían forma de relámpagos. —*Entonces querréis ver los juegos. Pero primero probad en el mercado, es glorioso. Disfrutad, amigos. Espero veros de nuevo.* - Ella se ajustó un arco atado a la espalda y corrió por el camino.

—*Guaa,* - dijo Daniel tragando saliva. Reprimí mi incomodidad. ¿Cómo se suponía que me debía sentir? Mierda, si él tuviera que elegir entre esa mujer guerrera y yo, yo sabía a quién elegiría.

—*Sí. Creo que era Atalanta.*

—*¿Quien?*

—*La heroína. Abandonada porque no fue un niño, criada por lobos, aprendió a ser una poderosa cazadora. Ayudó a matar al Jabalí Calidonio y ganaba casi todas las carreras en las que corría. La única que perdió fue aquella en la que su oponente no dejaba de tirar manzanas doradas a la pista para que ella corriera tras ellas.*

—*Ja. Debí de haber querido perder,* - dijo él.

—*Esa es una teoría,* - respondí. La trenza de oro rojo de Atalanta rebotaba cuando se acercó al mercado y pronto desapareció entre la multitud.

—*Parece que sabes mucho de este lugar*, - dijo Daniel entregándome una toga blanca de su mochila.

—*¿De dónde has sacado eso?* - le pregunté.

Daniel sacó una segunda toga. —*De la mochila. Sentí que se volvía más pesada cuando llegamos a la cima de la colina.*

Me pasé la toga sobre la cabeza. —*¡Genial! Bueno, te cuento la versión resumida del Eliseo: la mayoría de los muertos habituales van al Inframundo, gobernados por Hades y Perséfone, pero los héroes vienen aquí. Es su paraíso.*

—*Entonces, ¿podríamos encontrarnos con Hércules?*

—*Heracles*, - corregí. —*Hércules era su nombre romano.*

—*Heracles. Claro. ¿Algún otro paso en falso que deba tener en cuenta?*

Resoplé. —*Sí. Alármate si alguien quiere «casarse» contigo.*

* * *

El mercado bullía de actividad. Gente bien vestida que compraba ocas vivas, calamares, aceite de oliva, frascos de especias, cordero descuartizado, vasijas de vino y acompañantes de ambos sexos, por nombrar algunos. Los comerciantes gritaban sus mercancías, los pájaros agitaban sus alas en pánico cuando pasaban hombres a caballo, y todo el mundo mostraba una sonrisa.

Daniel y yo llevábamos nuestros colgantes por fuera de la túnica para mostrarles a todos el símbolo de Zeus. Los comerciantes nos saludaban con voceríos, nos mostraban alhajas, comida, alfombras y mascotas. Yo compré un trozo de seda para atar alrededor del cuello de Jet en caso de que se escapara. Creo que horroricé al comerciante, pero él sabía que no debía decir nada. A sus ojos, yo era una rica heroína muerta: ¿quién era él para decirme qué debía yo hacer con su seda fina?

Las misteriosas mochilas que llevábamos parecían tener todo lo que necesitábamos, incluido bolsas de dinero.

—*Dios me dijo que hay poco uso del dinero en el Cielo, pero a la gente le divierten los intercambios, así que el dinero es ilimitado,* - dijo Daniel.

Los comerciantes parecieron agradecidos por las monedas de oro y plata, y Daniel y yo nos divertimos comprando. Puse algunas botellas de vino en la mochila y Jet cargó alegremente el gran hueso de cordero que le compré. Daniel masticaba una salchicha especiada en un pincho. Yo siempre había querido viajar, y aquel era mejor que cualquier lugar que hubiera soñado visitar.

Aunque los puestos de los comerciantes todavía estaban llenos de actividad, el tráfico siempre se movía calle abajo hacia el coliseo. Daniel detuvo a un niño con rizos imposiblemente dorados y ojos azules.

—*Disculpa, ¿cuándo comienzan los juegos?*

El chico lo miró por un momento, luego sus ojos se posaron en el colgante. Él asintió y dijo: —*Una hora, pero deberías ir a buscar un asiento ahora. Solo ocurren una vez cada siete años.*

—*Guao, estamos de suerte,* - me dijo Daniel.

El niño se escapó antes de que Daniel pudiera preguntar nada más. La multitud había comenzado a ir hacia el coliseo, así que seguimos a los alegres ciudadanos (muchos de ellos borrachos), hasta el gigantesco edificio de piedra. Me estremecí cuando entramos en la escalera de mármol y pensé en la tumba de mi abuelo en un mausoleo de mármol, lleno de aire húmedo y antimosquitos eléctricos de luz UV. La gente parecía sentarse donde les placía, así que buscamos un lugar en unos bancos de piedra cubiertos de terciopelo en la parte delantera.

Traté de ver por dónde entraba la gente a la arena para combatir, pero justo cuando miraba a mi alrededor, un rayo cayó y golpeó el centro del campo, cegándome. Daniel y yo fuimos los únicos en asustarnos y taparnos los oídos como respuesta al destello y al trueno, todos los demás aplaudieron. Cuando mis ojos se reajustaron a la luz del día, agarré el brazo de Daniel y señalé.

Los masivos dioses (sólo podrían haber sido ellos), estaban sentados sobre tronos de oro en el coliseo frente a nosotros, mirando hacia el campo y a la audiencia a su alrededor.

—*Jesús, hasta yo sé quiénes son esas personas*, - susurró Daniel.

Aplaudimos junto a los demás. Zeus y Hera ocupaban los dos tronos centrales, Zeus sonriendo abiertamente entre su barba y los ojos fríos de Hera buscando en las gradas. Llevando mis ojos desde el rey y la reina de los dioses, busqué a los héroes favoritos de mi infancia.

Atenea no iba vestida con el atuendo de guerrera, pero supe de inmediato que era ella. Ella susurraba a una lechuza posada sobre su hombro, y su rostro era sereno e inteligente.

Artemisa, Hermes y Hefesto estaban todos allí, Hermes sonreía con ironía por algo que decía el voluminoso y pesado Ares, y Hefesto miraba al mismo tiempo. Artemisa estaba sentada junto a su gemelo, Apolo, ambos con arcos colgados a la espalda. Todos los demás también estaban allí: Poseidón con su tridente, Démeter, Dionisio y Afrodita, cuya belleza tendía a atraer mis ojos hacia ella, aunque ella no era mi favorita ni de lejos.

Le señalé a Daniel quién era quién, y él pareció querer saber cosas sobre Afrodita. Traté de decirle que cualquiera que intentara acostarse con ella no sólo molestaría a su esposo, Hefesto, sino a su amante, Ares, el dios de la guerra. Él hizo caso omiso de mi preocupación y dijo que no había delito alguno en mirar. Pensé en el mito sobre el pobre bastardo que se topó por accidente con Artemisa bañándose en el bosque y se convirtió en un ciervo por su transgresión, la cual en realidad fue sólo estar en el lugar incorrecto en el momento equivocado. El pobre había quedado destrozado por sus propios sabuesos. Yo tragué saliva.

No es que los dioses no me estuvieran distraendo de mi preocupación (está bien, eran celos) por el divinamente inspirado enamoramiento de Daniel. En toda mi infancia a mí siempre me había encantado Hermes, el canalla, el manipulador, el que había engañado a Apolo con una manada entera de ganado cuando solo tenía un día de vida. Los oscuros rizados del dios caían sobre sus ojos mientras miraba en mi dirección y sentí mariposas en el estómago y

que mi cara se calentaba. Oh, genial.

Nadie anunció nada, pero sonó una trompeta y las puertas se abrieron a cada extremo del coliseo. De un extremo, salieron corriendo dos tigres hacia la arena, gruñendo con las orejas hacia atrás. Sangraban de unas heridas en la espalda, alguien los había querido enojar bastante al entrar en la arena.

De la otra entrada venían un hombre y una mujer, confiados y orgullosos. Él llevaba una espada, ella, arco y lanza.

—*¡Hey, es Atlanta!* - gritó Daniel en medio de los vítores.

—*Atlanta*, - corregí yo. Miré a los grandes felinos y luego a los guerreros, y la bilis obstruyó mi garganta. No me gusta la sangre. Me maldije a mi misma. ¿Qué demonios había esperado, una partida de ajedrez? Pero aún así, aquello era increíble.

Una diosa, Artemisa, se levantó del estrado. Alzó la mano y la multitud se calló. No podía creer que yo estuviera allí sentada viendo dioses y héroes griegos. La postvida era tan genial.

—*Bienvenidos, amigos. Nuestros tradicionales juegos heptanuales comienzan con una cacería tradicional. Nuestros héroes son Heracles...* - la multitud gritó su aprobación. —... *y Atlanta*. - Más vítores mientras la mujer saludaba a sus seguidores.

Aparté los ojos de la gloriosa mujer hacia el hombre. Imposiblemente musculoso, Heracles no llevaba nada más que su capa de piel de león. Rayas oscuras cubrían su cuerpo, y noté que era sangre de centauro. Heracles se había manchado el cuerpo con la sangre del secuestrador de su esposa pensando que lo haría más fuerte, pero en cambio le causó tanto dolor que casi lo mata. Zeus lo había llevado físicamente al Eliseo para terminar con su sufrimiento.

Daniel silbó ante la desnudez de Heracles. —*Colega, una de las primeras cosas que yo haría si me enfrentara a unos tigres sería protegerme el rabo*. - Yo me reí. —*¡Hey, no sabes lo que les gusta jugar a los gatos con las cosas colgantes!*

Atalanta no había sido tan audaz (o tan estúpida). Iba completamente vestida con un peto de cuero que cubría su toga, levantó su lanza, comprobó su peso y reafirmó su agarre. Se inclinó ante su diosa, Artemisa, quien se levantó sin sonreír. Heracles también se inclinó.

—*El primero en abatir un tigre es el ganador. Si uno logra abatirlos a ambos, entonces él o ella será coronado campeón.* La multitud rugió de nuevo y los héroes avanzaron. La caza estaba en marcha.

—*¿No es esto como pescar en un barril?* - preguntó Daniel. —*Quiero decir, ¿dos héroes legendarios y dos gatos en un espacio cerrado sin árboles? Oh. Espera.*

Heracles había pensado lo mismo que Daniel y estaba tomando la ruta directa. Cargó contra los tigres, rugiendo más fuerte que sus presas. Cuando levantó su espada, el tigre de repente desapareció de su vista y reapareció, con aspecto un poco alarmado, en medio de la arena.

Heracles no era tonto. Levantó la vista hacia los dioses con desconfianza. Atenea escondió una sonrisa en las plumas de su lechuza. Ares la miró ceñudo.

Atalanta observó todo esto atentamente. Cuando levantó su lanza y la arrojó sobre la arena, jadeó por su fuerza. Sin embargo, antes de que la lanza alcanzara su objetivo, este tigre también desapareció y reapareció en el medio. Ella asintió lentamente y desató su arco. Ella no miraba a los dioses, pero yo sí, y pude ver a Ares sonriendo triunfante a Atenea, quien puso los ojos en blanco.

Heracles corrió hacia el otro extremo de la arena, golpeando a un tigre desaparecido y luego al otro.

—*No es muy listo, ¿verdad?* - dije. Daniel dio un carcajada.

Los tigres terminaron nuevamente en el extremo original del área, donde Atalanta había estado apuntando. Inmediatamente dejó volar sus flechas, ¡dos a la vez desde el arco! Y ensartó las dos antes de que Ares pudiera interferir. Ambos tigres cayeron con flechas atravesando sus ojos derechos, y Atalanta sonrió triunfal.

La multitud gritó su aprobación y los dioses aplaudieron cortésmente, en su mayor parte. Ares gruñó y Hermes parecía aburrido, sus ojos azules barrieron a la multitud, parecieron descansar sobre Daniel y sobre mí, y luego continuar.

Atalanta saludó a la multitud, lanzando besos y caminando por el perímetro de la arena. Cuando pasó delante de nosotros, aplaudí y aplaudí hasta que me dolieron las manos.

Ella estaba concentrada en la multitud y, por tanto, no vio la ira de Heracles hervir a fuego lento en el centro de la arena. Pensé que él debía de estar gritando, pero el ruido de la multitud lo ahogaba todo. El héroe fracasado se dirigió hacia Atalanta con su espada en alto. Ella no se volvió, seguía ocupada saludando a sus admiradores.

—*¡Atalanta!* - grité, pero yo apenas podía escucharme a mí misma, no había forma de que ella me oyera. El tono de la multitud había cambiado, pero todavía gritaban y Atalanta no se dio cuenta del cambio. Los dioses observaban con desapegado interés.

Miré a mi alrededor. ¿Nadie iba a hacer nada?

Hay momentos en tu vida donde el estrés te paraliza. Cuando miras hacia arriba y ves que la pelota viene hacia tu cara y sabes que puedes quitarte el guante y atraparla, o moverte fuera del camino y dejarla pasar; pero no lo haces. Simplemente dejas que te golpee en la cara.

Hay otros momentos en tu vida en los que el estrés te mueve como si estuvieras controlada remotamente; te mueves, actúas y hablas sin pensar. Cuando todo ha terminado te preguntas cómo diablos lo hiciste.

El estrés es la salida fácil. Esperar a que otra persona actuara era la salida fácil. Daniel y yo nos levantamos a la vez, él tenía una determinada mirada en su rostro que nunca olvidaré. Luego saltamos la barandilla para dejarnos caer unos tres metros hacia la arena y corrimos hacia Atalanta gritando su nombre, con uno de los más grandes héroes de leyenda avanzando amenazadoramente hacia nosotros.

Capítulo 7

Lo curioso es que mientras corríamos, Heracles cubría unos tres metros por cada uno de los nuestros, me encontré rezando. No estaba segura de a quién, ya que estábamos rodeados de dioses. ¿Me escucharían?

«Por favor,» pensé. Eso nada más, solo: «por favor...» Olvidé que estaba aquí debido a la intercesión directa de Dios y que las deidades me rodeaban. Solo esperaba, porque estaba segura de no tener un plan. Parecía que Daniel y yo pronto descubriríamos si podíamos morir en el Cielo o no.

Heracles, por suerte, tenía mucho más terreno que cubrir que nosotros. Solo habían pasado unos segundos desde que Daniel y yo habíamos decidido convertirnos en héroes. La multitud seguía gritando y los dioses nos miraban impasibles. Vi a Hermes acercarse a Atenea, pero tuve que volver a centrarme en el tema en cuestión. Atalanta finalmente se dio cuenta de nosotros, frunciendo el ceño, y yo señalé detrás de ella.

Ella se giró. Daniel la alcanzó justo antes que yo y se paró frente a ella. Heracles estaba a solo tres metros de distancia, ahora embistiendo sobre ellos. La lanza de Atalanta todavía estaba atrapada en la arena en el otro extremo de la pista y ella acababa de colgar su arco sobre su hombro. No teníamos nada con lo que atacar o defendernos.

Así que mis pensamientos fueron por la siguiente mejor opción: trucos sucios.

Me lancé frente a Daniel y rodé, mi impulso me llevó directamente hasta los pies de Heracles. Su pie atrapó mi vientre y él tropezó, y el aire abandonó mis pulmones con un gran silbido. Se me rompió una costilla y quedé doblada de costado, sin concentrarme en nada más que en el intento de recuperar el aire. La caída de Heracles causó que una gran ola de arena me rociara, cegándome. Sorprendida por la multitud, no tenía idea de lo que estaba pasando.

Mi diafragma finalmente dejó los espasmos y yo respiré profundamente, me limpié los ojos y me senté. Esperando ver los cuerpos de Atalanta y Daniel empapando la arena con su sangre, me preparé, pero lo que estaba delante de mí me hizo jadear. Heracles seguía boca abajo en la arena con la diosa Atenea con un pie sandalizado en lo bajo de su espada. Atalanta sostenía el poderoso escudo de Atenea, (adquirido cómo y cuándo, yo no lo sabía), frente a ella y a Daniel. Hermes se paró junto a su hermana y ató los pies de Heracles con un gesto de su mano. La multitud finalmente dejó de animar y un silencio confuso nos rodeó.

Ares apareció junto a sus parientes. —*¡No tenáis derecho a interferir!* - le bramó a Atenea. Su voz me sorprendió; era pequeña y aguda, como la de Mike Tyson.

—*Había perdido, Ares,* - dijo Atenea. —*Y era antideportivo. Ese no es el espíritu de los juegos.*

—*¡Las reglas dicen nada de interferencias!* - dijo él.

—*Se habían infringido reglas más graves,* - espetó ella.

Artemisa apareció y todos la aclamaron. Obviamente, ella era la patrocinadora de estos juegos, se volvió e hizo un gesto a su padre, Zeus. Este levantó el brazo y mi mundo se llenó de luz. Debí de haberme desmayado antes de que llegara el trueno.

El frío se filtró a través de mi ropa, y cuando Daniel me despertó suavemente, me di cuenta de que estábamos en un suelo de mármol en algún lugar húmedo. Fuertes voces discutían desde la habitación contigua. Me estremecí.

—*¿Que ha pasado?*

—*Parece que los dioses están discutiendo sobre el ganador. Están tratando de averiguar si Atenea y Hermes interfirieron y perdieron el combate.*

—*¿Como cuando la banda marcha al campo antes de que termine el*

partido de fútbol? - Pregunté frotándome los ojos.

—Algo así, sí.

—Entonces, ¿han descubierto por qué los dioses interfirieron? Me imaginé que Atenea nos ayudó porque a ella le va todo lo del juego limpio, pero ¿por qué estaba allí Hermes? Él es todo lo contrario, uno pensaría que le gustan los trucos sucios. Eso es lo suyo.

—Tú eres la experta. Yo solo sé que de pronto estaban allí entregando ese escudo y Atalanta lo usó para evitar que ese mastodonte enloquecido nos arrollara. Sin embargo, no pensé rápido en hacerle tropezar. No tenía un plan.

Me enderecé y jadeé cuando mi costilla me hizo saber que no estaba muy contenta de lo que yo había hecho. La presioné con la mano.

—Yo tampoco tenía un plan. Hombre, están gritando de verdad. Supongo que esto es un problemón. ¿Es que no les importa que él estuviera intentando matarla?

Daniel me ayudó a ponerme en pie. —Les preocupa más si fue antideportivo en lugar de mortal. Aún no tengo claro si puedes morir aquí. Hey, ¿estás bien?

Jadeé superficialmente, no queriendo expandir mi pecho. —Creo que Heracles me dislocó una costilla. Tal vez me la rompió. No estoy segura.

—Oh, hombre. Supongo que podemos lastimarnos, entonces.

—Ni de coña, - le dije. Me aparté la arena. Las nubes flotaban junto a las ventanas abiertas del escaso pasillo de mármol, y miré hacia afuera. —Mierda, Daniel. ¿Dónde está el suelo?

—Creo que estamos en el Olimpo. ¿No está eso en la cima de una montaña o algo así?

Asentí, recordando. Los gritos de los dioses se hicieron más fuertes.

—Veamos que es todo el alboroto. Pero recuerda, son dioses. No hables hasta que te hablen, porque son buenos engañando a los humanos. Especialmente Afrodita.

—*¿Esa es la buenorra?*

Gruñí. —*Andando.*

Nos asomamos por la puerta abierta. La mayoría de los dioses se sentaban en sus grandes tronos hechos de oro y plata, Zeus y Hera en el centro. Atenea y Hermes de pie ante los tronos junto a Atalanta a la izquierda, con Ares y Afrodita a la derecha con Heracles. Ambos héroes de pie orgullosos, aunque desarmados.

Artemisa se puso de pie. —*El combate había terminado. Declaro que vuestras acciones fueron reprobables e ilegales y, por lo tanto, mis hermanos no interfirieron.*

Afrodita hizo un puchero, sus senos se tensaron por el material delgado que apenas los contenía. Largos mechones de cabello rubio se enroscaban suavemente sobre su pecho, un mechón rodeaba delicadamente la clara orla rosada de un pezón. Le di un codazo a Daniel para que dejara de mirarla. —*Padre, ¿cómo puedes dejar que Artemisa asuma la responsabilidad de los juegos si va a gobernarlos mal?*

Un dios con una gran barba enredada con algas se levantó de su asiento a la izquierda de Zeus. Supuse que era Poseidón, el dios del mar. —*Tu padre ha determinado que ella sea la patrocinadora de los juegos. ¿Dudas de su juicio?* - Caminó lentamente, a propósito, para estar junto a Atalanta.

Zeus lo miró. Su voz, a diferencia de la de Ares, era exactamente como yo esperaba: profunda, poderosa y dominante. —*¿Así será, mis hermanas y hermanos? ¿Hijos e hijas? ¿Elegiremos bandos?*

Dioniso se puso de pie. Supuse que era el dios del vino porque vacilaba y parpadeaba como mi tío Casey borracho en Navidad. —*La fiesta nunca termina cuando crees que terminará* - dijo, y se unió a Heracles.

—*¿Y eso que significa?* - Daniel me susurró. Yo lo hice callar.

Apolo se unió a Atalanta, poniéndose del lado de Artemisa, su gemela. Hefesto cojeó, frunciendo el ceño amargamente, para estar

junto a Afrodita, a pesar de que su esposa solo tenía ojos para Ares. Deméter, con los ojos bajos y murmurando algo sobre lo que era justo, se unió a Heracles. Artemisa, habiendo ya expuesto su caso, se unió a Atalanta.

Zeus y Hera quedaron en silencio. Cuando el rey de los dioses se concentró en mí, sentí aquello: algo eléctrico. —*¿Qué pasa con los dos humanos? ¿Cuál es su papel?*

Caminamos hacia adelante sin previo aviso, pero completamente seguros de que se esperaba que lo hiciéramos. Daniel habló primero.

—*Vimos a Heracles atacar a Atalanta después de terminar el combate. Ella no pudo oírnos cuando nosotros gritamos para avisar, así que fuimos a, eh, ayudar.*

—*¿Y pensaste que podrías hacer qué?* - Preguntó Hera, sus ojos fríos sobre mí.

—*No estoy seguro. Advertirla, supongo.*

—*Pero no lo hiciste. Interferiste mucho antes que cualquier dios.*

—*No hay nada en las reglas al respecto,* - dijo Artemisa. —*No esperamos que alguien saltara a una arena con tigres y héroes.* - Nos miró como si fuéramos insectos molestos que había encontrado en su almohada.

—*¡Ellos son los verdaderos criminales aquí!* - gritó Ares. —*Solo con su sacrificio estaré satisfecho.*

Hermes extendió la mano y me tomó del brazo, acercándose. Me echó mano al cuello y tiró un poco de la cadena, sus dedos rozaron mi clavícula. Mi respiración se aceleró ante la mirada en sus alegres ojos. El era un dios.

Hermes levantó el símbolo en mi collar a Zeus. —*Son Viajeros, padre, y están bajo mi protección.*

Quise golpearme la frente. Hermes era el dios de los viajes, por supuesto que tendría interés en nosotros.

—*¡Exijo su sacrificio!* - gritó Ares de nuevo. Claro, él era el dios de la guerra, pero aún me preguntaba qué veía Afrodita en él.

—*No* - dijo Hermes, su brazo aún sobre el mío. Yo estaba mareada con su aroma. Daniel me lanzó una mirada curiosa.

Ares puso su mano sobre la gran espada a su lado. —*¿Vas a detenerme, hermanito?*

Hermes solo sonrió.

—*Él no puede, pero yo sí* - interrumpió Atenea, su mano sobre su propia espada. Poseidón dio un paso adelante, agarrando su gran tridente, y la tensión en la habitación aumentó dramáticamente. Hefesto, con una mirada furtiva a su esposa, dio un paso adelante sosteniendo el martillo de su forja. En realidad no era un gran arma, pero no querría sentirlo incrustado en mi cráneo.

—*Hey, espera un minuto* - dijo Daniel, pero Zeus lo interrumpió.

—*No quiero que mis hijos peleen* - dijo, la tristeza en su voz no era muy convincente. Su voz tenía un temblor, y aunque mi proximidad a Hermes me estaba distraendo, todavía sentía adrenalina en mis extremidades cuando habló, mi cuerpo me decía que corriera muy, muy lejos.

Los dioses comenzaron a discutir en voz alta, e incluso Heracles y Atalanta, las leyendas, retrocedieron ante el calor que se elevaba desde la sala del trono. Hermes me hizo retroceder y agarré a Daniel para que nos acompañara fuera de la tensa multitud de dioses, que ahora lanzaba insultos con Atenea y su espada entre Ares y nosotros. Una vez que estuvimos libres de los otros ojos divinos, nosotros... ya no estábamos allí.

La antecámara en el Olimpo regresó, y luego apareció todo el Elíseo, visto desde la cima de la colina. Me sentí mareada por el repentino cambio y me apoyé brevemente contra Hermes.

—*Uooh* - dijo Daniel tambaleándose.

Hermes me soltó y dio un paso atrás, evaluándose. Luego miró hacia el cielo donde el Olimpo colgaba en las nubes sobre el Eliseo.

El rayo se quebró y las nubes se juntaron, poniéndose más negras.

—*Parece que vosotros, los Viajeros, habéis logrado dividir el Olimpo* - dijo sonando más impresionado que enojado.

—*¿Dividirlo?* - Pregunté frotándome los ojos y tratando de alejar el mareo. —*Los dioses han luchado en el pasado, ¿no?*

—*Sí, pero nunca nos hemos dividido por igual. Si Zeus elige un lado y Hera el otro, comenzará una guerra.*

—*¡Pero eso es estúpido!* - Dijo Daniel. —*¡Solo por un truco sucio durante un juego! ¡Cosas peores han sucedido en la historia! ¡Mierda, los atletas en nuestro mundo rompen las reglas todo el tiempo!*

—*¿Y los juegos eran sagrados allí?* - dijo Hermes mirándonos.

Me detuve. Importante sí. Mucho, claro. ¿Sagrado?

—*No mucho es realmente sagrado de dónde vienes, ¿verdad?* - Hermes extendió la mano y me acarició el hombro. Mi garganta se cerró y todo lo que pude hacer fue negar con la cabeza.

—*Um, ¿Kate?* - Los ojos de Daniel estaban fijos en las nubes. El cielo estaba negro y, mientras lo veíamos, un rayo cayó y dividió el Olimpo en dos. El gran salón de mármol flotaba por encima de nosotros. —*Oh, colega. Eso no puede ser bueno.*

Hermes siguió su mirada. —*Zeus y Hera no están de acuerdo, han igualado los bandos. Yo tenía razón. Vosotros dos sois los heraldos de los últimos tiempos.*

—*¡De ninguna manera! Solo somos Viajeros* - protesté.

—*Y se profetizó que los Viajeros entrarían en el Eliseo para ser el catalizador de la batalla final.*

La lluvia interrumpió cualquier argumento que pudiéramos haber hecho: el diluvio llegó de repente y era frío. Los habitantes del Eliseo corrieron, gritando, buscando refugio. Por supuesto, no había ninguno. Era el cielo: ¿qué necesidad tenían de protegerse del mal tiempo?

Daniel frunció el ceño. —*¿Hay algo que podamos hacer?*

Hermes negó con la cabeza, sus ojos azules aún sobre mí.

Daniel puso su mano sobre mi brazo. —*Kate, tenemos que salir de aquí antes de que las cosas se pongan realmente mal. Vamos.* - Yo apenas podía escucharle con los truenos.

Hermes sostuvo mi otro brazo. —*Por favor, espera. Permíteme una hora de tu tiempo* - me susurró al oído. —*Después de una hora, te devolveré ilesa a tu amigo. Lo juro por la laguna Estigia.*

Parpadeé y mis rodillas casi se doblaron.

Normalmente, no me iría con un extraño. Eso es lo que me dije a mí misma, al menos. Pero jurar por esa laguna era sagrado, y era el juramento más sagrado que un dios podía hacer.

—*Continúa. Te alcanzaré luego* - le dije a Daniel. Su mandíbula cayó y logré sonreír. —*Lo prometo. Estaré bien. Hermes se asegurará de que nos encontremos.*

No vi la expresión de su rostro cuando nos fuimos, pero imaginé que estaba enojado. El mundo se volvió borroso por un momento y lo siguiente que supe fue que Hermes me tenía en una cueva, a salvo de la tormenta.

—*¿Dónde...?* -logré decir, me daba vueltas la cabeza.

—*Esta es la cueva donde nací. Estamos a salvo aquí. Todavía vengo aquí en busca de privacidad en ocasiones.*

—*Pero hay una guerra allá afuera. ¿No se supone que debes estar...?*

—*Eso puede esperar. Eres un viajero, eres uno de los míos.* - Me sonrió y me quitó el pelo rebelde de la cara. De repente me di cuenta de que tenía que estar sucio: cubierto de arena y yo con los ojos muy abiertos por toda la adrenalina que el día me había servido.

Él inclinó su cabeza hacia la mía, pero antes de que pudiera tocar mis labios, retrocedí por instinto. Parte de mi mente estaba gritando que estaba loca, retrocediendo así ante un chico increíblemente

sexy, pero yo había tenido un día intenso y no estaba segura de poder soportar mucho más.

El dolor repentino en mi costilla lesionada silenció mi discusión interna. Jadeé, mis manos se movieron automáticamente al lugar.

Hermes frunció el ceño. —*¿Estás herida?*

—*Heracles me dio una patada* - murmuré sosteniendo mi costado y haciendo una mueca.

Sus manos fueron hacia las mías y él las apartó suavemente. Levantó mi túnica, imperturbable ante el combo de vaqueros y camiseta no muy griego que había debajo, y me dijo que la sostuviera por él. Lo hice, con las manos temblando un poco. Luego levantó cuidadosamente mi camisa justo debajo de mi pecho.

—*¿Es esta la costilla lesionada?* - preguntó, pasando su dedo delicadamente por mi costado. Un calor profundo y curativo fluyó a través de mí, y no pude saber si me había curado o si simplemente había eliminado el dolor. Asentí, probando la costilla con una respiración profunda. Sin embargo, los moretones se habían irradiado de la costilla, y otras costillas se quejaron cuando mi pecho se expandió. Hice una mueca.

—*Ah, no todo está curado todavía* - dijo, y comenzó a trazar mis costillas de abajo hacia arriba, dejando rastros calientes a su paso. Se detuvo justo debajo de mi pecho y dudó.

—*¿Sabes por qué te traje aquí?*

—*No* - dije honestamente. Mi voz tembló.

—*Hay una luz dentro de ti. Un poder. Eres un viajero, pero no como yo haya visto antes. Brillas como una pira.*

—*¿Yo? ¿Por qué?* - Mi conversación debía de ser de lo más apasionante. Pero es que tenía la distracción de las yemas de sus dedos moviéndose más allá de una capacidad de curación y dentro de un reino que yo había experimentado antes de no ser virgen, pero nunca, jamás, al nivel que este dios ofrecía...

—*No puedo decirte por qué. Solo puedo decirte que así es.* - Se inclinó y tocó suavemente mis costillas con sus labios, y yo salté, esta vez de sorpresa.

Me abrazó con firmeza mientras su boca exploraba mis costillas y mi estómago, mientras yo sostenía mi toga estúpidamente, temblando.

Finalmente se levantó y me miró. —*¿Ahora sabes por qué te traje aquí?*

—*Creo que sí,* - susurré.

—*¿Estás herida en otro lugar?*

Negué con la cabeza.

—*Bien,* - dijo, y me besó suavemente. Me sostuvo en alto cuando mis rodillas finalmente cedieron, trenzando mi cabello enredado entre sus manos y besándome más fuerte.

Mi túnica había desaparecido. Yo no estaba segura de adónde. Mi camisa y vaqueros la siguieron. Sus manos eran insistentes, deambulaban por mi espalda, se demoraban en mis senos, mi cara, mis muslos. Una parte de mí se preguntó qué pasaría si yo protestaba. El resto de mí se rió de esa parte; nadie protestaría por este intoxicante placer.

Me tendió sobre una manta y se quitó su propia túnica. Se arrodilló a mi lado, las puntas de sus dedos cosquilleaban perezosamente mis pezones. Extendí la mano y tracé los contornos de su esbelto cuerpo, sus músculos tensos.

Mis dedos acariciaron un área que lo hizo gemir, y él se endureció bajo mi mano.

Deslizó un dedo dentro de mí y yo arqueé la espalda. —*No una virgen, entonces,* - dijo.

—*¿Es eso un problema?* - le pregunté.

Se movió entre mis piernas. —*Por el contrario. Me gusta una mujer*

que conoce el placer. También me plantea un desafío. - Bajó la cabeza para lamer una vez, rápidamente, como un gato. Yo jadeé. Él me sonrió una vez más y se zambulló para darse un festín.

La siguiente hora fue borrosa. Sé que llegué rápidamente, primero por su boca, y luego él disminuyó la velocidad y comenzó una exploración más pausada de mi cuerpo. Probamos varias posturas, cada una mejor que la anterior, cada una volviéndome loca, emborrachándome de placer.

En algún momento creo que él cambió su forma. O tal vez la mía. O ambas. No estaba segura.

Cuando él llegó, detrás de mí, me mordió profundamente el hombro, me rompió la piel y me marcó, el repentino dolor agudo me llevó al límite de nuevo, dejándome sollozando y sin aliento.

Pensé que la cueva estaría fría después, pero la proximidad de Hermes me daba calor. Me acosté sobre el estómago junto a él, súbitamente tímida mientras él me acariciaba la espalda con los dedos.

—*¿Por qué yo?* - Pregunté de nuevo.

—*¿Honestamente no lo sabes?* - Sus ojos azules brillaron bajo sus rizos negros.

—*Obviamente no.*

—*Entonces supongo que es algo que deberías descubrir por tu cuenta, Kate. Tienes un largo viaje por delante. La respuesta vendrá a ti.*

Hice una mueca y él pasó su pulgar sobre mi labio inferior. —*Ojalá tuviéramos más tiempo, mi pequeña viajera. Pero ha sido un verdadero placer saborearte en la cúspide de todo.*

Yo estuve a punto de preguntar: «¿La cúspide?», pero él me besó de nuevo, y de repente eso ya no parecía tan importante.

Me depositó aproximadamente en la misma área que habíamos

dejado, pero a Daniel no se lo veía por ninguna parte.

—*Encontrarás a tu amigo en el camino. Él camina despacio.* - señaló Hermes. —*Te llevaría a él yo mismo, pero él ha dejado el Eliseo y me tomaría demasiado tiempo llegar allí. Y, bueno...* - se encogió de hombros y señaló hacia el cielo donde la tormenta seguía furiosa.

Ejércitos de héroes, dioses y extraños monstruos se reunían en el cielo. Los dioses estaban divididos: seis en un lado y cinco en el otro, con cientos de deidades de respaldo. —*¿Qué va a pasar?* - pregunté. —*¿Esto es culpa nuestra de verdad?*

—*Considérate un catalizador de algo que era... inevitable* - susurró, y me mordió el lóbulo de la oreja. Me estremecí.

—*Debo irme. Pero estás marcada como Viajero, y te estaré vigilando. Tu amigo también, aunque él no es tan divertido de vigilar, a decir verdad.*

Me reí. Se inclinó y me besó y saboreé su sabor. Luego se fue en un destello de luz.

Mi mente por fin se despejó y juré en silencio para mí misma. Salí a la carretera en un trote bajo la lluvia para alcanzar a Daniel y escapar de la batalla que se estaba gestando. No miré atrás.

Daniel me esperaba en la rotonda, sentado en la arena, mirándome.

—*¿Qué?* - dije tratando de sonar inocente.

—*¿Qué? ¿Tú qué crees?* - Su voz se convirtió en una mala imitación de la mía.—*Cuidado con Afrodita, Daniel, te seducirá y eso molestará a los otros dioses. Deja de mirar a Atalanta, Daniel...* - él volvió a su tono normal *¡Te doy la espalda un segundo y te vas con el primer dios que te pone ojitos! ¿Cómo de enojada estarías tú si yo me hubiera ido a dormir con una de las diosas?*

Pensé en ello. Yo habría quedado completamente aplastada, por supuesto, pero no iba a decirle eso. —Me hubiera cabreado, cierto. Pero dime esto. Si una diosa se hubiera presentado ante ti, ¿qué hubieras

hecho? ¿Honestamente?

Me fulminó con la mirada y vi una sonrisa temblar en su rostro. Finalmente rompió la tensión riéndose. —Está bien. Hubiera ido a por ella. Me has pillado.

—Solo estás mosca porque yo me llevé un poco de cola divina y tú no.

Sacudió la cabeza hacia el suelo y sonrió, luego se levantó y se sacudió la arena de los vaqueros. —Bueno, parece que hemos comenzado una guerra divina en un cielo. ¿Adónde a continuación?

—Probablemente en algún lugar donde no tengamos tantos problemas, - dije.

—¿Hubieras hecho algo diferente, Kate? Quiero decir, tuviste suerte con un dios. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste alguna, por cierto?

Lo miré y recordé haber tenido relaciones sexuales con su doble en el cielo, pero en realidad no podía recordar cómo habían sido. —No me acuerdo - respondí con sinceridad.

—Entonces míralo de esta manera - dijo echando un brazo amigable alrededor de mis hombros. —Eres como esa Helena, pillaste algo y luego comenzó una guerra. ¿Y la mejor parte? Tuviste que irte sin que nadie te reclamara..

Yo no tenía otra cosa más que hacer que reír. Sin mucha consideración, elegimos un camino y partimos hacia otro cielo.

—No puedo creer que realmente hayamos causado todo eso. -dijo Daniel después de que vagáramos por un tiempo.

Yo todavía estaba pensando en Hermes y preocupándome si podría quedarme embarazada a pesar de estar muerta. No había tenido el período desde la muerte, y el tiempo que pasé con el falso Daniel parecía indicar que no, así que no lo creía, pero el miedo al embarazo era una preocupación complementaria con el sexo. —¿Causado qué?

—Esa gran guerra. Hermes lo llamó el final de los días, la batalla final.

Yo solo pensaba que estábamos ayudando a alguien a punto de ser injustamente fileteado.

Me encogí de hombros. —Hermes me dijo que éramos un catalizador de lo inevitable. Si no lo hubiéramos hecho, otro lo habría hecho.

—Eso no es muy alentador, - dijo Daniel.

Yo pensé en ello. —Supongo que la idea de un puñado de dioses que ya no le importan a nadie y un puñado de héroes muertos teniendo una batalla final no tendría mucho impacto en ningún otro lugar.

—Y, sin embargo, tú estabas bastante ansiosa por ayudar a uno de esos héroes muertos.

—Bueno, si estás preocupado, ¿qué podemos hacer al respecto?

—No sé. ¿Qué se dice cuando comienzas una avalancha? «¡Perdón!»

Me reí. —Buen argumento. Intentemos que no se repita. ¿Te sientes mejor ahora?

Se encogió de hombros y entornó los ojos. —Estoy derrotado. Descansemos. Puede que quieras llamar a Jet.

Jet, quien al parecer había brincado alrededor del Eliseo mientras Daniel y yo habíamos tenido nuestras aventuras, había estado liderando el camino hacia este cielo, a veces corriendo muy adelante, luego saltando hacia atrás y ladrándonos, luego corriendo de nuevo.

—Bueno, podríamos descansar esta noche. Si hubiera una noche aquí, - le dije, mirando al cielo gris.

—¿Tenemos sacos de dormir en estas mochilas? - preguntó Daniel quitándose la suya. Seguí su ejemplo. La mía contenía un acolchado saco de dormir de Hello Kitty (Daniel resopló cuando lo vio) y una suave cama para perros. Jet corrió hacia nosotros y se subió a su cama de inmediato, se dio la vuelta tres veces y se acostó, mirándome fijamente. La rasqué detrás de las orejas, y luego puso la cabeza sobre sus patas y continuó mirándome.

Aunque el cielo todavía era de un gris uniforme, yo estaba exhausta.

Negué con la cabeza ante la oferta de comida de Daniel, me metí dentro de mi saco de dormir y me quedé dormida.

¿Con qué sueña uno en el cielo? Sinceramente, yo no recordaba muchos de mis sueños; Cuando estuve en el cielo cristiano, generalmente me despertaba sintiéndome dichosa, pero ahora que estaba en el camino, me despertaría sintiéndome desorientada, con una extraña sensación de augurio. Me había despertado muchas veces así cuando iba a la escuela secundaria, y después de los dieciséis o así, al final me convencí de que yo no era psíquica, solo una soñadora extraña.

Esta vez, soñé con Hermes, naturalmente; solo que no fue un sueño sexual. Él estaba en la rotonda en el centro de todos los Cielos, frunciéndome el ceño. Su cabello oscurecía sus ojos y la sangre corría de un corte en su mejilla izquierda. Abrió la boca para hablar, pero yo solo escuché el estruendo del trueno.

Me desperté sobresaltada, el maldito cielo se negaba a decirme cuánto tiempo había pasado. Me froté la cara y suspiré, sintiéndome peor que cuando me había ido a dormir.

Menudo sueño encantador. Saqué una cantimplora de mi mochila y bebí profundamente. Jet y Daniel aún dormían, las patas de Jet temblaban y sus labios ocasionalmente se retraían. Ella gimió en voz baja y yo sonreí, recordando los sueños de persecución que ella había tenido cuando estábamos vivas. Yo no iba a dormir más, eso era seguro, así que salí de mi saco de dormir y me puse los zapatos.

Llevó solo veinte pasos hacia aquel Cielo antes de notar que los campos tenían un distintivo holor a hierba, como si acabaran de cortarla. Inhalé profundamente captando el aroma de algo pequeño, algo apetitoso, algo delicioso.

Casi me caigo de rodillas al encontrar la fuente del olor antes de notar lo que estaba pasando. Abrí los ojos, sin darme cuenta de que los había cerrado.

El mundo entero era gris. No solo el cielo. Gris y monótono, casi no valía la pena mantener los ojos abiertos. Me reí a carcajadas y vi algo en una colina frente a mí. La vista me decía muy poco, pero el olor en el aire me lo decía todo.

Volví corriendo al campamento y desperté a Daniel con zarandeos. Jet alzó la cabeza de la cama y se me quedó mirando golpeando el suelo con el rabo.

*—¿Para qué demonios me has despertado? Claudia estaba a punto de...
- protestó él, y me obligué a no mirar su saco de dormir en busca de signos reveladores de, bueno, de la influencia de Claudia.*

—Sé dónde estamos. ¡Sé en qué cielo estamos! - le dije. Fui hasta mis cosas y comencé a meterlas en mi mochila.

—Bueno, ¿es peligroso? - preguntó, dejó caer la cabeza sobre su saco de dormir.

—No.

—Entonces puede esperar, - Se dio la vuelta.

Agarré su hombro y tiré de él hacia mí. —No, no puede. Es demasiado genial.

—Dímelo, entonces, y decidiré si patearte el trasero.

—El Cielo de los perros.

Capítulo 8

No requirió mucho más sacar a Daniel de su saco de dormir. Jet ya estaba trotando delante de nosotros, completamente a gusto en un mundo extraño.

—*Esto es tan raro*, - murmuró Daniel.

—*¿Por qué? ¡Es genial!* - dije tratando de identificar la docena de olores en el aire. Cada uno tenía una firma diferente, como un color diferente.

—*Oh, genial, lo que tú digas. ¿Y por qué tengo este increíble deseo de olisquearte el trasero?*

Me sonrojé, alegrada del mundo blanco y negro. Extendí mi mano y agarré la suya, estrechándola. —*Tú ya me conoces. No necesitas confirmarlo con mi aroma. Soy Kate, y no me entusiasma la idea de tener tu nariz en mi trasero.*

Él se rió, pero después de soltarle la mano, se apartó un par de pasos de mí.

Mi rubor se intensificó cuando me di cuenta de que muy probablemente yo olía como si acabara de tener relaciones sexuales, las cuales había tenido. ¿Dónde encuentra una la ducha en el cielo?

El campo se extendía ante nosotros, igual que en el Eliseo, pero sin las fuentes y los árboles frutales. Parecía un paisaje inmutable, pero mi nariz me decía lo contrario. Perros de todas las formas: callejeros, gran daneses, shi tzus, caniches y, por supuesto, labradores, brincaban en los campos, ladrando ruidosamente, olisqueando y rodando. Jet se adelantó disparada, tirando de la seda en mis manos. La dejé marchar, viendo cómo la correa hecha a mano me devolvía el saludo.

Después de un pensamiento, salí tras ella. Ella lo estaba investigando todo, y yo quería estar con ella ya que por fin podía ver con sus ojos. O nariz.

Un área del campo estaba cubierta de olores desagradables, carne podrida, pescado viejo, heces de perro, que de alguna manera, ahora, parecía extrañamente atractivo. Seguí a Jet a esta área y encontré cadáveres en la hierba. Me las arreglé para levantarme, recordando mi estado de «Homo sapiens», y miré con nostalgia mientras ella agarraba una zarigüeya en descomposición en sus mandíbulas, la sacudió con fuerza y la lanzó al aire. La vio aterrizar, y luego se dejó caer y rodó sobre esta.

El deseo de unirme a ella era abrumador, así que decidí investigar las otras áreas. Los perros estaban en todas partes, algunos tirando de un cadáver de vaca fresco, que parecía menos desagradable y más delicioso a cada minuto. Otros perseguían pelotas que volaban de manos invisibles. Algunos simplemente dormitaban al sol. Atisé a mi primer humano sentada en la ladera de una colina inclinada, rascando la barriga de un perro pastor, y corrí a saludarla.

—*No sabía que habría otros humanos aquí*, - dije como saludo, luchando contra el impulso de olisquear sus regiones inferiores.

Ella me sonrió, quitándose la trenza oscura del hombro y estrechando mi mano. —*Por supuesto que hay. ¿Quién sino iba a rascarles la barriga?* - Otros humanos me saludaron en ese momento, cada uno con una mano en el aire y otra en la barriga de un perro.

—*¿Cómo llegas aquí solo con perros?*

—*Es maravilloso*, - dijo ella con ojos nublados. —*Todos los perros que he tenido están aquí, y soy capaz de enmendar las veces que no paseé, alimenté o jugué con ellos. Ahora tengo sus sentidos. Por fin puedo ver el mundo como ellos lo veían.*

Me preguntaba si esta mujer estaba cumpliendo algún tipo de penitencia. Me incliné hacia adelante para oler el aire a su alrededor y no encontré sino sinceridad. Ella era feliz aquí.

—*¿Qué te trae por aquí? ¿Tu perro?* - me preguntó.

Agité mi mano en dirección al área en la que había comenzado a pensar como Central Carcasa. —*Está allí. Vino a nosotros en el cielo cristiano y desde entonces hemos estado deambulando como Viajeros.* -

Saqué la cadena de mi camisa para revelar un perro corriendo.

—¿«Nosotros»? - me preguntó ella.

—*Mi amigo Daniel. Él está, bueno, ahora no sé dónde está, pero está aquí en alguna parte.*

Ella arrugó la nariz. —*Si él no está como loco cerca ti, entonces se está esforzando como puede para mantenerse lejos. Hueles como si estuvieras en celo.*

Me enderecé de la barriga que estaba rascando, y otro humano corrió a tomar mi lugar. —*Eso es muy grosero. ¿Siempre te diriges así a las personas que conoces?*

Una especie de hormona comenzó a fluir en la mujer, flotando fuera de ella: adrenalina. —*Las reglas de la sociedad son diferentes aquí. Tendrás que acostumbrarte. Tus secretos salen por tus poros; no puedes ocultar gran cosa.*

—*Y si crees que era una buena idea dejar a un macho intacto a solas en un Cielo para perros, eres más estúpida de lo que pareces,* - agregó ella.

Si yo retrocedía en este punto, le daría a esta mujer estatus Alfa sobre mí. Pero claro, tenía que considerar a Daniel.

—¿*Macho intacto?*, - pregunté.

—*No operado. Todavía en completa propiedad de sus testículos. Capaz de reproducirse. Muy atractivo para las perras.* - Su labio se curvó cuando lo dijo, el insulto implícito era obvio.

Yo quedé boquiabierta, ya no me importaban los juegos de dominación alfa. —¿*Dónde están las perras en celo?* - le pregunté.

Sonriendo en su superioridad, la mujer señaló la cima de la colina, donde vi una figura solitaria de pie.

—*¡Daniel!* - chillé echando a correr. La figura cayó de rodillas y yo me esforcé por correr más rápido. Una vocecita sarcástica en la parte posterior de mi cabeza dijo que si lo veía haciendo lo que temía que estaría haciendo, perdería mi amor no correspondido

para siempre.

Cuando lo alcancé, estaba vestido, de rodillas, cubriéndose la cara con las manos. Las perras lo rodeaban, olisqueándole las axilas, la entrepierna y el cuello. Lamían cualquier piel que podían encontrar. Él sollozaba, la cara entre las manos, demasiado débil para alejarse de la situación, pero lo bastante fuerte para resistir el siguiente paso.

Las auyenté (gentilmente, era el Cielo de los Perros después de todo) lo mejor que pude y puse a Daniel en pie. Me miró entre los dedos y dijo: —*Sácame de aquí. Por favor.*

Lo arrastré lejos de las perras, que se quejaron y ladraron. Pero pronto fueron distraídas por los hombres, de los cuales parecía haber un número interminable. Un hombre vino olisqueando hacia mí y yo le gruñí y le enseñé los dientes. Él dio la vuelta para encontrar otra hembra.

—*Tengo que salir de aquí. No lo soporto.* - Daniel prácticamente sollozaba, apoyándose en mi hombro. —*No sabes cómo es.*

—*Puedo imaginarlo,* - le dije tirando de él más rápido. Los olores eran abrumadores ahora, mayormente de Daniel: miedo, deseo y desesperación.

Lo arrastré, más allá de los soleados campos de cadáveres muertos y pelotas que se lanzaban solas, hacia lo que parecía el límite del cielo, con un color que sangraba suavemente hacia el gris, luego deposité a Daniel en la hierba. —*¿Es esto lo bastante lejos?*

Él asintió, mirándome con ojos enrojecidos. —*¿Tú vas a volver?* - Nunca había escuchado tanta petulancia en su voz, tanta necesidad.

—*Solo para llevarme a Jet, y ya vuelvo.*

Jet no estaba en Central Carcasa ni en Rascado de Barriga. Yo sabía que ella no estaría en la Colina del Amor, ya que yo la había operado. Una sección del campo particularmente espantosa estaba repleta de ardillas, conejos y roedores que los perros perseguían, siempre atrapando a sus presas y destruyéndolas con un simple

movimiento de cabeza... pero Jet tampoco estaba allí.

Finalmente la encontré en la zona soleada, tendida en una zona de luz solar perfectamente redonda, como un foco de luz. Puse mi mano suavemente sobre su cabeza y le dije: —*Chica, es hora de irnos.*

Levantó la cabeza y golpeó con la cola una vez. Gimió bajo en su garganta, y capté sus emociones en el aire. Tristeza. Deseo de quedarse. Y amor. Amor abrumador. Creemos que sabemos cuánto nos quieren nuestros perros, pero eso no es nada, nada como la realidad. Me senté a su lado y le acaricé la barriga, y el amor y la satisfacción surgieron en oleadas. Ella era feliz aquí. Ella pertenecía a este lugar.

—*Tengo que irme, Jet. Tal vez tú puedas ser feliz aquí, pero yo tengo que sacar a Daniel. Él no puede quedarse.*

Jet se dio la vuelta y me lamió la mano una vez. Le rasqué la cabeza detrás de las orejas como a ella le gustaba. —*¿Puedo venir a visitarte?*

Volvió a menear la cola y se estiró al sol.

—*Buen perro, - susurré.*

Cuando vi a Daniel esperándome, me limpié los ojos a toda prisa, pero él mostró su media sonrisa. —*¿Dónde está Jet?*

—*Se queda. Me pregunto si se suponía que debíamos traerla aquí y si esa era nuestra misión.*

—*Podría ser, quién sabe por qué estamos haciendo esto, - coincidió dándome un abrazo rápido. —Gracias por sacarme de allí.*

Me alejé. Me había distraído demasiado cuando lo estaba alejando de sus amigas para notarlo, pero a estas alturas estaba claro. Alto y claro. El olor que provenía de él era agrio y fraudulento.

—*Estás... mintiendo, - le dije.*

—*¿Qué?*

—*Mintiendo. Sobre este viaje. Mintiendo sobre por qué lo estamos haciendo. No lo estamos haciendo para ayudar a las personas o entregar a Jet al Cielo o lo que sea. Hay otra razón.*

La mandíbula de Daniel se abrió y su rostro se sonrojó. Estábamos lo bastante lejos del Cielo perruno como para que yo captara el color en sus mejillas, pero lo bastante cerca para que poder oler el fuerte aroma de pánico que emergía de él.

—*¿Por qué mentiste, Daniel? ¿Por qué estamos realmente aquí?*

Él solo se me quedó mirando.

Apreté los puños. —*De acuerdo. Joder, no me lo digas. Pero se acabó el seguirte por ahí. Pensé que podía confiar en ti.*

—*Cuando llegué al cielo, ¿quieres saber qué pasó? Dios me envió un falso tú con quien pasar el rato, un tú perfecto que... - Yo todavía no podía contarle. No podía. —me amaba.*

—*Cuando descubrí que era falso, decidí vivir sola. Puedo hacer eso de nuevo, Daniel. Si me estás mintiendo, no eres el amigo que tuve en vida. Has sido sarcástico y distante, pero siempre pensé que podía confiar en ti. Ahora ya no lo sé.*

Todavía parecía estupefacto cuando pasé a su lado y me alejé caminando penosamente por el camino. Contuve las lágrimas por fuerza de voluntad, pero me detuve cuando él habló por fin.

—*¿Yo estaba en tu Cielo? - eso fue lo único que dijo.*

Me di la vuelta y lo encaré, las lágrimas templaron mi voz. —*Eres un verdadero idiota, Daniel. Has tenido mis hormonas y emociones como un libro abierto durante las últimas horas y ni siquiera lo has visto. Huélelo. Haz lo que quieras. ¿Por qué tuve que enamorarme de un idiota?*

Entonces lo dejé, con la cara laxa por la conmoción, en el camino que lleva al Cielo perruno. Dejé lo que me amaba más que cualquier otra cosa en el mundo yaciendo dichosa bajo un rayo de sol, y dejé a la persona que yo amaba más que cualquier otra cosa en el mundo allí de pie en el camino, con la boca abierta y cara de estúpido.

* * *

La mirada en el rostro de Daniel fue casi gratificante por su alivio cuando se acercó a mí en la rotonda. Yo estaba sentada en postura india en la arena y lo esperé con cara pétrea.

Él no dijo nada, solo vino y se sentó a mi lado.

Señalé un camino estrecho de tierra. —*Estoy bastante segura de que ese es un camino hacia la reencarnación. Cuéntamelo todo, o me dirijo hacia allí. Puede que acabe siendo un insecto o un perro o algo así, pero será mejor que seguirte como un cachorrillo enfermo de amor cuando ni siquiera me dices lo que está pasando.*

Yo sabía que tenía razón sobre el camino, al igual que sabía que Daniel estaba mintiendo. La certeza yacía fría y sin emociones en mi pecho, manteniéndome en calma.

La voz de Daniel era plana. No me miró. —*Creo que nunca te he dicho esto, pero mi hermana Megan murió cuando yo tenía diez años. Ella tenía cuatro años. Cuando la gente se entera, generalmente les digo que fue un accidente o algo así. Pero no fue así. Mi madre se volvió loca y la mató. Yo entré andando justo cuando ella perdió la cabeza e intenté detenerla. Así es como me hice esto. - Se subió las mangas para mostrarme las largas cicatrices en sus antebrazos. Siempre me había dicho que eran de un accidente en los Boy Scouts.*

—*Cuando llegué al Cielo, lo primero que hice fue buscar a Megan. No pude encontrarla. No podía imaginar a una niña tan joven yendo al Infierno, así que busqué a Dios y le pregunté qué estaba pasando. Dijo que algunas almas habían desaparecido y que necesitaba que alguien investigara por qué. Le pregunté cuándo podía irme.*

Él se detuvo. Aunque esto era toda información nueva para mí, esperé. Había más; su cara me lo decía.

Él suspiró. —*Una de las razones por las que las almas han desaparecido, me dijo, es que es la hora del fin del mundo.*

Se me secó la boca. —*Entonces Hermes tenía razón.*

Daniel asintió con la cabeza.

—*Y es aún más grande de lo que él decía. No es solo Grecia. Eso no era una pregunta.*

Él asintió nuevamente.

Me froté la cara, tratando de no creerlo. —*Entonces se supone que debemos encontrar almas perdidas y... ¿qué?*

Nunca lo había visto tan miserable. —*Provocar el apocalipsis, - dijo. Frunció el ceño profundamente y me di cuenta de que estaba tratando de no llorar. —De la forma en que lo entiendo, el final está llegando tanto si hacemos esto como si no. Pero tenemos que estar allí. Para presenciar o... ayudar... o algo. Hay razones que Él no me dejó claro. Simplemente me dijo que teníamos que encontrar las almas.*

—*¿Qué pasa si nos negamos?*

—*Yo no puedo. Tú sí. Lamento no haberte dado esa opción desde el principio, pero yo no puedo. Tengo que encontrar a Megan. Siempre la había imaginado en el Cielo, en algún tipo de «Paraíso para Peques», y el hecho de que ella no esté allí me está matando. Si se necesita ser testigo de la batalla final para traerla de vuelta, lo haré.*

Traté de ser comprensiva pero lógica. —*Daniel, estamos hablando del mundo. El fin del mundo. Miles de millones de personas.*

—*Va a suceder de todos modos. Y tengo que buscarla. ¿No lo entiendes?*

Yo tenía la boca seca. —*¿Y es inevitable? ¿Destino?*

—*Sí, eso es lo que Él dijo.*

—*Y el mundo termina. ¿Y luego qué?*

—*No lo sé. Ya estamos muertos. ¿Se ha poblado más aquí arriba? No lo sé. Pero cada religión tiene un mito del fin del mundo, ¿no?*

Asentí relucientemente.

—*Nosotros solo somos los que estamos cerca cuando suceda, - dijo.*

—*Qué suerte la nuestra.* - Suspiré y me froté la cara otra vez, tratando de limpiar las lágrimas y la frustración de la pasada última hora. —*¿Y adónde hay que ir?*

Se aventuró a mirarme. —*¿Todavía vienes conmigo?*

Asenti. —*Daniel, siempre te he apoyado. Solo tienes que decirme a qué nos enfrentamos. Además, no creo que tengamos muchas opciones en este asunto. ¿Adónde vamos ahora?*

Sacó un libro en su mochila y lo hojeó. —*Bueno, ¿qué mitos sobre el fin del mundo existen? ¿No tenían los nórdicos uno grande?*

Parpadeé.—*¿Ragnarök? Tú no te andas con tonterías, ¿eh?*

—*¿Preferirías un mito más tranquilo para el fin del mundo? ¿Todos acostados y durmiendo, quizá? - preguntó. —No se me ocurre ninguno que prediga eso.*

—*Me parece justo,* - dije y me levanté.

—*Hey, Kate,* - dijo agarrando mi brazo. —*Lo siento.*

Miré hacia abajo, avergonzada. —*Sé que lo sientes, Daniel. Pero dame un poco de tiempo, ¿de acuerdo?*

El asintió.

Uno de los caminos que salían de la rotonda estaba encharcado y un bote vikingo se balanceaba en el borde. Subimos a bordo y dejamos que la corriente nos llevara.

LIBRO 2

DANIEL

Capítulo 9

Yo me mudé a Tennessee cuando tenía doce años. Mi padre se había trasladado allí, llevándome con él después del incidente con mi madre. Sintió que dejar la sombra de Boston y los cotilleos de sus periódicos sería lo mejor para nosotros. Mi padre me mantuvo fuera de la escuela todo el tiempo que pudo, pero tan pronto como regresé, los reporteros me siguieron, tomándome fotos fuera de la escuela, gritándole preguntas a mi padre, preguntándole si mis heridas habían sanado. Intentaban retratarme como un héroe, pero como mi padre no les permitía entrevistas, no tenían una historia lo suficientemente jugosa para continuar con el sensacionalismo. Así que se inventaron cosas.

Por supuesto, consiguieron todos los detalles cuando tuve mi tiempo en el estrado, y los periódicos se volvieron locos de nuevo. Después del juicio, nos mudamos y no nos siguieron. Nos instalamos en Tennessee, fuimos discretos, y papá me encontró un buen psicólogo infantil. Entré en la escuela secundaria y me senté junto a una chica llamada Kate.

Ella me odió a primera vista.

* * *

Una cosa que Él me dijo fue que yo iría a donde estaba destinado a ir. Y Él tenía razón. Era más fácil, ahora que ella lo sabía. Sentí que las cosas estaban más claras. Intenté no pensar en ella, en lo enojada que estaba y en lo que me había revelado, pero eso era como no pensar en un elefante blanco de pie sobre un inmenso molde de gelatina de lima. Eso estaba lleno de gatos. Gatos sin pelo.

Yo odiaba los gatos.

Nos detuvimos para descansar. Ella se sentó un poco lejos de mí, la distancia era notablemente mayor que cuando solíamos sentarnos juntos. No saqué conversación. No sabía si aún estaba enojada conmigo o simplemente estaba absorbiendo la verdad de lo que teníamos que hacer. Miré en mi mochila, siempre estaba más vacía

que la de Kate. Su mochila siempre tenía cosas que significaban algo para ella, como su tetera y ese té asqueroso que le gustaba tanto. Cada vez que yo miraba en mi mochila, tenía lo que Él me había dado: una botella de agua, ropa para adaptarse al entorno, saco de dormir cuando lo necesitaba. Y un gran recipiente lacado que se asemejaba a un elaborado joyero. Yo todavía no había profundizado en el joyero, aunque las cosas que habían sucedido en el Eliseo me habían demostrado que no tenía que hacerlo necesariamente.

Tenía una cosa que era mía, algo que Él me había dado. Dicen que cuando eres codicioso en la tierra, no puedes llevarte eso contigo. Es mentira, sí que puedes, siempre y cuando tu deidad específica piense que es una buena idea. En el fondo de mi mochila había una botellita de vidrio con un sello de cera. Esta botella llevaba en un cajón al lado de mi cama desde que me mudé a Tennessee. Kate lo encontró una vez y me preguntó qué era. Yo había mentido y dicho que había recogido un poco de arena de las últimas vacaciones que mi familia había hecho todos juntos.

Me estremecí: el aire se había vuelto espeso y frío, y el camino estaba envuelto en niebla. —*Genial*, - murmuré sin gustarme el sonido de mi voz aquí. Me sentía solo a pesar de que ella estaba conmigo.

—*Esto parece un poco lejos del Cielo, ¿no?* - preguntó ella, y me alegré por su voz.

—*Lo sé. Más frío también. Probablemente deberíamos ponernos en marcha.*

Ella se terminó el sandwich y se levantó. Yo albergué un miedo momentáneo de emprender esta misión y una culpa momentánea por haber mentido a Kate. De acuerdo, no fueron momentáneos. Pero al final me puse de pie y comencé a caminar, sacando la cadena de la señal del Viajero de mi camisa. No reconocí el símbolo.

—*Kate, tú que sabes toda esa mitología, ¿qué se supone que es esto?* - le pregunté.

Ella sacó su propio collar. —*Esto es Yggdrasil, el Árbol del Mundo. Un símbolo nórdico.*

—*Así que vamos en la dirección correcta. Bien.*

Ella dio una risita. —*No sueñas muy feliz por ello.*

—*No, te equivocas, me emociona estar caminando directamente hacia el Ragnarök, el fin del mundo. ¿Por qué ibas a pensar lo contrario?*

Ella dio una sincera carcajada y mis entrañas se destensaron un poco.

Voces en la niebla llamaron nuestra atención, pero no podía saber cuán lejos estaban. Parecían incorpóreas y, sin embargo, justo a mi lado, y luego a diez metros de distancia, apenas audibles.

—*¿Qué haces aquí, Viejo? - una mujer joven.*

—*Vine a aprender, Urd. Eso es todo. - Un hombre de más edad*

Un grito de risa de una mujer mayor. —*¿Quieres aprender? ¡Pensé que lo sabías todo!*

El hombre otra vez, divertido. —*No sé tejer.*

—*Siéntate, entonces. Queda un poco de hilo, - dijo una tercera mujer.*

—*Aunque no mucho. Mejor date prisa. - La mujer mayor otra vez.*

Después estábamos sobre ellos. Estaban sentados bajo un respetable y gran olmo: una mujer joven de nuestra edad, una mujer de la edad de mi padre, y una mujer de la edad de mi abuela sentadas en una manta amarilla que parecía alegre en la triste niebla. Un anciano encapuchado estaba sentado junto a la joven. Llevaba un sombrero flexible de ala ancha, extrañamente encaramado en su cabeza para cubrir un ojo. Los cuatro trasteaban con hilo y agujas de tejer. Las mujeres eran hábiles y eficientes, pero el hombre tejía sin destreza, como si sus agujas se retorcieran por sí mismas.

—*La hostia, - susurró Kate en mi oído. —Creo que son Odin y los tres Destinos.*

—*Odin era ¿quién, el rey?* - le susurré en respuesta.

—*Sí, es para los nórdicos lo que Zeus para los griegos.*

—*Ah. Supongo que será mejor que digas hola o algo así.* - Ella me miró fijamente.

—*Muchas gracias,* - mascullé.

—*Dijiste que esto era algo que tenías que hacer. Pues hazlo.* - dijo ella.

Kate era más asertiva ahora. Yo no sabía qué hacer al respecto. Había cierta dureza en sus palabras, no frialdad, pero tuve la sensación de haber agotado cualquier holgura que hubiera acumulado en nuestra amistad y ella ya no me dejaba pasar.

Respiré hondo y levanté la mano para saludar. —*Hola, somos...*

—*Sentaos, Daniel, Kate,* - dijo abruptamente la más joven, y luego me sonrió. Tenía el pelo rojo, ojos marrones y un aire de seria bibliotecaria sexy. Nos unimos a ellos al borde de la manta.

—*Soy Verdandi,* - dijo la mujer del medio. —*Mis hermanas son Urd y Skuld.* - Ella señaló a la mujer más joven y la mayor, respectivamente. —*¿Queréis unas galletas?*

—*No, gracias,* - le dije. Kate negó con la cabeza.

—*Por supuesto, tenía que aparecer gente para mirar,* - se quejó el hombre. —*Para una vez que me rebajo a aprender el oficio de una mujer.*

—*Tonterías,* - dijo Skuld. —*Sabías que iban a venir, Odin. Y vas y les dices a los pescadores que te adoran que sus redes tejidas son trabajo de mujeres. A ver si consigues otro sacrificio.*

—*No tengo un sacrificio en mil doscientos años, bruja,* - dijo él. —*Y tengo que mantener buena cara.*

—*Tú y tu cara. No tengo idea de por qué querrías mantener esa cosa vieja de todos modos,* - respondió ella.

Kate se rió y Urd nos sonrió. Ella sacó y anudó hilo negro de una bolsa de arpillera que se encontraba entre ella y Odin. Fue de ella a Verdandi, quien comenzó a tejer el hilo para agregarlo a un gran afgano. Sin embargo, ella no llegaría muy lejos, porque Skuld sacaba los puntos de la parte inferior mientras Urd tejía en la parte superior, enrollando el hilo torcido en una bola gruesa. Otras bolas descansaban en un gran recipiente poco profundo detrás de ella.

—*Pensé que íbamos a entrar en la posvida nórdica, pero parece que estamos en el Cielo de las Tejedoras,* - dijo Kate sonriendo.

—*¿Tú, el heraldo de mi condena, vienes aquí con chistes?* - respondió el hombre. —*Supongo que él reirá el último, como siempre, ¿verdad?*

—*Tú sabías que él lo haría,* - dijo Verdandi.

—*¿Quien?* - Pregunté yo, pero me ignoraron.

—*Él llegará pronto, Odin, y podrás preguntarle entonces,* - dijo Urd mirando de cerca un nudo en el hilo antes de desenredarlo. Alzó los ojos al cielo.

Miré a Odin, quien me miró y me mostró sus dientes amarillos. La piel alrededor de uno de sus ojos estaba arrugada y brillante, y recordé que él tenía un solo ojo. Dioses nórdicos ¿De qué rollo iban? Me estrujé el cerebro. Sabía que sus mitos eran mucho más deprimentes que la mayoría del resto del folclore. Excepto quizás los japoneses. Ojalá que Kate y yo pudiéramos hablar en privado, pero no había mucho que pudiéramos decir en este momento, delante de los dioses.

Lo único que yo recordaba era que Thor tenía un gran martillo y había un dios embaucador, un verdadero bastardo. ¿Locki? Un pieza. Se las arregló para ser tanto madre como padre de algunas cosas bastante aterradoras. Miré a Kate y ella se encogió de hombros.

Abrí la boca para preguntar algo, que me maldigan si puedo recordar qué era, cuando el suelo comenzó a temblar. Me alegré de habernos sentado con el cuarteto, ya que de lo contrario nos habríamos caído. Sonó un cuerno en la distancia una vez que el

terremoto hubo cesado. Duró mucho tiempo, cortando la niebla. Odin se tensó, pero las tres mujeres continuaron desenredando, tejiendo y desmadejando.

—*¿Qué demonios ha sido eso?* - preguntó Kate.

—*El sol saldrá después,* - dijo Skuld.

—*¿Qué está pasando?* - pregunté.

Odin me miró. Abrió la boca y Urd le dio un codazo. —*Daniel, querido, ¿te importaría cortar este hilo para mí? Me dejé las tijeras en casa.*

Miré en mi mochila y no pude encontrar unas tijeras. Se me encogió el estómago cuando me di cuenta de lo que ella pedía. Saqué la caja que aún no había abierto, la que Dios me había dado antes de abandonar el cielo cristiano, y levanté la tapa.

Sip. Tijeras. Yo esperaba que hubieran sido gloriosas: hechas de oro con runas talladas en las hojas. Pero no eran unas tijeras del Señor de Los Anillos, eran sencillas hojas de plata con pesados mangos negros, como las que mi abuela solía usar para cortar menta congelada. Se las entregué a Urd. Ella cortó el hilo y el cielo se oscureció de inmediato. Kate quedó boquiabierta.

—*El sol. Os lo dije, muchachos,* - dijo Skuld bruscamente. —*Prestad atención. Nada de esto vale nada si no mantenéis los dos ojos abiertos.*

La cara de Kate era blanca. —*Espera. Lo recuerdo. El sol se va. Luego la luna. Luego...*

—*¿Qué...?* - solté yo.

—*Los lobos están en movimiento,* - interrumpió Skuld.

—*Guaa. Uh, Daniel,* - dijo Kate, mirando más allá de mí. —*Tu mochila se está moviendo.*

Lo estaba. Me alejé de esta mientras saltaba una, dos veces. Extendí mi mano tentativamente y la abrí. Un cuervo gordo voló hacia el árbol sobre nosotros, donde picoteó una estridente ardilla y graznó

ruidosamente. Luego este cayó al suelo.

Había visto muchas cosas raras desde que había llegado al Cielo, pero nada como esto: una mano salió del pecho del cuervo y luego un brazo. El pájaro se partió por completo en dos en una ráfaga de plumas cuando un hombre adulto salió de su interior. La piel del pájaro, olvidada, yacía a sus pies, y el hombre se estiró desnudo ante nosotros. Su cara llena de cicatrices sonrió y la bilis se elevó en mi garganta.

—*Gracias por el viaje*, - dijo, moviendo su cabeza hacia mí a modo de saludo.

La mano de Kate estaba apretada en mi brazo mientras susurraba en mi oído. —*Oh, mierda. Ese es Loki, embaucador, cambiaforma. Un verdadero bastardo. Lleva encarcelado cientos de años con veneno goteando en sus ojos.*

Loki parpadeó, sus grandes ojos como serpientes, hinchados y enrojecidos.

Skuld se levantó y lo miró fijamente. —*No eres bienvenido aquí, tramposo.*

Loki reptó; reptó de verdad, yo no vi que sus pies se despegaran del suelo; hacia la mujer, y clavó la cara en la de ella. Ella no se inmutó.

—*Podría destriparte hasta que te derramaras como la bolsa de agua de una yegua preñada, bruja*, - dijo él. —*Este día no está marcado por ceremonias de bienvenida. Está marcado por la guerra.*

El cuerno volvió a sonar y un aullido profundo y primario respondió. Yo apreté los dientes y se me puso la carne de gallina.

—*Fenrir, mi hijo viene*, - susurró Loki. —*¿Estás listo para tu descanso, Padre de Todo?*

Odin lo ignoró y se puso de pie, su viejo cuerpo se movía suavemente. Hizo una reverencia ante las mujeres. —*Damas. Ha sido un honor. Quizás en algún otro momento puedan mostrarme cómo perfeccionar este oficio. De repente veo mérito en él.* - Se inclinó y su

tejido cayó al suelo: un torpe cuadrado rojo.

—*Padre de Todo, esto no siempre ha sido bueno, pero siempre ha sido interesante*, - dijo Verdandi. Urd tenía lágrimas en los ojos, pero Skuld carraspeó.

—*Adelante contigo, viejo idiota. Todos tenemos nuestros destinos.*

Extendió su mano. La más joven le entregó las tijeras que yo había sacado de mi mochila. Cuando los mangos alcanzaron su mano nudosa, las cuchillas se fundieron y se alargaron para convertirse en una lanza con asta negra. La levantó brevemente y probó su peso.

Él asintió una vez. —*Es lo bastante buena.* - Fijó su ojo en Kate y dijo: —*Kate, fue un placer. Y si puedo darte un consejo, sigue tus instintos primarios.* - Le dio la espalda a Loki y caminó hacia la niebla.

Sentí el aliento en mi cuello y me giré para ver a Loki tan cerca que podría haberme besado. Di un paso vacilante hacia atrás. Él sostenía mi botellita sellada con cera en sus manos, la única posesión que me importaba y mis puños se apretaron cuando lo vi.

—*Megan confió en ti para protegerla. Le fallaste*, - dijo.

—*¿Qué?*

Él no tuvo oportunidad de responder. El cuerno volvió a sonar y salieron más sonidos de la niebla: un gruñido, el tintineo de armaduras, voces profundas. La niebla detrás de Loki se oscureció, una sombra gigantesca se cernió sobre él. Aquello rompió la niebla: un lobo cuyo tamaño desafiaba las pesadillas. Su pelaje estaba enmarañado y en sus ojos corría algo amarillo como el de los perros callejeros. Pero este no era un perro. Ni por asomo.

Kate maldijo y me tropecé hacia atrás contra ella. Nos tensamos, toda la fuerza se me fue de las extremidades. Las mujeres se pararon debajo de su árbol detrás de nosotros, en silencio.

—*Padre*, - dijo el lobo, su voz como una espada raspando la roca. —*Ha llegado nuestra hora.*

—Casi, - coincidió Loki. —*Daniel, tenemos trabajo que hacer. Sé lo que llevas aquí.* - Golpeó la botella. —*Patético. ¿Por qué crees que no la has visto desde que moriste? Ella no quiere verte.*

Arrojó mi botella sobre su cabeza y esta desapareció en la boca del lobo con un crujido. Me quedé boquiabierto cuando el lobo lamió sus pedazos. —*Miedo,* - dijo el lobo. —*Està sabroso.*

Loki extendió la mano hacia la hojarasca sobresaliente del árbol y arrancó una rama. En sus manos se convirtió en una espada. —*Ahora es el momento. Vámonos,* - dijo.

Se dirigió hacia la niebla en dirección a Odin. El lobo saltó sobre nosotros y hacia los sonidos más allá que indicaban la reunión de un ejército.

Me arrastré hacia adelante, todavía débil por la conmoción, hasta que encontré el cuello de la botella tirado en el camino, la parte que el lobo no había comido. Cerré mi mano alrededor de esta hasta que me cortó la palma.

* * *

No sé cuándo mi madre se quebró oficialmente. Mi padre dijo más tarde que la depresión posparto nunca desapareció. Ella parecía normal, un poco malhumorada, tal vez, pero nada que me hiciera tener miedo de ella. Luego, un día llegué a casa de la escuela para encontrarla en la cocina, llorando por una computadora rota y buscando un cuchillo en un cajón. Me gritó que saliera, pero escuché a mi hermana Megan llorar y corrí por el pasillo para ver cómo estaba.

Megan estaba escondida en la esquina de su habitación, agarrada a su manta. La abracé y le dije que todo iría bien, que mamá estaba enojada y que lo superaría, y que yo siempre la protegería, pero mi madre ya estaba en el umbral de la puerta.

No recuerdo el resto. O, al menos, eso me dije a mí mismo, a mi padre, a los reporteros y a los psiquiatras. Pero lo siguiente que me permití recordar fue que estaba en el hospital con cortes en mis brazos. Mi padre, con la cara roja y exhausto, estaba sentado junto

a mi cama, agarrándome la rodilla porque mis manos estaban muy vendadas. Dijo que yo fui muy valiente por tratar de evitar que ella lastimara a Megan. Mi madre fue confinada en una institución, luego fue declarada inocente de asesinato en segundo grado por razón de locura. Mi padre se divorció de ella y nos mudamos a Tennessee para reiniciar nuestras vidas. Megan fue con nosotros, sus cenizas en un frasco con ángeles en relieve, con una pequeña porción de ella en un frasco de vidrio que yo guardaba junto a mi cama.

Los cortes sanaron, eventualmente. Estuve en terapia durante toda la secundaria. Nunca volví a ver a mi madre, mi último recuerdo de ella fue ella mirándome inexpresivamente durante mi testimonio. Le dije a Kate que ella había muerto antes de mudarnos, pero ella solo estaba muerta para mí. Murió de verdad hace cuatro años. Yo no fui a su funeral.

Yo tenía solo diez años cuando sucedió, pero cargué con la culpa de la muerte de Megan durante el resto de mi corta vida.

Las palabras de Loki hicieron su trabajo. Ragnarök había comenzado, bestias, dioses y monstruos se enfrentaban en un campo más allá de nosotros, y yo me arrodillé frente al Árbol del Mundo y lloré.

Capítulo 10

Yo esperaba que Kate me sacara de mi aflicción. Creo que yo quería que lo hiciera. Ella siempre había estado allí para abrazarme, incluso cuando yo no quería que lo hiciera. Pero en lugar de rodearme con sus brazos, una fuerte patada me trajo de vuelta. Kate estaba frente mí con las manos en las caderas.

—*Esto es el Ragnarök, Danie*, - dijo ella.—*Tenemos que estar aquí para esto. Ya llorarás más tarde.*

La rabia llenó mi garganta hasta que casi ahogarme. Ella era una de las personas más cobardes que conocía. ¿Quién era ella para decirme que fuese un hombre?

Luego extendió su mano hacia mí y la tomé, su rápido acto de amabilidad quitó el aguijón de sus palabras.

Un trapo sucio me golpeó en la cara. —*Sécate, muchacho*, - dijo Skuld. —*No querrás ser recordado como el que lloró durante el Ragnarök.*

Me limpié los ojos con la esquina gris más clara del trapo y me limpié la nariz. Kate me miraba sin sonreír.

—*Déjalo en paz, Skuld*, - dijo Verdandi. —*No quedará nadie para recordar quién lloró aquí, de todos modos.*

Urd miró a través de la niebla, frunciendo el ceño con tristeza. —*Todos se matarán unos a otros. Terminará pronto.* - Comenzó a guardar las agujas de tejer.

Kate se volvió hacia Urd. —*¿Y no hay nada que podamos hacer?*

Skuld resopló. —*Hija, esto ha sido profetizado hace milenios. Fenrir devorará a Odin. Loki y Heimdal se matarán mutuamente. Hel llegará con todos los habitantes de su reino. El Ragnarök ha llegado. Nada cambiará eso.*

Urd hizo un sonido de trago ahogado. —*No. Algo ha cambiado.* -

Estudió atentamente la descuidada tela roja de Odin.

Verdandi se la quitó y miró el patético cuadrado de punto como si fueran hojas de té. —*Bueno. Nunca lo habría imaginado. No pensé que el viejo pudiera sorprendernos aún.*

—*¿Quién? ¿Qué ha cambiado? ¿Qué quieres decir?* - le pregunté.

Verdandi me sonrió. —*Si tuvieras quizás otro milenio, podrías aprender a leer los hilos. Pero Odin es un dios astuto, y se ha zurcido una pequeña escapatoria del destino.*

Miré hacia el campo de batalla, sintiéndome impotente y odiándome por ser débil, por fallarle a mi hermana. Y al igual que con su muerte, ahora estaba destinado a ser un testigo patético e inútil una vez más.

Me froté la cara una vez más con el trapo sucio y respiré hondo. —*Voy a salir ahí fuera. Si no hay nada que podamos hacer, no puedo hacer ningún daño al tratar de ayudar.*

—*Eso no es sabio.* - Verdandi me tendió el cuadrado rojo de Odin. Yo lo tomé sin pensar.

Kate frunció el ceño y se cruzó de brazos. —*¿Qué intentas hacer? ¿Recuerdas lo que me dijiste? Esta no es nuestra batalla. Somos testigos. Viajeros. Nada más.* - A pesar de sus palabras, ella parecía pensativa.

Tomé el cuadrado y lo pasé entre mis dedos. Estaba mal hecho, con bultos y puntos sueltos. —*El Ragnarök tiene que ver con la profecía, ¿verdad, Kate? Todos están destinados a estar aquí, todo lo que sucede está predestinado. Excepto,* - continué, entregándole el cuadrado, —*cual fuese el motivo que hizo a Odin tejer el hilo de los Destinos, hizo un cambio al final. No sé qué fue, pero estoy bastante seguro de que nosotros no estábamos destinados a estar aquí, lo que significa que podemos ser parte de ese cambio.*

Busqué en mi mochila un arma, un casco, algo. —*No voy a estar indefenso para siempre, Kate. No pude ayudar a Megan cuando mi madre la mató. Pero puedo ayudar aquí.* - No encontré nada en la bolsa aparte de mi saco de dormir y la lacada caja vacía. —*¡O*

podría ayudar si mi jodida mochila tuviera algo útil!

—*¿Qué, crees que puedes salvarle?* - me preguntó Kate, todavía pensativa.

—*Tengo que intentarlo*, - le dije.

—*Ese gran perro es Fenrir, ¿sabes? Come mundos. Se comerá dioses. Puede que te coma a ti*, - dijo Kate.

Fruncí el ceño por un segundo. —*Mira. Dios dijo que yo sabría lo que tenía que hacer, y tengo que hacer esto.*

Kate se mordió el labio y luego me quitó el tejido de Odin. Lo miró de un lado, luego al otro. Miró a Urd. La mujer sonrió.

—*Lo ves, ¿verdad?* - preguntó ella.

La cara de Kate no reveló nada. —*No estoy segura de lo que estoy viendo.*

—*Estás segura, chica. Simplemente no lo crees.*

Kate me devolvió la tela. Se acercó al gran recipiente de metal que contenía las bolas de hilo. Ella miró a Skuld. —*Él necesitará protección*, - dijo ella—*¿Puedo?*

La anciana se rio. —*¡Eres más inteligente de lo que creía, chiquilla! Tómalo con mi bendición.*

Kate volcó la madeja y fue entonces cuando vi los mangos. No era un cuenco, era un escudo masivo. Ella me lo entregó.

—*Yo iría contigo, pero solo hay un escudo*, - dijo ella, y sonrió ligeramente.

—*¡Ja!* - Skuld se rio de nuevo. —*No vas a ir a ningún lado, chica. Te quedarás aquí con nosotras. Tenemos cosas que discutir. El mundo terminará igual de bien con la gente más sensata sentada al margen.*

Levanté el escudo, haciendo una mueca cuando lo agarré más fuerte y me dolió el corte en la palma.

Skuld renqueó hacia mí, la edad la doblaba. Sus ojos brillaron. — *Escucha, chico. No necesitas pelear. Solo llega hasta al Padre de Todo. Él estará en el otro lado del campo de batalla, por cierto. Busca los lobos gigantes.*

Me aventuré a mirar a Kate. — *Volveré. Lo prometo.*

— *Lo sé*, - dijo ella.

* * *

Nunca había visto una batalla real antes. Las películas de guerra parecían tan coreografiadas, esto era brutal, sangriento y caótico.

Odin fue fácil de detectar. Se plantaba bien al otro lado del campo con la lanza en la mano, lanzando rayos desde el cielo oscuro. A los destellos de luz, Fenrir saltaba y danzaba alrededor de Odin, increíblemente alto, pero mantenido a raya por la electricidad. Estaba claro que su piel era tan dura que el rayo no podía penetrarla, y resultaba poco más que una molestia. Se abalanzó sobre el Padre de Todo.

Sin embargo, no pude mirar tan de cerca. Para llegar a él, tenía que cruzar el campo de batalla con mi escudo.

Gigantes, más grandes que Fenrir, balanceaban sus grandes garrotes gruñendo y luchando en el campo de batalla, despejando el camino de héroes y monstruos por igual. Con un movimiento de sus garrotes, los cuerpos salían volando, rociando sangre sobre el campo de batalla y creando una horrible lluvia cobriza. Caminaban despacio hacia donde supuse que Odin peleaba con los lobos, y me lamenté cuando me di cuenta de que nuestros caminos se cruzarían.

Respiré hondo y corrí sosteniendo el escudo frente a mí, tratando de alcanzar a Odin antes de que el lobo lo atrapara. No podía ver muy bien, y con más sangre salpicando a mi alrededor, levanté el escudo sobre mi cabeza por un instante.

Me gustaría decir que los dioses me sonreían, pero estaban demasiado ocupados masacrándose unos a otros para darse cuenta. En cualquier caso, fui capaz de parar justo antes de chocar con el

lateral de un feroz lobo agonizante. Su cuerpo era una pequeña colina para mí, obligándome a rodearlo corriendo.

Los gigantes estaban directamente entre Odin y yo. Esquivé el golpe de un monstruo con tres brazos y demasiados dientes, y corrí directamente hacia los gigantes.

No me notaron hasta que estuve justo debajo de ellos. Intenté recordar lo que había aprendido en mi primer año como fallido corredor de fútbol universitario, corrí esquivando los pisotones y las patadas apuntadas hacia mí. Sin embargo, no noté el garrote, ya que no podía ver directamente encima de mí.

El garrote impactó en el escudo de Skuld, lo que me envió volando cuando el gigante me lanzó como una pelota de golf. Me aferré al escudo y cerré los ojos mientras volaba por el aire lejos de Odin, mi estómago se retorció de vértigo. Con la misma rapidez, supe que quería ver dónde aterrizaría, así que luché contra el instinto y abrí los ojos de nuevo. Desde mi alto y elevado mirador sobre el campo de batalla, jadeé, distraído momentáneamente de mi miedo al ver la sangre, los monstruos, los héroes, las flechas que rayaban debajo de mí.

Todavía sostenía el escudo de Skuld. Milagrosamente, mientras la ladera de una colina se acercaba, este se deslizó debajo de mí. Aterricé y el escudo brilló intensamente, absorbiendo la mayor parte de mi impulso. Rodé colina abajo y acabé detenido ileso (aunque bastante seguro de que iba a vomitar), fuera de la batalla.

—*Vaya. Un escudo práctico*, - dije, temblando. Flexioné mis miembros magullados pero ilesos.

Me puse en pie y volví a buscar a Odin. El aire siseó cuando el cielo se abrió y el fuego llovió sobre el campo de muertos. La batalla se había ralentizado, con más combatientes muertos que vivos. Volví a sostener el escudo sobre mi cabeza y vi a Fenrir, el lobo masivo, rodeado de gigantes vitoreantes.

Era demasiado tarde. La sangre llovía de sus mandíbulas mientras devoraba héroes y dioses, silenciando sus gritos mientras los desgarraba en pedazos. Mi estómago amenazó con rebelarse, pero

cerré la mandíbula con fuerza y seguí corriendo.

Odin yacía detrás de Fenrir, vencido y descartado. El lobo y los gigantes continuaban con el resto, el fuego causaba manchas rojas brillantes en las cabezas calvas de los gigantes, y pude correr más allá de los gemidos y los muertos, con el escudo en alto, para llegar al lado de Odin.

Fenrir no lo había devorado por completo. Odin parecía haber sido masticado, encontrado demasiado duro y escupido. Una carnicería lo cubría. La túnica estaba empapada en sangre, los puntiagudos pedazos de hueso sobresalían de su brazo destrozado y la sangre que brotaba de una pierna cortada me superó, y me aparté de él y vomité.

Increíblemente, él todavía estaba vivo. Pálido por la pérdida de sangre, pero consciente. Me miró con su mirada tuerta cuando por fin me arrodillé a su lado, la vergüenza me ardía en la cara.

—*Viajero. Herald de mi destino. No eres el primero en vomitar en el campo de batalla. Aunque puede que seas el último*, - resolló con sangre brillante en los labios.

Lo único que se me ocurrió hacer fue consolarlo. —*Se pondrá bien*, - le dije limpiando la sangre de su rostro con la tela roja que él había tejido. Me picaba la mano cortada y recé ilógicamente por que él no tuviera hepatitis o VIH o algo así.

Él tosió una carcajada. —*No mientas, muchacho. Aún no tienes habilidad para eso. Llevo conociendo mi destino desde hace miles de...* - Se interrumpió, tosiendo de nuevo. La sangre de sus labios salpicó sobre su rostro. Pasé el trapo por encima otra vez.

—*Mi hijo matará al lobo. Loki encontrará su destino. El mundo terminará y comenzará de nuevo. En verdad, es bueno terminar con esto. Puede que seas estúpido, pero has hecho bien tu trabajo.* - Parpadeó entonces (¿o fue un guiño?) Y cerró su ojo. Un último resuello y se había ido.

—*¿Para qué he venido aquí entonces?* - Le pregunté. La lanza se había convertido en tijeras a su lado, así que las recogí. Supongo que es

mejor un arma cutre que nada. Me limpié la sangre de las manos, la de Odin y la mía, y me puse de pie.

A lo lejos, el enorme Fenrir caminaba en círculos frente a un hombre de brillante armadura. ¿El hijo de Odin? A pesar del tamaño relativamente pequeño del hombre, el lobo parecía menos arrogante y más cuidadoso. La lluvia ardiente caía más fuerte ahora. El olor a sangre y carne quemada hizo que se me revolviera el estómago.

No veía a Loki, y no reconocía a nadie más.

No, espera. Parpadeé y el conocimiento me llegó como un maremoto. Me alegré de estar todavía arrodillado, de lo contrario me habría caído del desmayo que casi me abrumba. Levanté la cabeza otra vez, concentrándome.

Loki. Odin. Los dioses, los héroes, las Valquirias (una de ellas me había proporcionado este escudo), los monstruos. Los reconocí a todos.

Tyr, con una sola mano, se encontraba cerca al pie de una colina al borde de un mar brillante. Tomé el sombrero flexible de Odin y cubrí su arrugada cara con él antes de levantarme. —*Descansa bien, astuto bastardo*, - le dije.

Bajé la colina y me uní a Tyr.

—*Llegará pronto*, - le dije, preguntándome al principio qué demonios estaba diciendo con tanta convicción, y el conocimiento golpeó mi mente consciente de inmediato. Él esperaba un barco que cargara su muerte.

Él asintió sin mirarme. Su mano izquierda se flexionó alrededor de su espada mientras su brazo derecho llevaba su escudo y protegía su muñón. No se había acostumbrado del todo a usar su mano izquierda en la batalla, ni en todos estos años desde que Fenrir le había arrancado la derecha de un mordisco, pero él no se lo había dicho a nadie.

Pero yo lo sabía. Lo sabía tan bien como todos los nombres de los

dioses en el campo ante mí, las profecías de cómo iban a morir todos y lo que sucedería después del Ragnarök.

Tyr esperaba a que Hel, la diosa del inframundo, y su gente llegaran en bote. Pelearía con Garm, el perro guardián del inframundo. Se matarían unos a otros. La espada de Tyr entraría en el corazón del perro, y las fauces del perro se cerrarían en el cuello de Tyr.

—*Sé fuerte, Tyr*, - le dije. Me sentí un poco ridículo, pero le di unas palmaditas en el hombro y él volvió a asentir, agradecido por el apoyo. Una vela apareció en el horizonte y allí lo dejé a su suerte. Ahora sabía que se suponía que yo no debía ir al campo de batalla para salvar a Odin. Debía ir allí para poder traer algo de vuelta. Regresé a Yggdrasil, el Árbol del Mundo, donde los tres Destinos y Kate se sentaban a hablar.

Kate levantó la vista cuando me acerqué. Ella sonrió, sin sorprenderse de verme. —*¿Hiciste todo lo que necesitabas hacer?*

—*Estoy bien, nada de esta sangre es mía, gracias por preguntar*, - le dije.

Ella rió. —*Sabía que estarías bien, Daniel. He estado hablando con los Destinos mientras estabas fuera. Pero me alegra que hayas sobrevivido.*

La irritación se aflojó en mi pecho. Me limpié un poco de la sangre de Odin de la cara y las manos, luego le devolví el escudo a Skuld. —*Gracias*, - le dije. —*Lo siento, Odin ha muerto.*

La vieja Valquiria se rió en mi cara. —*Lo dices como si esperáramos que lo salvaras.*

—*¿No lo esparabais?*

—*Por supuesto que no. Si giras ligeramente el engranaje en un reloj, no parece que hayas cambiado mucho, excepto mover otro engranaje, y este mueve otro engranaje, y así sucesivamente. Solo una cosa sucedió aquí de lo que no fue profetizado. Y quizás eso es todo lo que necesitábamos.*

Asentí lentamente.

—Yo estaba con él cuando murió, - dije distraídamente. —Hice lo que tenía que hacer. Creo. - Me miré las manos, la perspectiva bifocal me pareció un poco desviada. Algo dentro de mí esperaba ver con un ojo solo.

Parpadeé, saliendo de mi desorientación. —¿Visteis la batalla?

Skuld sonrió. —No, muchacho, teníamos trabajo que hacer. Estábamos convocando a las Valkirias. Deberían llegar aquí pronto.

Miré de ella a Kate, que tenía una sonrisilla en su rostro. —¿Las Valquirias? - Estaba a punto de hacer un comentario inteligente sobre «La Cabalgata de», pero de repente lo supe.

Kate me lo dijo de todos modos. —*Legendarias guerreras nórdicas. Visitaban el campo de batalla para llevarse a los héroes más grandes al Valhalla, a veces dormían con dioses o héroes, o a veces simplemente les servían cuernos de aguamiel.*

Asenti. —¿Las convocaste a limpiar después de la batalla?

Skuld gruñó. —No, muchacho, los días de fregar batallas han terminado. Las Valquirias, nos ha recordado tu amiga, no tienen nombre en la profecía final del Ragnarök. Hay muchos jugadores desconocidos en las profecías sobre el Ragnarök, historias que aún no se han contado. Tienen un papel que desempeñar después.

Ella se levantó y me quitó el escudo. Todavía parecía vieja, pero considerablemente menos frágil. —¿Tienes la lanza de Odin?

Le entregué las tijeras. —Estoy bastante seguro de que tengo más de él que eso.

Me guiñó un ojo y sacó un cuerno de los pliegues de su túnica. —No me cabe duda, muchacho. Sé que si asumiera mi antiguo papel de conducir a los dioses muertos del campo de batalla, el cuerpo de Odin sería una cáscara vacía. Su esencia permanece contigo.

Kate asintió lentamente. —Guao. De verdad leí esa parte de tejido correctamente. ¿Y él está ahí en tu cabeza?

—Su conocimiento lo está, al menos, no exactamente su personalidad. O

todavía no se ha quejado de mí. No estoy seguro.

—*Asombroso, - dijo ella.*

Le sonreí. —*Creo que Skuld y los demás pueden encargarse el resto del Ragnarök. Yo ya he terminado aquí. ¿Quieres quedarte más tiempo?*

Ella examinó el campo de batalla, miró hacia el fantasmal barco que se acercaba por la costa hacia Tyr y negó con la cabeza. —*No, si te parece bien a ti, creo que estaré contenta de irme.*

Estrechamos las manos de los tres Destinos y les deseamos suerte. Le dimos la espalda al Ragnarök. Skuld todavía sopló su advertencia a sus hermanas, el cuerno resonaba sobre las colinas cuando nos acercábamos a nuestro pequeño bote para navegar de vuelta a la encrucijada.

—*Ella tomará las riendas en cuanto todo haya terminado, - dijo Kate.*

—*Hablamos sobre eso. Es una mujer asombrosa.*

Me incliné sobre el costado del bote para lavar un poco de sangre de mis brazos y cara. La miré, goteando gotas rosadas en el agua. —*¿Y de qué hablasteis?*

Kate guió el bote con cuidado. —*Hablamos sobre las profecías, los destinos, las Valquirias. Me mostraron algunos de sus trucos para tejer, diciendo que tenía un don. Han tenido vidas asombrosas.*

Me froté la cabeza, tratando de elegir mis palabras con cuidado. Traté de sonar indiferente. —*¿Y por qué no te importó que yo corriera solo a la batalla?*

Ella se encogió de hombros. —*No lo sé. Odín me dijo que confiara en mis instintos primarios. Supuse que estarías bien. El tejido me dijo que él haría a un viaje imprevisto con un hombre joven. Así que entendí que significaba que lo traerías de vuelta, de una forma u otra. Tengo que admitir que no esperaba que lo llevaras en tu cabeza.*

Ella me miró con la cabeza ladeada. —*¿Y cómo lograste meterlo ahí dentro?*

—*No tengo ni idea. Solo intenté consolarlo, limpiarle un poco de su*

sangre, ya sabes... - No dije todas las cosas que no hice por Megan, pero creo que ella lo sabía.

—*Le limpiaste la sangre,* - dijo pensativa.

—*Sí.* - Miré mi mano cortada, los bordes ya se unían. Las cicatrices en mis manos y brazos también desaparecieron. Odin era el dios de la curación después de todo.

Capítulo 11

Por fin pude romper el exterior tranquilo de Kate e impresionarla con el hecho de que yo poseía el conocimiento de Odin.

—*¿Puedes nombrar a todos los hijos de Loki?* - me preguntó desafiándome.

Los conté rápidamente con los dedos. —*Hel, Fenrir, Jörmungandr, Nari, Narfi y Vali. Él también es la madre de Sleipnir. El hecho de saber que él es la madre de un caballo de ocho patas me perturba como el demonio, por cierto.*

Ella dio una carcajada y negó con la cabeza. —*Lo siento, estoy aturdida. Tú siempre odiaste la mitología.*

—*También me está volviendo loco, - admití. —Siento que necesito ir a algún lado a sentarme y pensar bien. Hay muchas cosas en mi cabeza. Pero tampoco es que lo tenga hablándome. Creo que solo tengo su conocimiento.*

Ella rió. —*«Solo»*

—*Hey, - dije tratando de llamar su atención. Ella me miró con calma. —Lamento haber tenido que correr hacia el caos. Es que... tenía que hacerlo.*

—*Está bien. Entiendo lo que tenías que hacer. Eso era otra cosa destinada. Aprendí mucho sobre las Valquirias, las profecías del Ragnarök e incluso cómo tejer y leer un poco de las profecías en las creaciones de los Destinos. Y oye: tejí un marcador de páginas. - Ella sonrió tímidamente y me mostró una pequeña tira de tela amarilla, suelta pero mejor compuesta que el primer intento de tejido de Odin.*

Toqué con el dedo el hilo suave. El conocimiento de Odin me susurró mientras yo examinaba sus puntos, cada bucle era una pequeña pista sobre Kate, su pasado y su futuro. Tragué saliva y se lo devolví, sonriendo débilmente.

—¿Qué pasa? - me preguntó.

—*Nada. En realidad no tienes futuro en artesanía,* - le dije riéndome.

Ella me hizo una mueca burlona. —*¡Intenta aprender una nueva habilidad mientras frente a ti se desarrolla la batalla el fin del mundo! Sin mencionar que tu mejor amigo ha ido corriendo hacia ella!*

Levanté mis manos en señal de derrota, dándome por vencido, y ella se echó a reír. La tensión disminuyó y ella olvidó, o eso esperaba yo, la mirada embrujada en mi rostro cuando intenté ocultar lo que había leído sobre su futuro en esa tira de tela tejida.

* * *

Yo estaba bastante contento de no tener al mismo Odin dentro mi cabeza. No creí que me gustara un dios astuto y malhumorado tratando de guiarme para tejer o ir a cazar lobos o algo así. Pero mientras navegábamos, revisé el nuevo conocimiento como si llevara una gran enciclopedia conmigo.

Mis pensamientos sobre Megan se enfocaron cuando descubrí la información sobre Orfeo, el bardo griego que perdió a su amada el día de su boda. El persistente bastardo se había ido al infierno --o al Hades, como lo llamaban mi abuela y los griegos- para persuadir al dios Hades y a su esposa Perséfone de que regresara. Acordaron aceptar su solicitud siempre que no él se diera la vuelta al salir del inframundo, pero el idiota miró hacia atrás cuando llegó a la boca del Hades, y la perdió a ella para siempre.

Izanagi era otro dios --japonés- cuya amada esposa había muerto y sin la que él no podía seguir. Izanagi y su esposa diosa, Izanami, habían creado el mundo y ella había muerto en el parto. Eso parecía extraño. Ella podría crear islas y dioses, ¿pero el nacimiento de un bebé resultó mortal?

Oh. Llegó más conocimiento; su bebé había sido un dios del fuego. Auch. Eso tenía más sentido.

Al igual que Orfeo, Izanagi fue a la tierra de los muertos para persuadir el regreso de Izanami. Al igual que Orfeo, la jodió del

todo --su esposa muerta estaba en camino de descomposición y ella le rogó que no la mirara. Él lo hizo. Ella se cabreó y lo persiguió hasta la salida del inframundo.

Izanagi estaba tan desconsolado por su pérdida que mató a su hijo recién nacido en retribución. Yo me pregunté qué le había pasado a ese bebé y en qué otra vida podría estar residiendo. Odin no sabía esa parte.

Perdido en mis pensamientos, tropecé cuando el esquife por llegó al comienzo del «camino» al Ragnarök. Kate y yo saltamos fuera y ella se dirigió a la zona arenosa de la rotonda.

—*¿Pausa para el almuerzo?* - me preguntó ella.

Asentí y acepté el sándwich que me entregó. Comimos en silencio mientras yo contemplaba los muchos caminos por delante de mí. Cerré los ojos, tratando de no pensar en dioses, amores perdidos e hijos muertos.

—*Daniel*, - dijo Kate sacándome de mi ensueño. Abrí los ojos y ella señaló.

Dos ancianos vestidos con ropa raída y llevando bastones deambulaban por el camino, saludándonos. Sonrieron, ojos muy abiertos o bien de locura o de emoción. Me parecieron familiares, pero no pude ubicarlos.

—*¡Jo!* - gritó uno.

—*¡Daniel! ¡Kate! ¡Libertadores! ¡Qué bueno veros de nuevo!* - Uno de ellos, el de la larga barba, agarró mi mano y la estrechó. El otro intentó desatornillar la mano de Kate con el saludo, así estaba de emocionado por conocerla.

Kate me miró desconcertada.

—*No creo que nos hayamos conocido*, - dijo ella vacilante.

—*¿Podrías tener algo de beber? Tenemos mucha sed*, - dijo el que sostenía la mano de Kate, ojeando a su mochila. Ella sacó una cantimplora y se la entregó.

—*¡No nos recordáis!* - dijo el barbudo.

—*Por supuesto que no,* - dijo el otro. —*Nadie nos recuerda. Eso estaba en las reglas.*

—*Oh. Pero pensé que ellos sí... Ah, bueno. No importa. Soy Isaac. Ese es mi compañero, Gigantus, también conocido como el Sr. Grande. Esperábamos encontrarlos antes del final.*

Isaac sorbió de mi cantimplora, el agua le goteaba por su barba. —*Celestial. Qué maravilla.*

Me sonaba familiar, pero aún así no podía entender los nombres. —*¿Nos estabais buscando?* - Pregunté cuando Isaac le pasó la cantimplora al Sr. Grande.

—*Tenemos un mensaje para vosotros,* - dijo Isaac secándose la boca con la manga sucia. —*Sabíamos de vuestra llegada. Fue predicha. Solo un puñado de profetas sabían de vosotros, pero nosotros os conocemos desde vuestro nacimiento.*

—*¿Sois profetas?* - pregunté.

El señor Grande bebió profundamente sin derramar nada. Cuando terminó, dijo: —*No se vive tanto como nosotros sin aprender una o dos cosas sobre la forma en que funciona el mundo. Somos profetas ahora, sí, pero solo llegamos a serlo después de algunos años de vagar.*

Isaac rio. —*¡Oh, pero nos divertimos! Y ahora podemos descansar también. Solo queda una cosa más por hacer, un mensaje más que entregar.*

Bajó la voz y se inclinó hacia delante para hablarme. —*¿El tipo importante? Os está usando, ¿sabes?* - Agitó los dedos y tarareó y entonces noté que estaba actuando como si tuviera una marioneta colgando de sus dedos. —*Bailáis para Él como pequeños títeres.*

—*¿Ese es el secreto?* - pregunté riéndome. —*Ya lo sabía. Nos envió Él a la misión.*

—*¿Pero sabes por qué? ¿Sabes lo que está sucediendo ahora, en el momento del fin de todos los mundos?*

—*Él está perdiendo almas*, - dijo Kate.

Isaac se burló. —*¿Y?*

Kate y yo nos miramos y yo me encogí de hombros. —*Uh, ¿y está enfadado por eso? ¿Demasiado ocupado para buscarlas Él mismo? ¿Tiene demasiadas reuniones?*

—*Está tirando el guante*, - dijo el Sr. Grande. —*Armagedón, Ragnarök, todas las batallas finales lo obligan a resolver las cosas. Pero Él no puede hacerlo todo.*

Parpadeé hacia ellos. —*Pensé que los dioses eran todopoderosos.*

Ambos se rieron. —*Todavía hay reglas que deben seguir*, - dijo Grande. —*La peor parte de YHWH es que Él abarca a todos los dioses. Los griegos tienen su diosa de la cosecha y su dios embaucador y su diosa de la luna y el dios de la guerra, etc. YHWH tiene que serlos todos. De modo que es invocado durante la guerra y cuando la gente quiere paz, lluvia, sol o lo que sea, pero Él también es el embaucador, el dios de la tormenta, el dios del fuego, el dios de la ira y el dios de la muerte. Él logra un equilibrio cuidadoso. Debe tener a otros que lo ayuden a hacer su trabajo. Otros como vosotros, los heraldos de los últimos tiempos. Otros como nosotros: bien castigados, sí, estos dos mil años más o menos, pero hemos hecho la crónica de la vida humana más allá del nacimiento de su hijo.*

Me golpeé la frente. —*¡Por supuesto, vosotros son los judíos errantes y los romanos que castigaron a Cristo!*

Ambos se inclinaron a modo de reverencia.

—*Pero si estáis aquí, eso significa...* - Kate no terminó la frase.

—*Que los últimos tiempos han llegado a la Tierra, sí*, - dijo Isaac, con los ojos todavía brillantes. —*Nuestra penitencia ha terminado. Hemos sido perdonados.*

—*Excelente, ¡eso significa que hemos terminado!* - Chillé, poniéndome de pie.

—*Oh, gracias a Dios*, - dijo Kate suspirando.

El Sr. Grande me agarró la manga con fuerza, su cara era seria como una piedra. —*No seas loco. Vuestro trabajo es más importante ahora que nunca.*

—*Piensa, muchacho,* - dijo Isaac. —*¿Por qué crees que Él os eligió? Le faltan almas aquí.*

Almas perdidas. En particular, un alma faltante.

Mierda.

—*Si vosotros estáis aquí, entonces el mundo está llegando a su fin, ¿verdad?* - preguntó Kate.

Ellos asintieron

—*Entonces el tráfico se va poner imposible por aquí,* - dijo ella.

—*Va a requerir un poco de resolución. Él va a perder más almas antes de que termine,* - dijo Isaac, engancho mi cantimplora donde yo la había dejado caer.

—*¿Cómo las está perdiendo?* - pregunté.

—*YHWH es un dios del orden. Un dios del equilibrio cuidadoso. Los agentes del Caos son los que perturban las cosas,* - dijo Isaac.

—*¿Caos? ¿Como el diablo?* - preguntó Kate.

El señor Grande resopló. —*Lucifer desea el orden tanto como YHWH. Él también tiene que procesar y castigar de acuerdo con las reglas cósmicas. No, el Caos es una fuerza rebelde, se filtra al mundo cuando hay debilidad o vacío. A medida que nos acercábamos a la guerra final, los cimientos se debilitaron. El caos despertó. Comenzó a filtrarse.*

—*Vuestro trabajo es arreglar las cosas,* - dijo Grande.

Entonces juré, blasfemé, e hice que incluso aquellos que apalearon a Jesús alzarán las cejas.

—*¿A dónde vamos ahora, entonces?* - me preguntó Kate.

Lo pensé por un momento. La historia de Izanagi todavía me roía, y no sabía por qué. —*Cielo sintoísta*, - dije finalmente.

—*Ese es un lugar tan bueno como cualquier otro. Iréis a donde estáis destinado a ir*, - dijo Isaac encogiéndose de hombros.

—*Pues vámonos*, - dijo Kate entonces a los hombres que habían vagado durante milenios, —*espero que pronto echéis un buen sueño*.

El señor Grande nos saludó. —*Planeamos hacerlo. Buena suerte con vuestra misión*.

Isaac sorbió de la cantimplora. ¿Cuánta sed tenía él, por cierto? Nos saludó con la mano, empapando la parte delantera de su túnica.

Ahora que teníamos una idea sobre adónde queríamos ir, Kate y yo no tuvimos ningún problema para localizar el camino de tierra a la postvita japonesa.

—*¿No te parece extraño que Isaac dijera que Él nos estaba usando? ¿Sientes que te están usando?* - preguntó Kate.

—*En realidad no*, - dije. —*Siento que necesitaba hacer un trabajo y que Él me pidió que lo hiciera. No creo que haya encerrado a Megan en algún lugar como rehén ni nada. Solo que Él sabía que yo estaba... muy motivado*.

—*Correcto*, - dijo ella. —*Bueno, al menos no estamos solos, ¿verdad?*

Pensé en la tira amarilla de tela que ella había tejido y lo que dirían los Destinos si hubieran podido leer esos bordados.

Le devolví la sonrisa y le dije: —*No, no estamos solos*.

Capítulo 12

—*Una cosa me ha estado mosqueando*, - dijo Kate mientras caminábamos por el bosque de bambú.

—*¿Sólo una?*

—*Bueno, cada religión tiene sus historias de «cómo llegó el mundo aquí». Nosotros estamos descubriendo que todos los dioses parecen ser reales, pero ¿cómo pueden ser ciertos todos esos mitos? Ahora que tienes todo ese conocimiento divino, ¿lo sabes?*

Me reí. —*Sí, como cuando eres pequeño y en la iglesia le hacías a tu pastor todas esas preguntas: que si Dios y las inundaciones, que por qué tu vecino murió de cáncer, o por qué las personas malas se hacían tan ricas mientras que tu papá, que era agradable la mayor parte del tiempo, no podía pagar todas las facturas cada mes, y te respondían mierdas sobre «caminos inescrutables».*

Ella puso los ojos en blanco. —*Ya te digo.*

—*Bueno, ahora me estoy dando cuenta, mientras repaso el conocimiento de Odin, que ellos tenían razón. ¿Cómo pudieron todos estos dioses crear el mundo, cada uno sangrando o cagando o dando a luz tierra y mar? Bueno. Pues simplemente lo hicieron.*

Ella se me quedó mirando fijamente.

Su mirada era tan incrédula que me reí. —*Tío, yo sería un padre horrible. Vale, mira. Así es como yo lo veo: tú y yo estamos caminando y hablando y conociendo dioses y presenciando batallas y el fin del mundo y toda esta mierda loca, y estamos muertos. Puesto que eso ya me ha calado, estoy casi aceptando cualquier cosa.*

—*Tienes razón*, - dijo ella, encogiéndose de hombros. —*Yo aún estoy tratando de lidiar con todo, supongo. Daniel, vimos el Ragnarök.*

—*Por supuesto, eso significa que el mundo se está acabando*, - dije, y me estremecí. Me pregunté cómo estaba yendo allá abajo en la Tierra. Mi mochila se movió un poco. No había estado muy cómodo

abriéndola últimamente desde que Loki había saltado fuera de ella, pero espí dentro todos modos.

Un periódico. Gracias, Dios.

«¿EL FIN DEL MUNDO?» gritaba el titular. Fotografías de nubes fungiformes dominaban la portada. Parece que Corea del Norte, India, Pakistán, Irán, Rusia, Estados Unidos y China se habían lanzado misiles entre sí. No había notas sobre el éxtasis ni de personas levantadas corporalmente por el Todopoderoso (supuse que Él estaba demasiado ocupado suministrándome tijeras y periódicos) y tampoco notas sobre quién había sido el Anticristo. Ni que Cristo hubiera regresado.

Me pregunté si había regresado como judío o si se había convertido a su propia religión. La idea me hizo dar vueltas la cabeza. Decidí que se lo preguntaría si me lo encontraba alguna vez.

Con la guerra nuclear reduciendo el mundo a escombros, el periódico no se había molestado en incluir una sección de Estilo de Vida o Cómics, así que metí el periódico donde lo había encontrado.

—*Me parece recordar algo sobre la postvida sintoísta*, - dijo Kate hojeando un libro que ella había sacado de su mochila. La niebla se suspendía entre los árboles y un olor acre entró en mi nariz. Parpadeé y tosí; era más que acre, me abrumaba.

—*Oh, joder, es cierto. Esto no es niebla, son almas en pena*, - dijo ella mientras se cubría la boca y la nariz con su túnica. —*No respire.*

Estaba yo a punto de hacer una réplica sarcástica sobre que ella podría habérmelo dicho antes de que yo oliera el aire viciado, pero estaba demasiado ocupado tosiendo. Me puse de rodillas, buscando mi mochila. Saqué una bufanda y la envolví alrededor de mi boca y nariz varias veces. Kate hizo lo mismo y se llevó la túnica firmemente a la cara mientras buscaba.

—*Uh, ¿qué tipo de almas?* - Noté una presencia en mi mente. Esta no era Odin, porque yo no había absorbido su personalidad, solo su conocimiento. Esta era definitivamente otra persona. Una mente tranquila y pura.

«Libérala».

—¿Qué?

—*No he dicho nada*, - dijo Kate, luego se puso blanca. —*Oh, mierda.*

—*El final no puede llegar sin ella. Ella debe ser liberada*, - dijo la presencia.

Yo quise preguntar, —¿*Quién?* - pero ya lo sabía.

—*Tenemos que liberar*, - dije en voz baja. —¿*Lo oyes?*

—*Liberar, ¿qué?* - preguntó Kate. —¿*Oír a quién?*

Miré a mi alrededor. A través de la niebla pude distinguir un puro acantilado que se extendía hasta una altura indefinida. Un hombre joven estaba sentado y sereno sobre una roca al pie del acantilado. También tenía la nariz y la boca tapadas, y levantó la mano y saludó cuando nos vio.

—*Susanoo*, - dije al reconocerlo con el conocimiento de Odin. —*Después de que Izanagi perdiera a su esposa, comenzó a hacer hijos con sus fluidos corporales. Susanoo nació de su nariz.*

Kate hizo un ruido de disgusto. —*No parece el dios de los mocos*. - Ella tenía razón. Susanoo era delgado y fuerte, con ojos astutos y barba negra y coleta.

Saltó con ligereza de la roca cuando nos acercamos. Era más alto de lo que parecía, y ahora pude ver la katana que colgaba a su lado. Mi ritmo cardíaco se aceleró, pero en lugar de miedo, me sentía molesto.

—*Heraldos*, - dijo. —*Vuestra llegada ha sido...*

—*Predicha. Sí. Nos lo dicen mucho*, - interrumpí. Él frunció los labios y deslizó su katana en silencio desde su vaina.

Las runas bailaban arriba y abajo por su hoja, que brillaba en plata o negro, dependiendo del ángulo. A diferencia de las tijeras cambiaformas de Odin, esta era verdaderamente una espada para

un dios.

—*Entonces no os importará si prescindo de las bromas*, - dijo, y asumió una postura que reconocí de innumerables videojuegos.

—*Demonios*, - dijo Kate. —*A la gente ya no parece gustarle vernos, ¿verdad?*

—*Si él dice que esto es ser agradable, no quiero ni verlo siendo grosero*, - dije. —*¿Es que está predicho que nos vas a destripar por la mitad?*. - Le pregunté.

Él sonrió con dientes negros. —*Muy probablemente. Hemos de luchar. Las profecías son turbias más allá de eso. No puedo dejar que muevas la roca para liberarla.*

Kate dejó escapar un suspiro. —*Ahhh... Izanami. Estás protegiendo la puerta del inframundo. Supongo que estamos aquí para abrirla.*

La voz en mi cabeza, suave y alta, volvió a hablar. «Libérala».

—*Eso es lo que dice la voz en mi cabeza*, - dije.

—*¿Cuántas personas tienes ahí dentro?* - preguntó Kate.

—*Hey, no es el momento de empezar a hablar de eso*, - dije.

—*Esta era la espada de la mujer que buscas liberar*, - dijo Susanoo. —*Puede cortar cualquier cosa. Madera. Metal. Agua. La tierra misma. Tu misma alma.*

—*¿En serio? Pues el agua no es muy difícil de cortar*, - dije tranquilamente dejando caer mi mochila en el suelo del bosque. Kate hizo lo mismo. —*Tienes que buscar otra forma de describirlo que sea más impresionante.*

Él resopló y escupió. —*Ármate.*

Por la sabiduría de Odin yo sabía cómo manejar muchas armas, en teoría. Sabía que intervenían más cosas en la lucha que el juego de espadas. Estaba la memoria muscular y la fuerza. Yo no tenía memoria muscular ni fuerza. Miré dentro de la mochila. Tampoco

tenía espada.

Miré a Kate, que revisó su propia mochila. Ella sacó un pequeño escudo e hizo una mueca. —*Esto no es muy útil tampoco.*

—*¿Cómo demonios se supone que debo hacer tu trabajo si no pones de tu parte?* - Siseé al dios que no estaba allí.

«Libérala.»

—*Libérala*, - le dije al aire alzando las manos,—*Dame un respiro*, - luego, a Susanoo, —*Parece que nuestro patrocinador no cree que necesitamos armas. O eso o nos está gastando una bromita. ¿Vas a cargarte de un tajo enemigos desarmados?*

Me respondió levantando su arma por encima de su cabeza y arrastrando los pies hacia adelante, su peso centrado y bajo.

—*Oh, mierda*. - Retrocedí. Kate se separó a la izquierda y yo fui a la derecha. Susanoo vino a por mí. El primer golpe iba a mi cuello, pero me tropecé hacia atrás con un brote de bambú y me caí, la hoja pasó a centímetros de mi nariz. Esta rebanó el bambú como si fueran de humo, y los gruesos troncos cayeron sobre mí.

—*Levántate o muere sin dignidad*, - dijo él asumiendo su postura nuevamente.

—*¿Cuándo te he dicho yo que la dignidad era mi objetivo?* - le pregunté. Me quedé allí durante un rato, jadeando, ya que él era claramente lo bastante paciente para esperarme. El área boscosa se volvía más densa detrás de mí, donde yo estaría mucho más seguro. Frente a mí, más allá del dios loco con la espada, estaba el claro al pie del acantilado y la roca que retenía la muerta diosa Izanami.

—*¡Arriba!* - repitió Susanoo.

Envolví mi mano alrededor de una rebanada de bambú cuando me levanté. Acababa de verlo cortar varios árboles sin esfuerzo, luego el trozo era más como la típica manta de seguridad. Me sentía mejor con algo en mis manos. En el momento en que recuperé mi altura, Susanoo se deslizó nuevamente hacia mí. Si yo hubiera tenido un momento para pensar, probablemente me habría reído.

Tan poderoso como era, el pasito arrastrado apenas era digno.

Al igual que mis acciones en el Eliseo, me moví sin pensar. Corrí a su encuentro. La memoria muscular no estaba allí para luchar contra él, pero yo sabía lo suficiente sobre la katana para saber dónde golpearía y, por tanto, cómo y cuándo reaccionar. Su ataque fue bajo esta vez, yendo por mis piernas. Salté sobre la espada y no pude resistir golpear al dios en la parte posterior de la cabeza con mi improvisado garrote.

Apenas lo aturdió. Corrí hacia el pie del acantilado sin mirar atrás. Susanoo se echó a reír, feo sonido, y me siguió. Kate también corrió. Yo no tenía ni idea de lo que ella había planeado, pero me venía bien toda la ayuda que me pudiera prestar. El dios era más rápido que yo, y casi pierdo la cabeza, pero escuché la espada susurrar en el aire y me agaché a tiempo. Sin embargo, la cuchilla me arañó, raspando la parte superior de mi cabeza. El cabello cayó sobre mi cara, seguido de cerca por un delgado flujo de sangre.

Yo casi había llegado. Alcancé la base del acantilado con la enorme roca que bloqueaba la entrada al Inframundo. Puse mi espalda contra ella y me enfrenté a Susanoo por última vez.

—*Primera sangre*, - dijo él, apenas jadeando. —*La próxima vez no fallaré.*

Jadeé mucho más fuerte, la bufanda alrededor de mi boca estaba húmeda y caliente por mi aliento. —*Dudo de que lo hagas*, - coincidí.

Kate apareció en mi visión periférica, detrás de Susanoo. Ella sostenía su pequeño escudo como un disco y se lo lanzó al dios.

Entonces vi la espada venir a por mí, juzgué su arco y su poder. Llegaba en ángulo con intención de separarme la cabeza y el brazo del cuerpo. El escudo impactó al dios en la espalda justo cuando él me habría separado la cabeza de los hombros y cuando tropezó hacia adelante, la hoja de la katana se enterró en la roca detrás de mí, partiéndola en dos. Me llovió grava y polvo cuando el peñasco explotó y el terror salió en estampida.

Susanoo se retiró hacia atrás, atacando. Traté de salir de su camino,

pero la katana pasó sobre mi mejilla izquierda, casi indolora mientras me cortaba. Escuché a Kate gritar mi nombre.

Traté de parpadear la sangre fuera de los ojos para poder seguir lo que estaba sucediendo, pero todo pasaba a través de una lente roja.

La puerta del inframundo estaba abierta ahora, y la montaña vomitaba a sus habitantes. Algo salió: una nube de moscas que gritó un nombre con diez mil voces enfurecidas. —*Izanagi*.

Susanoo cayó de culo, gritando. La espada cayó de sus manos cuando la nube lo envolvió. La nube lo devoró antes de que la katana golpeará el suelo.

Parpadeé de nuevo y luego vino el dolor. La sangre que oscurecía mi visión no provenía de mi cuero cabelludo, sino del ojo izquierdo, lo que quedaba del ojo, que no era mucho. Me acurrugué en posición fetal, gimiendo, mi ojo arruinado era una confusión de dolor en mi cráneo.

Me ardía la cuenca, una sensación abrasadora que me dejaba gritando. Abrí mi ojo bueno y en realidad vi fuego goteando de mi cara, haciendo que la sangre chisporroteara. Me quedé sin aliento, sabiendo que debería estar aterrorizado por la gran muerte zumbante que se cernía cerca, pero sin importarme. La voz susurró una cosa, «Madre», y supe que la diosa estaba delante de mí. Quizá ella pudiera terminar con el dolor. Extendí mis manos hacia ella.

El fuego se detuvo e Izanami me devoró. O quizá me desmayé en el regazo de Kate. No estaba seguro.

* * *

Desperté en el bosque, tumbado sobre la espalda. La herida en mi cara estaba cosida y las quemaduras tenían una crema refrescante. Mi cráneo palpitaba distantemente, como si hubiera tomado algunos poderosos narcóticos para olvidar el dolor que obviamente todavía estaba allí.

—*Despierta*, - dijo la voz. Era a la vez suave y masculina, como un cantante o un erudito.

—*Cúidalo*, - dijo Izanami. Yo no la veía, pero nadie salvo ella podía tener una voz que sonaba como un millón de moscas gritando a la vez.

Una joven entró en mi campo de visión, pero no era Kate. Era japonesa, vestida tradicionalmente con un kimono verde y plateado, con el pelo negro recogido en un moño. Ella me sonrió y dijo: — *¿Puedes sentarte?*

Intenté asentir, pero el dolor asomó la cabeza y amenazó con regresar. Con su ayuda, me senté erguido despacio y miré a mi alrededor.

El bosque tenía mucha menos niebla. Una ponzoñosa brisa provenía del irregular agujero del acantilado. Dos seres, la nube de moscas que era la diosa Izanami, y un hombre hecho todo de fuego, le hablaban a Kate a algunos pasos de mí.

—*¿Quien?* - Me las arreglé para croar.

—*Kagut-suchi*, - respondió mi doctora. —*El bebé cuyo nacimiento mató a Izanami. Izanagi, su padre, lo asesinó en retribución, y el alma del niño ha esperado aquí por miles de años, esperando que su madre viniera por él. Él contuvo el dolor de tu ojo perdido hasta que hubiste completado tu misión.*

—*La voz en mi cabeza*, - dije, comprendiendo por fin. —*¿Y tú eres?*

Ella me sonrió suavemente. —*Kazuko. Izanami está contento con tu servicio prestado a ella y a su familia. Me ha designado como tu doctora y guardiana.*

Miré de nuevo a la horrible diosa de la muerte. Las moscas se habían unido para insinuar la forma de una mujer, pero todavía era terrible de ver. Kate hablaba con ella tan tranquilamente como si estuviera hablando con la gerente de una tienda de comestibles.

Kagut-suchi caminó hacia mí y mantuvo una respetuosa (y saludable) distancia. Él dejaba humeantes pisadas de ceniza en el suelo del bosque. —*Gracias por liberar a mi madre.* - me hizo una reverencia.

—Yo solo, uh, hacía mi trabajo, - le dije notando de inmediato lo bobo que sonaba eso. —Y Susanoo, ¿qué estaba él haciendo aquí, por cierto?

Él hizo un gesto con una mano ardiente hacia la puerta del Inframundo. —*El fin del mundo está cerca. Mi madre fue el principio, nos dio a luz a todos. Ella será el final: la diosa de la muerte. Ella anhela vengarse de mi padre. Susanoo-no-Mikoto es el hijo de mi padre, el dios de la tormenta, exiliado del cielo por deshonrar a su hermana en su larga rivalidad. Intentó recuperar el favor de su padre manteniendo a Izanami encarcelada. Esto ralentizó el fin del mundo. Tú le detuviste. Ella es libre. Ella puede hacer su trabajo ahora y permitir que las almas descarriadas se vayan a casa, y vengarse de Izanagi cuando ella ascienda al cielo.*

Él se inclinó de nuevo. —*Estamos en deuda contigo y esperamos que Kazuko sea un regalo digno del sacrificio que has hecho.*

La mujer inclinó la cabeza a modo de reverencia. Alcé la mano y toqué mis vendajes con cautela. Si me hubieran dado una opción, ¿habría cambiado mi ojo por un doctor de viaje? Probablemente no. Pero no tenía otra opción. Aún así, sabía que los japoneses tenían un gran honor, y los dioses aún más que las personas.

Me incliné lo mejor que pude desde mi posición sentada. —*No soy digno del regalo; gracias, Kagut-suchi-san.*

Se inclinó por última vez y volvió con su madre y Kate. —*¿Y ella va a hacer su parte para acabar con el mundo y luego matar a su esposo?* - le pregunté a Kazuko.

—*Ella es la muerte, -* dijo la mujer. —*Su camino está despejado.*

Me aclaré la garganta y pensé en la Tierra moribunda. —*Por supuesto.*

—*La pequeña parte del dios que llevas dentro de ti ya debería haber comenzado a curarte, -* dijo ella. —*¿Te sientes mejor?*

Mi cabeza había comenzado a aclararse. La esperanza levantó su fea cabeza y dije: —*¿Esto significa que me volverá a crecer el ojo?*

Ella me miró con ojos amables. —*¿Lo hizo el de Odin?*

Suspiré. —*Pues vaya mierda. A veces este trabajo apesta, ¿sabes?*

—*Estoy segura. La mayoría lo hace.*

—*Sí, pero la mayoría no te rebana el ojo con una katana, - repliqué.*

—*Hey, colega, - dijo Kate mientras se acercaba, su despreocupación forzada no me engañaba en lo más mínimo. —¿Te sientes mejor?*

La miré lo mejor que pude. —*¿Mejor que cuando había una espada en mi ojo?, sí. ¿Mejor que cinco minutos antes de eso? No.*

Ella me sonrió. —*¿Ya has alcanzado la etapa del tigre herido? Excelente.*

Aparté la vista de ella. —*No estoy para bromas en este momento.*

Ella bajó la mirada. —*Lo sé, lo siento.*

—*No, no lo sientas. Te debo la vida, o la postvida, o lo que sea. Si no hubieras arrojado ese escudo, ese me habría cortado por la mitad.*

Ella se encogió de hombros. —*Era lo único que tenía. Ojalá hubiera podido hacer más.*

Tomé su mano y la apreté. —*¿Me ayudas a levantarme?*

Tiró de mi para ponerme en pie y yo me apoyé en ella, el dolor de cabeza floreció de nuevo por el cambio de altitud. Kate me puso al día. —*He hablado con Izanami y su hijo. Liberarla era nuestro importante objetivo aquí, y abrir el inframundo. La niebla por aquí era todas las almas que no han podido ir al inframundo desde que Izanagi lo bloqueó al comienzo de tiempo. Ahora tienen un lugar adonde ir, e Izanami es libre. ¿Y conociste a nuestro guardaespaldas?*

—*¿Te refieres a mi doctora? - Kazuko había estado sentada en silencio hasta entonces. Ella puso en pie y enderezó su kimono. Su espada, una hoja china recta, apareció a la vista, y pensé en lo útil que habría sido una de esas media hora antes.*

Me puse una mano en la cabeza. El dolor había disminuido y supe que me curarían, en la medida de lo posible, en un par de horas. Kazuko miró el túnel ahora abierto hacia el Yomi, el inframundo.

—*Espero no tener que advertirte que ir allí en busca de tu hermana sería un viaje trágico*, - dijo ella.

—*¿Ella está ahí?* - pregunté.

Su mirada tranquila se encontró con mi ojo. —No.

—*Bueno, entonces. Vámonos de aquí.*

Nos detuvimos para inclinarnos ante la diosa de la muerte y el dios del fuego antes de abandonar la postvida sintoísta. Ellos respondieron con otra reverencia, agradeciéndome una vez más.

Caminamos en silencio. Kate finalmente lo rompió diciendo: —*Esto ha sido... intenso.*

Resoplé. —*Subestimación de la postvida, Kate. Bonito lugar. Perdimos a nuestro perro, lo que me quedaba de mi hermana, y ahora mi jodido ojo*, - dije mientras el mundo volvía al soso paisaje estándar. —*Casi pierdo a mi mejor amiga. ¿Qué sigue luego, mis bolas?*

Kate me miró directamente. —*No me perderás, Daniel. Te vigilo la espalda, ¿recuerdas?*

Sus palabras francas me hicieron sonrojar, y miré hacia abajo.

Kazuko habló detrás de nosotros. —*Izanami murió de quemaduras cuando dio a luz a Kagut-suchi. Se retiró al Yomi donde su cuerpo y alma fueron devorados por escarabajos, gusanos y kaku. Eventualmente, todo lo que quedó fueron las moscas que salieron de los gusanos, fortalecidas por la esencia de la diosa dentro. Ella esperó allí durante miles de años, la venganza era lo único que tenía en mente. Venganza hacia quien la deshonoró y la cuidó después de su muerte cuando ella le ordenó que no lo hiciera, y venganza hacia quien mató a su hijo.*

Vale, supuse que eso era peor que perder un ojo. —*Ya, pero...* - dije.

—*Izanagi cortó al recién nacido Kagut-suchi en ocho pedazos, cada uno*

creó nuevos dioses y demonios. El alma del recién nacido lleva aquí desde entonces, esperando a su madre.

Traté de interrumpir de nuevo. —*Lo sé, y yo...*

Ella continuó. —Millones de personas en la tierra murieron en el primer ataque nuclear. Su piel se derritió y sus órganos se desintegraron. Cuando entren en el Yomi, no habrá nada que los gusanos y los kaku puedan devorar. Aquellos que murieron de envenenamiento por radiación o la violencia de los supervivientes se pudrirán en el Yomi. Gritarán mientras los escarabajos cavan agujeros en sus genitales y los gusanos devoran sus...

—*Vale, vale, ¡lo capto! La gente lo tiene peor que yo. Jesús.*

Kate miró a la severa mujer. —*Tú debes de ser la alegría de la huerta en una fiesta.*

Ella nos recompensó con una tensa sonrisa y continuó por el camino. Yo estaba tan cansado que me pregunté si Kazuko nos dejaría sentarnos a descansar, pero Kate se acurrucó debajo de mi brazo y yo me apoyé agradecido en ella.

—*Está claro que no estoy pensando con claridad, - dije. —¿A dónde vamos a partir de aquí?*

Ella me sujetó fuerte por la cintura y me maravillé de su fuerza. —*Vayamos a la rotonda y decidamos entonces.*

—*No falta mucho para que me caiga aquí, - dije, apoyando mi cabeza sobre la de ella.*

—*Aquí estoy yo.*

—*Siento que podría dormir hasta el fin del mundo. - Susurré en su cabello.*

—*Al parecer, eso no está muy lejos ahora, - dijo Kate.*

Capítulo 13

—*Daniel, despierta*, - dijo Kate. Gruñí y me di la vuelta. Ella me dio un codazo. —*No, en serio. Levántate.*

Abrí mi ojo y la fulminé con la mirada. Ella señaló un camino. —*Querías dormir hasta el fin del mundo, pues ya es hora de despertar.*

Con cuidado me froté el ojo bueno y noté que se me había ido casi todo el dolor de cabeza. Las cicatrices en mi cara se habían desvanecido, al menos al tacto, pero el ojo había desaparecido. Para siempre, me imaginé. Mierda.

El camino que Kate señalaba no era el que habíamos recorrido antes. Yo no había considerado que uno de los caminos llevara de regreso a la Tierra, pero claramente era allí adonde conducía aquel sencillo camino de tierra, mientras las almas comenzaron a caminar hacia nosotros. Solo unos pocos iban en cabeza, pero una masa más oscura en el horizonte indicaba que no estaban solos por mucha distancia. Me puse de pie para ver si podía ver más lejos.

—*¿Por qué no hemos visto almas en el camino antes?* - preguntó Kate, uniéndose a mí.

El conocimiento de Odin emergió burbujeando en mi cabeza. —*Hay más de un camino al cielo. Está destinado a ser un viaje solitario. Pero al parecer, incluso los caminos metafísicos no son infinitos. Están congestionados de almas. Quiero decir, había... ¿cuánto, seis mil millones de personas?*

—*Más que eso*, - dijo Kate.

La masa de personas se acercaba a nosotros, almas de ojos huecos que apenas miraban a derecha o a izquierda al dejar atrás la rotonda y dirigirse infaliblemente hacia su propio cielo.

—*Me pregunto si ven la rotonda*, - dijo Kate. —*Yo no la vi cuando morí. ¿Y tú?*

—*No*, - le dije. —*Creo que su camino conduce adonde se supone que*

debe ir. No estoy seguro de que nos vean a nosotros siquiera.

Así que, por supuesto, tuve que demostrar que estaba equivocado cuando tres almas pasaron y se giraron, centradas en nosotros y luego cargaron.

Habíamos acampado en la suave arena del centro de la rotonda, a unos tres metros del camino. Las almas parecían humanos normales, pero humanos normales que sufrían una tortura horrible. Un hombre con cuchillos atravesándole los ojos se avalanzó hacia nosotros con un tercer cuchillo, al parecer sin necesitar la vista que le habían arrebatado. Mi cara se crispó, más perturbado por el horrible recordatorio de mi propia pérdida que por el ataque real.

Una mujer, con su largo cabello en llamas, trató de usarse a sí misma como arma, lanzándose hacia Kate, sus gritos no eran más que torturados gruñidos mientras sus cuerdas vocales se fundían.

El tercero parecía el típico zombi, carne podrida goteando y gusanos retorciéndose. Gruñó un lamento y eructó una nube nociva.

Todo esto lo procesé después del hecho. Lo que realmente sucedió fue que mientras Kate y yo estábamos de pie y veíamos acercarse nuestra muerte, demasiado estupefactos para reaccionar, Kazuko saltó frente a nosotros. Kate me derribó de un empujón y la arena voló en el aire, y luego Kazuko se puso a trabajar.

Su espada estaba fuera de la vaina al instante. Ella evaluó la amenaza y partió a la mujer en llamas por la mitad justo cuando el demonio llegaba hasta Kate. Fue entonces cuando el hombre del cuchillo perdió su brazo extendido en un chorro de sangre. Un sonido desagradable surgió del zombi y Kazuko flexionó las piernas, juntó los brazos con fuerza y golpeó a Kate como un pequeño y denso ariete. Ella cayó encima de mí justo cuando la nube nociva pasó sobre nuestras cabezas. Kazuko cayó al suelo, rodó y se levantó en un instante. Ella pasó de inmediato de ser una bolita compacta hasta ser una elegante grulla con las alas extendidas, y la cabeza del zombi aterrizó a tres metros de distancia en el borde de la rotonda antes de rebotar por el camino.

Como medida paliativa, Kazuko también decapitó al agitado tipo

del cuchillo antes de limpiar con calma la hoja con un pañuelo.

Yo Jadeaba en la arena con la vista alzada hacia ella, luego miré los restos de mis asaltantes, luego a Kate, que estaba tan sorprendida como yo, y finalmente de nuevo a Kazuko.

—*Creo que las fronteras se están fracturando*, - dijo Kazuko rascando un poco de hollín de su espada. —*Los seres rebeldes exultantes en el caos han descubierto vuestra misión para deteneros.*

Algo dentro de mí se partió. Me puse de rodillas y hurgué en mi mochila chillando. —*Dame algo. Lo que sea. Si Tú no me vas a proteger, dame algo para protegerme. ¡Maldito Dios, dame algo!*

—*Daniel*- - comenzó Kate, pero le gruñí como un lobo cuando encontré una pequeña navaja en el fondo de mi mochila.

Me quedé mirando la navaja y la arrojé por un camino postvida vacío. —*¿Qué? ¿No te gusta el hecho de que te haya maldecido? Ese es uno de los Diez Mandamientos, ¿no? No matar, no codiciar, no jurar y no alabar dioses impíos. Pero lo único que he estado haciendo es encontrarme otros dioses, varios de los cuales me han ayudado mucho más que Tú. Me has hecho huir de dioses con espadas sin darme una. Me has hecho perder el maldito ojo. Soy como Tu jodido perrito faldero con correa, ¡y ni siquiera sé si conseguiré lo que quiero al final, porque Tú no sabes dónde está Megan!*

Me sujeté la cabeza y aullé. La cuenca donde había estado mi ojo palpitó de dolor (había tomado más tiempo de curar de lo que yo esperaba) pero claro, el estrés del ataque y mi propia ira podrían haber inhibido el proceso de curación.

Agarré la mochila y la tiré detrás del cuchillo. —*¡Ya he tenido suficiente de esto!*

Abruptamente noté que estaba siendo observado. Kate me miraba como si no me conociera. Kazuko permanecía en silencio al lado de los tres asesinos. Había envainado la hoja recta en su funda, pero sostenía un objeto familiar en sus manos.

—*¿De dónde has sacado eso?* - Pregunté, deseando que mi voz no

temblara.

Sostuvo la katana de Izanami, tomada, asumí yo, de Susanoo que ya no estaba con nosotros. —*Ella quiere que te la quedes. Si tu dios no te da las herramientas para protegerte, ella te ayudará.*

—*No la quiero, - me toqué el vendaje involuntariamente.*

—*La herramienta no tiene la culpa de lo que hace su portador, - dijo ella.*

Me había estado quejando de no tener un arma. Ahora que me ofrecían una, no quería tocarla. Miré la espada odiada. Kazuko la desenvainó y las runas brillaron en la hoja. En sus manos, parecía plata pura, sin sombras de malevolencia. En mi mente, el conocimiento de Odin repasaba todas las formas adecuadas de usar la katana: lo que estaba prohibido según el bushido, el código del guerrero y la historia de la espada. Para ser un viejo arrugado, el tipo sabía mucho sobre las armas de una cultura diferente.

—*¿Sabes cómo usarla, Daniel? - preguntó Kate —¿Algo en la base de datos de Odin?*

Asentí sin apartar los ojos de la odiada espada. —*Sé cómo. En teoría.*

—*Pues acéptala. Dos personas con espadas nos viene mejor que una, y probablemente yo me amputaría un pie si intentara usarla.*

Negué con la cabeza. —*Ahora no. No puedo hacerlo ahora. Ni siquiera puedo acostumbrarme a tener un lado ciego.*

—*Nunca te acostumbrarás a eso, - dijo Kazuko envainando la espada. —Aprenderás a adaptarte, pero lo extrañarás toda tu vida.*

Me reí súbitamente, la idiotez de mi existencia me caló. —*Ya, pero ya estoy muerto.*

Ella me miró por un momento y una sonrisa cruzó sus labios. —*Estás en lo cierto.*

Kazuko puso la katana en su lado derecho, frente a su espada china. Kate me ofreció una mano. La acepté y me sacudí la arena de los

vaqueros.

Kate ajustó suavemente la venda en mi cara, un movimiento de una intimidad tan inesperada que me sorprendió por un instante. Y en ese aturrido instante, cuando todo lo que veía era a ella y sus ministerios, descubrí lo que teníamos que hacer.

—*Tenemos que volver al cielo. Nuestro primer cielo*, - le dije, y ella me sonrió. Kazuko inclinó la cabeza en una ligera reverencia. Yo estaba cansado de esto. Necesitábamos respuestas.

* * *

Me había olvidado de todo ese asunto del fin del mundo. Es fácil olvidarlo cuando no es un problema inmediato y tienes tus propios problemas: como dioses antiguos que luchan a tu alrededor y contra ti, o que te lanzan terroríficos demonios. Pero las bombas seguían cayendo en la Tierra, lo que significaba que estaban muriendo personas por millones.

Regresar al cielo, sin embargo, era más fácil decirlo que hacerlo. Kate consultó un libro de su mochila y dijo que casi dos mil millones de almas estarían vagando junto a nosotros (y luego modificó que no sabía cuántas iban a terminar en el Infierno). Pero no teníamos el lujo del tiempo, necesitábamos respuestas, y estaba claro que la postvida no estaba gestionando bien el influjo de almas.

El camino estaba congestionado con las almas de los inocentes perdidos en las guerras que ocurrían en la Tierra. Niños en su mayoría, desde los más pequeños hasta los adolescentes, todos avanzan despacio. Miraban hacia adelante, decididos, sin miedo. Todos eran japoneses, muchos de ellos regresaban hacia la postvida sintoísta que nosotros acabábamos de abandonar.

—*¿Dónde están los bebés?* - preguntó Kate. Kazuko señaló encima de nosotros donde los ángeles llenaban el cielo, cada uno cargando un niño.

—*Los inocentes son procesados primero en tiempos de gran muerte*, - susurró ella.—*Son los más fáciles.*

El silencio me puso nervioso. Se suponía que los niños nunca eran tan silenciosos. —¿Pasa algo malo? ¿Por qué están tan callados?

—El alma de un niño no está preparada para una muerte rápida y violenta. Están tan llenos de vida que les lleva tiempo adaptarse. Están en estado de shock.

Mi piel se erizó a medida que los caminos se volvían aún más concurridos, los niños avanzaban pacientemente por sus propios caminos. Algunos caminos estaban más ocupados que otros. A diferencia de cuando Kate y yo comenzamos, de pronto era sencillo descubrir qué camino conducía a dónde, solo había que seguir a los niños de diferentes razas y culturas.

Los ángeles aparecieron en el cielo, primero como pequeños puntos y luego más grandes como adultos alados hasta aterrizar suavemente junto a los caminos, consultando sus portapapeles y dirigiendo a los niños. A pesar de la multitud de miles, quizá millones, contaban a los bebés por encima de nosotros y el proceso mejoró rápidamente. Fue extraño ver el lugar privado de Kate y el mío, al notar que había llegado a ver la rotonda de repente demasiado atestada.

Toqué brevemente la túnica de Kazuko y ella se tensó. Retiré mi mano rápidamente y señalé algo brillante. —¿Qué es eso?

Aquello estaba suspendido sobre un lado de la carretera, incierto, hasta que una pequeña niña de cabello castaño brillante lo recogió y lo puso en una canasta. Buscó en el camino hasta que vio a otro y también lo pescó.

—Esa es una alma no nacida del pueblo hindú. Esa niña es una Angiris, un ángel que vela por los sacrificios, - dijo ella.

—Supongo que no hay mucho sacrificio que velar ahora, ¿eh? - dije. Ella asintió.

—Dios, ¿causamos nosotros eso? - dijo Kate.

Ella contemplaba las almas de los muertos, miles de ellos, posiblemente millones. Era difícil de comprender. Se llevó la mano a la boca y presionó, los nudillos se pusieron blancos.

—Kate, recuerda, esto iba a suceder con o sin nosotros, - le dije poniendo una mano sobre su hombro. —Teníamos que estar allí para salvar a Atalanta, y para preservar a Odín y liberar a Izanami. No hicimos que esto sucediera, nosotros no los matamos.

Ella se acercó al borde de la rotonda y quedó de pie, ligeramente elevada, con la cabeza gacha. Hice un movimiento para ir tras ella, pero Kazuko me detuvo.

—Espera.

—¿Qué? - Mantuve la vista en mi amiga, que escaneaba la multitud de niños, la cara de Kate estaba pálida.

—Ella necesita procesar esta información. Se siente responsable.

—Y yo soy responsable de ella. Esa es una razón por la que no se lo dije al principio.

—Aún así, no podemos perderla en esta multitud. Ella es alta y blanca. Y además, es tu mejor amiga y brillará como un faro en la oscuridad para ti. - No tuve la oportunidad de preguntar qué demonios significaba eso, pues ella señaló a los niños. —Observa las almas. Aprende lo que puedas.

Accedí y observé con creciente fascinación cómo los ángeles de todas las religiones reunían las almas no nacidas. Algunas hembras tendían mantas y colocaban las almas bajo ellas. Otras ponían las almas en bolsas. Un hombre africano colocaba cuidadosamente cada alma en una caja tallada diferente y colocaba esta en un carrito. Él no tenía muchas cajas.

Estaba claro que no llegaríamos a ninguna parte a través de la masa de niños. Me apoyé de un pie a otro, observándolos. —¿Cuánto tiempo crees que va a llevar esto? - le pregunté a Kazuko.

Ella me miró fijamente. —Miles de millones de personas tardarán mucho tiempo en procesarse.

Otro ángel había aterrizado en la rotonda llevando un portapapeles. Ella tenía el pelo rizado y nariz larga. Claramente un ángel cristiano, llevaba una chaqueta amarilla sobre su túnica sagrada y sus alas. Se mezclaba

por los caminos, escogiendo niños y poniéndolos en los caminos correctos, murmurando para sí misma todo el tiempo. Revisaba su portapapeles constantemente. Otros ángeles cristianos parecían estar a cargo de las almas no nacidas, ella solo dirigía a todas las demás.

Traté de recordar si la había visto antes, pero no pude ubicarla. Quizá la había visto en mi propio viaje al Cielo. La primera vez, quiero decir.

Kate también la había visto y se dirigió directamente hacia ella, apartando suavemente a los indolentes niños mientras ella se abría paso.

Kazuko observaba con espalda recta y rostro sereno. —Algo está mal aquí. - habló como si comentara algo gracioso que su madre le había dicho esa mañana.

—¿Qué quieres decir? - pregunté.

Ella me dio una marchitante mirada. —¿Alguna vez usas esa sabiduría tuya o solo la guardas para los días de lluvia?

—Si sabes tanto, ¿por qué no estás haciendo tú la obra de Dios? - le dije.

—Estoy haciendo la obra de la diosa. ¿No es eso suficiente?

La fulminé con la mirada y miré de vuelta hacia la carretera, suspirando. Los niños seguían viniendo desde el camino hacia el Cielo y eran ordenados y dirigidos hacia el camino correcto. Las almas no nacidas flotaban hasta que alguien las rescataba. Mi ojo seguía yendo hacia el oficioso ángel y su cárdigan. Ridiculosos pendientes colgaban de sus orejas, globitos azules en pequeñas cadenas. Cada vez que ella volvía la cabeza, la golpeaban en el cuello y la mandíbula, lo hacían incluso cuando Kate le puso la mano en el brazo para llamar su atención.

Algo sobre el ángel tiró de mí. Algo anhelante y terrible flotaba en ella como el hedor de un establo aferrado a una granja. Quedé boquiabierto. Kate lo había sabido antes que yo, pero por desgracia, Kazuko y yo estábamos armados y ella no.

Yo sabía que Kate me dejaría. El destino que ella había tejido en la banda amarilla me lo había dicho. Pero yo no sabía cómo ni cuándo. Si lo hubiera sabido, tal vez podría haberlo detenido. Pero las profecías no

funcionan así.

Me aproximé a la carretera, sin importarme si Kazuko venía detrás de mí o no. Era casi imposible pasar entre los niños, no se separaban de mí como lo hacían con Kate. Mientras Kazuko y yo avanzábamos con esfuerzo, Kate le chilló algo a la mujer, agarrando la parte delantera de su chaqueta y abriéndola.

Docenas de pequeñas espinas cubrían el torso desnudo y sin sexo del ángel, sobre el cual varias almas doradas estaban empaladas. No hacían ruido ni se movían, pero yo sabía que cada una sentía un dolor insoportable. Podía sentir las, y luego noté que Kate también las había sentido. Me detuve por la repulsión y Kazuko hizo un sonido de asfixia al empujarme para pasar delante de mí.

Kate miraba al ángel con horror, congelada en el sitio. El ángel sonrió y dio un paso adelante, sus brazos extendidos rodearon a Kate. Dije algo ahogado y renové mis esfuerzos para avanzar corriendo. Las alas del ángel se flexionaron cuando su terrorífico cuerpo se presionó contra Kate, las espinas relucientes atravesaron su ropa y se clavaron en el cuerpo de Kate.

Kate luchó. Mi amiga luchó y gruñó, jadeando cuando las puntas se hicieron más profundas con cada flexión de las alas de su atacante. Con un grito, el ángel cerró los ojos y luego la Kate que era Kate, su ser físico, se disolvió y se alejó en el viento.

No quedaba nada más que un alma brillante más, empalada en una espiga. Kate había desaparecido.

Rugí algo ininteligible y salí disparado, los niños se dispersaron de repente. Donde antes yo había asumido que estaban aturridos e ignorantes de su entorno, los niños ahora se alejaron de la rotonda como una multitud, creando un espacio a nuestro alrededor. Muchos también alejaron a las almas no nacidas, protegiéndolas. Yo apenas era consciente de esto.

El ángel mostró sus dientes cuando nos vio venir. Kazuko me había pasado la katana en la mano y esta me pareció natural, enervantemente natural.

Casi la habíamos alcanzado, espadas desenvainadas, pero el ángel sonrió y movió su mano hacia su oreja derecha. Kazuko y yo atacamos cuando el ángel agarró su pendiente y lo apretó.

La luz cegadora pareció encenderse mucho tiempo antes del rugido de la explosión, pero estoy bastante seguro, en retrospectiva, que ambos hechos fueron simultáneos.

Cuando la conciencia me abandonó, no estaba seguro de si nuestras espadas la habían alcanzado o no.

Capítulo 14

Después de todo lo que habíamos pasado, yo había planeado enfrentar a Dios con más garbo. Había ganado la sabiduría de un dios, perdido un ojo, burlado a otros dioses y ahora llevaba la espada de una diosa.

En la confrontación imaginada, yo no tenía planeado seguir el camino de Lucifer ni nada parecido, ni siquiera discutir que Dios tal vez estaba haciendo un mal trabajo. Solo quería saber qué estaba pasando. Quería toda la información. Finalmente entendí por qué Kate estaba tan asustada al ver las almas. Habíamos perdido demasiado, nos sentíamos responsables de ese demasiado, ¿y por qué?

Pero no, no se me permitió confrontar a Dios con justa ira y furia. En lugar de eso, aparecí desnudo dentro de Su estudio, sintiéndome etéreo, como si hubiera sido formado de una niebla solo unos segundos antes.

Abrí los ojos y vi a Kazuko atando la faja de un kimono blanco. Antes de que yo pudiera reaccionar y cubrirme, los ángeles deslizaron una túnica sobre mis hombros y una banda blanca sobre mi ojo arruinado.

Dios dio un paso atrás y me sonrió. —*Listo. Juntos de nuevo.*

—*¿Que ha pasado?* - le pregunté. —*¿Dónde está Kate?*

—*Encontraste a un agente del adversario, como Yo esperaba que lo hicieras. Ella tenía un explosivo desencarnado que usó cuando la descubriste. Los tres os desintegrasteis. Yo os he vuelto a unir.* - Parecía complacido consigo mismo.

—*¿Y dónde está Kate?* - dije.

—*Cuando dije, «los tres», me refería al agente del adversario, a ti y a tu tutor. Kate ya había sido desencarnada y el ataque contra ella le causó un gran daño a su alma.*

—No lo entiendo, ¿no puedes volver a armarla como hiciste con nosotros?

—El fin del mundo es un momento ocupado para mí, - dijo todavía sereno. —Las almas aún se están deslizando por las grietas. Te necesito ahora más que nunca para descubrir dónde han ido las nuevas almas y recuperarlas.

—Espera, encontramos al rebelde. Comenzamos el fin del mundo en cada postvida que alcanzamos, excepto quizá en el Cielo de los Perros. Hemos hecho lo que nos pediste. ¿Y no puedes traerla de vuelta?

—Vuestro daño estaba en vuestros cuerpos. El daño de Kate está en su alma. Podría darle un cuerpo nuevo, pero su alma seguiría dañada. Para reparar ese daño se necesita más poder del que puedo proporcionar ahora mismo.

—¡Eso son chorradas! - le dije frotándome la cara. Mis dedos atraparon la banda blanca sobre mi ojo y la descolocaron. —¡Lo hicimos todo por Ti! Y Tú ni siquiera puedes...

Jadeé y me bajé la banda. Mi ojo curado parpadeó ferozmente a la luz al acostumbrarse a ella. —Espera, ¿por qué ha vuelto mi ojo? ¿Pensé que no podía curarse?

Él bajó la vista. —Cuando te desencarnaste, perdiste lo que estaba dentro de ti. Sin embargo, pude restaurarte por completo. Estás como nuevo.

—Espera un minuto, ¿También perdí a Odín? - Las náuseas se agitaron en mi vientre, aunque no podía recordar cuándo fue la última vez que había comido algo. —¿Y Megan sigue desaparecida?

La ira que se acumuló en mi pecho se disipó ante la mirada triste en Su rostro. —Sí. Lo siento, Daniel.

—¿Pensé que eras todopoderoso! ¿Y qué pasaba contigo cuando no me ayudaste? Recibí más ayuda de los nórdicos y los japoneses que de Ti. ¿Fallé alguna prueba o caí en la tentación o algo así? - Me horroricé al darme cuenta de que mi ira ganada con esfuerzo había dado paso a lágrimas amenazantes. No era así el primer modo en que quería

usar mi nuevo ojo.

Dios negó con la cabeza. —*Ni en lo más mínimo. Mis hijos tienen libre albedrío. Quería ver cómo te iba en la aventura. Cuidaron de ti, ¿no crees?*

—*Pero no de Kate.*

Él fue hasta una repisa y bajó una botella que yo no había visto. Brillante líquido amarillo se arremolinaba dentro. Yo tragué. —*¿Es ella?* - pregunté, mi voz apenas un susurro.

—*La sustancia de Kate es menos etérea y más caótica, dañada como lo fue por un agente del caos. Este daño es diferente de a lo que estoy acostumbrado. Su desencarnación fue bastante traumática. En este momento, como tal vez es evidente debido a las almas desaparecidas, no soy completamente omnipotente. La fractura de Mi poder me ha pasado grave factura. Si le diera a Kate un ser corporal, me temo que su alma se filtraría y se disiparía.*

Miré la botella con angustia. —*Pero, ¿eres Dios, no? Tú nos arreglaste, ¡pues arréglala!*

Dios colocó la botella en la repisa y me miró. —*La postvida es demasiado caótica ahora para que yo pueda usar el poder que tengo y ayudarla.*

Me frunció el ceño, su rostro era tan triste que yo apenas podía mirarlo. —*Lo verdaderamente trágico aquí es que no soy el único dios que tiene la sabiduría para reparar las almas dañadas.*

Oh, mierda.

—*Odin, - confirmé.*

El asintió. —*Lo siento, Daniel.*

Él abandonó el estudio. Me senté allí con la silenciosa Kazuko y el alma arruinada de mi mejor amiga. Y mis dos ojos.

Y mi cerebritito mortal y estúpido.

Capítulo 15

El alma destrozada del ser que una vez se llamaba Kate vio al hombre derrumbarse y llorar. La mujer también lo observaba. El alma se preguntó por qué la mujer no consolaba al hombre, por qué solo se quedaba allí mirando. Eso no estaba bien. Una mujer alada entró en la habitación y le entregó a la mujer dos espadas. La mujer se levantó y las aceptó, inclinándose ante el sirviente. Se ató una espada alrededor de la cintura y la otra a la espalda.

Ella se acercó al hombre al final y tiró de él hasta ponerlo en pie. También recogió una banda blanca del suelo y le limpió eficientemente el rostro con esta. Él se la quitó y se metió la banda en el bolsillo de la túnica.

Él levantó después la botella del alma, dándole al alma un emocionante paseo mientras esta giraba dentro de sus confines. Él la observó, las lágrimas brotaron de nuevo, y luego lo volvió a colocar suavemente sobre la repisa.

Ambos se marcharon entonces. El alma quedó decepcionada, pero de alguna manera sabía que el hombre y la mujer la habían salvado del dolor abrasador de antes. No recordaba nada antes del dolor punzante. Le hubiera gustado salir a empujones de la botella, pero una necesitaba un cuerpo para eso.

El alma quedó un poco adormilada al no haber nada que ocupara su interés. Un par de ángeles entraron a la habitación, cambiando frenéticamente la realidad a su alrededor. Las paredes desaparecieron, el techo se disolvió y el suelo de madera del estudio se convirtió en la cubierta de un barco. El alma disfrutó del cabeceo de la cubierta y observó ansiosamente aparecer a más personas en la cubierta.

El Gran Ser estaba allí de nuevo, el hombre amable que había reunido el alma y la había puesto en este frasco antes de que se derritiera.

El Gran Ser estaba de pie en el barco, vestido con ropa ligera y un

sombrero para apartar el sol del rostro. Y estaba encarado a otros dos. Los dos hombres vestían trajes de negocios sin un hilo fuera de lugar, bien ajustados y con una expresiones en sus rostros de completa incomodidad. Hombres Muy Importantes, entonces. Líderes, tal vez. El Gran Ser les hablaba girando el timón del barco, y ellos luchaban por mantener el equilibrio. Frente a ellos, el mar se retorció y agitaba. Uno de los hombres frunció el ceño e intentó hablar, pero el Gran Ser lo interrumpió. El barco se balanceó y los hombres se agarraron a los aparejos.

El alma permanecía extrañamente arraigada a la cubierta del barco, sin verse afectada por la turbulencia. La causa de la agitación del agua se hizo evidente muy pronto, y los hombres gritaron cuando lo vieron.

Un gran remolino giraba más adelante, absorbiéndolo todo a su alrededor. El Gran Ser no luchaba contra la atracción, sino que dirigía el barco para que este quedara atrapado en la corriente. Ambos hombres hincaron sus rodillas y hablaron con el Gran Ser con lágrimas en los ojos. Viajaban más rápido cuando comenzaron a girar alrededor del remolino. El Gran Ser no les prestaba atención, sino que se inclinó para recoger el alma y su frasco.

Mientras la nave descendía, con los hombres desesperadamente agarrados al aparejo, el Gran Ser se bajó de la cubierta y cayó, aterrizando ágilmente en el estudio.

Volvió a poner el alma en la repisa, y esta esperó allí a que sucediera la próxima cosa emocionante.

El Gran Ser se encontró con ángeles que gesticulaban y agitaban los brazos. Una vez un ala perdida y desesperada casi derribó el alma en su base, pero el Gran Ser la estabilizó. Los ángeles hablaban de cosas como fracturas y caos y la entrega.

El alma deseaba tener manos. Esas cosas parecían divertidas.

El Gran Ser frunció el ceño y miraba al suelo. Luego sacó una carta de su túnica y se la entregó a un ángel. Estos salieron juntos de la habitación.

Pasó más tiempo. El alma intentó de nuevo lograr algún tipo de forma corpórea, pero no pudo conseguir ni tan solo un dedo.

Más ángeles Más reuniones. El alma comenzó a aburrirse. No existía el concepto de pasar el tiempo aquí en esta pequeña habitación, y no había más emocionantes viajes en barco.

Fue durante una reunión con algunos niñitos brillantes que por fin sucedió algo emocionante.

El hombre regresó con la mujer detrás de él y su rostro aún inmóvil. El hombre llevaba una de las espadas ahora, desenvainada. Llevaba la misma túnica blanca, solo que ahora estaba hecha jirones, arenosa y ensangrentada. El alma se preguntó qué aventuras habrían visto esos dos. El hombre se volvió para observar el alma, y la herida en su rostro fue de pronto evidente: había perdido el ojo izquierdo, la cuenca y tres profundos arañazos estaban tapados por el trapo blanco que él había usado antes para limpiarse las lágrimas.

El hombre hablaba rápidamente al Gran Ser, su mano blanca se esforzaba por agarrar su espada con firmeza y los músculos de su mandíbula se tensaban.

El Gran Ser aceptó esta interrupción con calma, despidiendo a los niños y levantándose para recibir al hombre. Tocó al hombre en el hombro y sonrió, y el hombre relajó su agarre. La mujer se arrodilló junto a la puerta.

El Gran Ser sentó al hombre y ambos hablaron durante mucho tiempo. El ojo restante del hombre estaba muy abierto mientras el Gran Ser hablaba, y el hombre asentía lentamente. El Gran Ser sonrió por última vez al alma en su frasco antes de abandonar la habitación.

Elige una vida a la que regresar. Elige un cuerpo. El alma se sorprendió al escuchar la voz. Imágenes destellaron entonces: un bebé, una anciana, un granjero sucio y una joven. Animales, después, un ratón, una jirafa, una hiena, un zorro. Cuando al final aterrizó en un halcón, el alma se hinchó de emoción.

Por favor, Kate, suplicó la voz. La imagen de la joven apareció de

nuevo, con emociones que la acompañaban. Amor, anhelo, frustración, coraje, compasión, independencia. La joven había tenido una buena vida. Su cuerpo era fuerte. Aunque los animales presentaban posibilidades fascinantes, el alma descubrió que las limitaciones eran demasiado grandes.

Yo soy Kate

Daniel dio un paso atrás, se le cortó la respiración y Kate se materializó frente a él. Él desvió la vista rápidamente ante la desnudez de la joven, y los ángeles entraron silenciosamente en la habitación para vestirla con una túnica.

—*¿Kate? ¿Estás bien?*- dijo el hombre.

—*Yo... creo que sí.* - El alma que ahora era Kate de nuevo se frotó su nueva cara. —*He... visto tantas cosas.*

Daniel se precipitó hacia adelante y la abrazó, enterrando la cabeza en su hombro. —*Perdona por haberte dejado ir por delante sin protección. No sé en que estaba pensando, y tú estabas tan deprimida. Pensé que te había perdido. Oh, cuánto lo siento.*

Kate se quedó quieta contemplando la pared opuesta. —*No estoy segura de recordar de qué estás hablando.*

Daniel levantó la cabeza para mirarla. —*¿No te acuerdas?*

Ella negó con la cabeza cuando él dio un paso atrás. —*Recuerdo que soy Kate. Tú eres Daniel. Recuerdo que somos amigos. Y... que morimos juntos,* - se frotó la cara de nuevo. —*Lo siento. Puede llevarme algo de tiempo.*

La mujer japonesa apareció detrás de Daniel y se paró a su lado. Se inclinó con reverencia y dijo: —*Soy Kazuko. Es un honor encontrarme de nuevo con la mujer que lleva a mi compañero a actos tan apasionados.*

Kate la miró fijamente. —*Lo siento, a ti tampoco te recuerdo.*

—*No pasa nada, ya recordarás,* - dijo Daniel. Se giró hacia Kazuko. —*Tengo razón, ¿verdad? ¿Lo recordará?*

La mujer se encogió de hombros delicadamente.

Kate intentó extender la mano, pero luego la retiró y se inclinó en una torpe reverencia.

—*¿Qué le pasó a tu ojo, Daniel?*

Él hizo una mueca, tocando los bordes de las vendas manchadas de sangre. —*Esa es una historia muy, muy larga. ¿Qué tal en otro momento?*

* * *

Los tres se sentaron en silencio, contentos de recuperarse de la desorientación de Kate y la incomodidad de Daniel por su lesión. Todos levantaron la vista agradecidos cuando se abrió la puerta del estudio y entró un niño pequeño.

Los ojos de Daniel se abrieron. —*Ganímedes. ¿Por qué no estás en el Olimpo?*

El niño, cuyos rizos dorados colgaban de sus ojos azules, frunció el ceño hacia el suelo.

—*Ya no me necesitan, - dijo. —Hubo demasiadas muertes en la batalla del Eliseo.*

Kate levantó la cabeza bruscamente. —*¿Quiénes?*

Los ojos de Ganímedes se llenaron de lágrimas. —*Mi maestro, Zeus. La diosa Afrodita. El dios Hermes.*

Kate jadeó y se recostó en su silla.

Daniel puso la mano sobre el hombro del niño. —*Lo siento mucho, Ganímedes.*

El chico negó con la cabeza. —*Tengo instrucciones de traerte esto. - Le entregó a Daniel un par de mochilas y salió de la habitación.*

Daniel dejó las mochilas en el suelo. —*¿A dónde van los dioses muertos cuando mueren? - le preguntó a Kazuko. —Todos los dioses*

del Ragnarök, Susanoo, ahora los griegos. ¿Dónde están todos?

La mujer sonrió levemente. —*Los dioses no pueden irse nunca. Simplemente se reinventan.*

Daniel puso la mano sobre la rodilla de Kate. —*No se ha ido, Kate, igual que tú y yo cuando morimos.*

Ella se cubrió la cara con las manos. —*A él, lo recuerdo.*

Daniel retiró la mano torpemente y la observó durante un momento. Luego examinó las mochilas. Y gruñó.

—*¿Qué pasa?* - preguntó Kazuko.

Daniel sacó un collar cursi de una de las mochilas. —*Parece que vamos a viajar de nuevo.*

—*Esto no es sorprendente,* - dijo ella. —*Él todavía os exige viajar por el cielo.*

Daniel abrió un sobre que encontró debajo del llamativo collar. Lo abrió y el color abandonó de su rostro.

—*Esta vez no. Tenemos que buscar en otros lugares esas almas perdidas.*
- Daniel las miró a ambas. —*Nos vamos al infierno.*

FIN

Agradecimientos

A todos los patrocinadores de Kickstarter que hicieron esto posible y creyeron en el proyecto. Demasiados para nombrar, estoy agradecida a todos vosotros.

Vistazo a INFIERNO: Postvida 2, Capítulo 1

Yo no tenía concepto ni del tiempo ni de mí misma siendo una alma. Recuerdo haber visto cómo el Divino castigaba a los líderes mundiales (que es lo que Daniel y Kazuko me dijeron que Él había hecho). Cuando perdí la forma pero fui tocada por el Divino, se me reconstruyó lo suficiente como para comprender mi entorno, si no mi propia identidad.

Estábamos los tres en el estudio del Divino. Yo ya no podía darle a Ello un nombre, sino más bien recordar completamente Su toque. Aquello transcendía el Hombre y la Mujer. La cara que llevaba era una máscara para que la mayoría de las almas pudieran comprender lo que ellas querían ver. Pero no había comprensión de la verdad. Tal poder tenía Aquello, tal sabiduría. Encarnaba las cualidades de cada dios y diosa que yo había encontrado y me hizo preguntarme: ¿era Aquello una mezcla de todos los dioses, o era el brote del que todos los demás dioses habían nacido?

Argumentos teológicos aparte, nosotros teníamos una misión. El porqué la fuente de tal poder requería de nosotros para emprender esta búsqueda me superaba, pero tratar de entender Su voluntad era como intentar beber de una cascada. Yo solo podía beber un poco a la vez.

Daniel me entregó una mochila. La acepté sin palabras y me la puse. Kazuko se levantó de su solemne posición arrodillada y señaló detrás de nosotros.

—*Esa es el camino de salida*, - dijo ella.

Había una puerta donde no había ninguna antes, en medio de la pared. Un símbolo griego estaba tallado en la puerta, y me tomó un momento reconocer la Omega.

Daniel lideró el camino, con Kazuko siguiéndole y yo cerrando la retaguardia. La puerta se abrió a un pasillo oscuro. —*Genial*, - murmuró Daniel.

Cerré la puerta detrás de nosotros y eso nos dejó en la oscuridad total.

—*¿Por qué has hecho eso?* - Espetó Daniel. Él había estado distante desde su arrebato inicial. Creo que mi incapacidad para recordar le molestaba mucho, como si se tomara aquello como algo personal.

—*No lo sé*, - le dije. —*Hábito, supongo. No dejes las puertas abiertas. La abuela Melissa siempre decía que entraban moscas. Que los perros salían. Que se desperdiciaba el aire acondicionado.* - Rebusqué en mi mochila hasta que sentí algo en forma de linterna.

La encendí y pasé junto a los dos en el pasillo. —*Vamos.*

Caminamos durante un rato. Todavía me zumbaban mis experiencias en la cabeza y, por un breve momento, lamenté no haber escogido la forma de halcón. El halcón probablemente no estaría preocupado por el frío silencio detrás de mí.

—*Bueno, ¿cuándo vas a decirme qué te pasó en el ojo?* - le pregunté.

Daniel hizo un ruidito.

—*Olvídalo*, - le dije.

—*No, no pasa nada.* - Su voz había perdido el filo que había ganado.

—*Después de que... tuviste tu... encuentro con ese ángel demonio... sucedieron algunas cosas.*

—*Eso no me dice gran cosa.* - No miré a mi alrededor, sino que seguí caminando por el pasillo, el cual había pasado de ser un pasillo a un túnel de piedra.

La suave voz de Kazuko flotó desde atrás. —*Después del altercado con la entidad que te atacó, explotamos en pedazos. Dios recompuso a Daniel: completo con ojo y todo, pero sin la sabiduría de Odin. Resultó que Dios necesitaba la sabiduría del Padre de Todo para restaurarte. Daniel encontró luego la manera de recuperar lo que necesitaba. Recuperó la sabiduría, entregó un ojo a cambio y... ya conoces el resto.*

Me detuve y le iluminé la cara. Ella no hizo ni una mueca ante el repentino brillo. —*Perdona. ¿Puedes repetir eso otra vez?*

* * *

La cueva se vaciaba en una llanura estéril. Gritos distantes sonaron desde lejos. Nos detuvimos en la boca de la cueva y contemplamos los desechos grises y los nudosos y ennegrecidos árboles ante nosotros.

—Bueno, ¿qué demonios es esto? - pregunté.

—Esto no es el infierno, - dijo Kazuko. —Esto es el purgatorio.

Daniel la miró con el ceño fruncido. —¿Y cómo diablos sabes tú eso?

—Soy vuestro guía.

Él se giró hacia mí, suspirando. —¿Has visto? No para de responder eso.

Yo no le devolví su exasperada sonrisa. Señalé cuando aparecieron figuras. En la tarde gris (¿qué hora era, por cierto?) estas iluminaban la penumbra a su alrededor. Las ascuas danzaban entre las figuras en llamas, y se retorcían mientras caminaban.

—Dios mío, - dijo Daniel. —Si esto es el purgatorio, ¿cómo será el infierno? - tragó. Al parecer ya sabía la respuesta a su pregunta: tenía un dios dentro que se lo decía.

Yo era solo yo.

¿Qué estaba yo haciendo allí?

Kazuko habló. —Esos son los lujuriosos. El fuego arde en ellos mientras se preparan para entrar al Cielo. En cuanto se hayan purificado, se les permitirá lavarse en el río Lete y entrar al paraíso.

Daniel resopló. —Paraíso. Cierto. Qué maravilla, ¿eh, Kate?

Recordé el toque del Divino. —Es todo lo que ellas podrían esperar. Recibirán su recompensa.

La mandíbula de Daniel cayó ligeramente. —Por favor, dime que estás bromeando. ¿No recuerdas haber ido al cielo, como era todo humo

y espejos? ¿Que ni siquiera entramos juntos, pero te encontré y nos fuimos a explorar?

—Excepto que fuimos enviados a observar el fin del mundo, - dije distraídamente.

Él cerró la mandíbula de golpe. —¿Recuerdas eso?

Yo asenti. —Estoy recordando algunas cosas, poco a poco.

—Pero no era eso lo que quise decir. Ambos acordamos que el cielo no era sino toda esa milonga, y nos fuimos. ¿Y ahora te lo estás creyendo?

—Tú no lo has visto, - susurré.

—¿Visto qué?

—No has sentido el verdadero toque del Divino. Tu visión está coloreada por tu ira.

—¿Qué eres ahora, una fundamentalista? ¿Qué demonios, Kate?

Incliné la cabeza tratando de entender. —Llevas una parte del Divino dentro de ti, Daniel. Cuando te des cuenta de eso, lo entenderás.

—¡Ñah! - gritó él levantando las manos. Salió a grandes zancadas de la cueva y se dirigió hacia los caminantes en llamas. Nuestro guía, la estoica Kazuko, lo siguió. Yo hice una pausa antes de seguir sus pisadas.

La persona a la cabeza de los peregrinos, una mujer alta con una larga falda, se detuvo y se inclinó en reverencia ante nosotros. Las llamas goteaban de su cabello y su rostro se retorció en agonía, pero no emitía ningún sonido de angustia. —Visitantes a nuestra tierra esperanzada, - dijo ella. —¿Qué noticias traéis?

—Uh, en realidad vamos por nuestro camino hacia abajo. ¿Puedes señalarnos la salida del purgatorio? - preguntó Daniel.

—¿Hacia abajo? ¿Venís de la santa luz del cielo? - la mujer casi lloró de esperanza.

—Sí, - respondió Daniel. —*Dios nos envió en una misión.*

—*¿Nos libró Él de nuestra penitencia?*

—*Uh, bueno, no del todo,* - dijo él cambiando el peso de un pie a otro, mirando a Kazuko. —*¿En qué andáis? Veré si puedo interceder positivamente.*

—*Soy Gloria Francis Smoot,* - dijo ella inclinándose. —*Una destacada madam de Nueva Orleans. Mi casa de mala reputación fue notoria durante la Guerra de Agresión del Norte.*

—*Tío. ¿Llevas aquí desde la Guerra Civil?* - Daniel se quedó mirándola.

—*Bueno, sí. Todo ese tiempo se necesita para eliminar la mancha del pecado, o hasta que llegue el Día del Juicio. Y nuestro día llegará.*

—*¡Qué coño está pasando!* - gritó Daniel. Pisoteó por ahí agitando los brazos. —*¿Es que el mundo se ha vuelto loco? Mi mejor amiga es una fundamentalista, vosotros estáis aquí en llamas, escupiendo esa mierda de que está bien que estéis en llamas porque seréis perdonados el Día del Juicio, y ni siquiera lo sabéis.*

Él se paró ante ella y la agarró por los hombros, apretando su carne quemada con fuerza. Yo hice una mohín de empatía cuando las manos de Daniel se pusieron rojas.

—*Escúchame,* - dijo él. —*Esto es una artimaña. El Día del Juicio Final fue el miércoles pasado. Se acabó. El cielo está más ocupado que la tienda Macy el día después de Acción de Gracias. Él se ha olvidado de vosotros.*

Ella lo apartó de una sacudida y dio un paso atrás. Sus compatriotas se movieron y se miraron unos a otros a través de las llamas. —*¿Eres un enviado de Satanás? ¿Es esta mi prueba final?*

—*No te enteras de nada,* - dijo Daniel con los dientes apretados. —*Nosotros no somos de allí, nosotros vamos allí.*

—*Mientes,* - dijo ella. Su voz apenas era audible por el crepitar de las llamas alrededor de su cuerpo.

—¿De verdad? - preguntó él. Señaló a la derecha, a unos cien metros de distancia, donde un ángel estaba frente a una puerta de hierro, mirándonos. —*Pregúntale a ese. Probablemente no puede mentir, ¿no?*

Una mujer puso su mano sobre el brazo de Gloria. —*No desesperes, Gloria. Debes mantener la fe.* Sus amigos se apiñaron a su alrededor, haciendo que los incendios individuales crecieran en una gran hoguera, y nosotros retrocedimos entornando los ojos.

—*Esto es ridículo. Salgamos de aquí,* - dijo Daniel.

Los dejamos acurrucados y llorando. Daniel daba zancadas muy por delante de nosotros, con la columna recta y los puños apretados.

—*Eso que hizo fue una porquería,* - le dije a Kazuko. —*Les arrebató la poca esperanza que les quedaba.*

—*Daniel se dedica a revelar la verdad,* - respondió ella.

—*Muy de Expediente X,* - murmuré. Corrí para alcanzar a Daniel y le puse la mano sobre el hombro.

—*Necesitamos acampar, colega,* - le dije.

—¿*De qué estás hablando?* - se quejó él.

Señalé el cielo turbulento. —*Está oscureciendo. Ya no estamos en el cielo. Al parecer los otros lugares tienen noche.*

Intentamos encender un fuego, pero no pudimos encontrar madera. Pensé en sugerir que convenciéramos a un alma lujuriosa que se uniera a nosotros para poder ver con su luz atormentada, pero luego pensé que Daniel no lo encontraría divertido.

Kazuko se estiró sobre una manta ligera, mano sobre la espada. Daniel se abrazó a las rodillas plegadas junto al pecho y miró en la dirección por donde habíamos venido, encarando los fuegos de las almas en pena.

Los recuerdos permanecían en mi mente como historias que yo hubiera leído una vez pero que nunca había experimentado. Dudé un momento, luego fui hasta él y me senté con mi espalda junto a la

suya. Me apoyé en él y él se relajó en mí también.

—*Lamento haberte mentado, Kate, y lamento haberte dejado pasar por lo del ángel sin mí,* - dijo. Su voz era cansada, derrotada.

—*Yo nunca habría reclamado mi independencia si no hubiera sido por ti, Daniel,* - le dije.

—*Aún así. Te perdí durante lo que me pareció mucho tiempo. De verdad que te eché de menos.*

Me quedé en silencio durante un tiempo.

—*¿Quieres contarme lo que pasó?* - dije finalmente.

—*¿Podemos hablar de eso más tarde? Aún es muy reciente,* - dijo, y se movió cuando su brazo tocó el vendaje de la herida en su rostro.

—*Claro.*

—*¿Por qué nunca me dijiste que estabas enamorada de mí?* - me preguntó.

Debería haberme sentido nerviosa y sonrojada, pero no lo estaba. —*Varias razones, supongo. Sabía que decirlo dejaría las cosas raras entre nosotros si tú no sentías lo mismo. Y si sentías lo mismo por mí, algún día podríamos romper y yo te perdería por completo. Y luego estaba el hecho de que te lo dije hace casi año y medio y tú no correspondiste esos sentimientos.*

Giró la cabeza, intentando verme en visión periférica. —*¿Qué? ¿Cuándo fue esto?*

—*Fue en Navidad, estábamos pasando el rato en tu casa viendo la tele, las luces parpadeaban. Parecía el momento perfecto. Te entregué una nota de amor con tu regalo al día siguiente, y tú nunca dijiste nada al respecto.*

—*Oh... cierto. Demonios, yo estaba enamorado de diez personas diferentes a la semana por aquel entonces. No me di cuenta de que hablabas en serio.*

Resoplé. —*Era imposible dejarlo más claro. ¿Querías un mapa o qué?*

El no respondió. Yo miré hacia la oscuridad, y supongo que él miraba las parpadeantes almas ardientes.

—*¿Qué vamos a hacer respecto a ellas?* - le pregunté.

—*¿Hacer?*

—*Sí. Las almas atormentadas. Las que arden en pena y todo eso.*

—*Nada. No es nuestro trabajo liberarlas, nosotros solo estamos buscando a las perdidas.*

—*Supongo que con entre todas esas cosas de dios que tienes, te saltaste la compasión.*

Él estaba notablemente quieto. Yo bostecé, cansada por haber vuelto a mi ser corpóreo, y me tumbé detrás de Daniel. Me apoyé en él, manteniendo contacto, y me quedé dormida con una sensación persistente de algo en mi cerebro.

* * *

Cuando desperté, Daniel aún estaba sentado, pero tenía la cabeza sobre los brazos y dormitaba. Kazuko estaba sentada con las piernas cruzadas y preparaba té. La vi verter agua de una cantimplora en su tetera y la idea que me había estado molestando finalmente se solidificó.

Sonreí y sacudí suavemente el hombro de Daniel. Él levantó la cabeza e hizo una mueca al llevarse la mano al cuello. Me fulminó con la mirada. —*Nunca, nunca, vas a dejarme dormir, ¿verdad?*

—*No mientras siga teniendo ideas brillantes. Necesitas estar despierto para ponerte al día.*

Él masculló algo y miró a Kazuko. —*¿Tú no se suponía que debías protegerme?*

Ella no respondió, pero tomó un sorbo de té.

—*De acuerdo. Cuenta, ¿qué gloriosa idea ha surgido, completamente desarrollada, de tu cabeza?*

—*Vamos, - le dije, y tiré de él para ponerlo en pie.*

De pronto era maravilloso tener un cuerpo de nuevo, y agarré nuestras dos mochilas y corrí hacia la colina que las almas torturadas rodeaban. Mis pies batían el suelo y superé a Daniel, que se quedó atrás, quejándose de que le dolía el ojo.

Me detuve en seco cuando las escuché, cantando y llorando, pidiendo a Dios que las recordara. Dejé caer al suelo las mochilas y busqué dentro de una hasta que encontré lo que necesitaba. Agarré el mango y saqué un cubo de agua.

Daniel me alcanzó. —*¿Qué demonios estás haciendo?*

—*El Divino no restauró mi alma, ¿verdad?*

Él se pasó una mano por la cara. —*No, Él me obligó a hacerlo.*

—*¿Y cómo tenías tú el poder de hacer algo tan increíble?*

—*Tengo un poco de Odin en un corte. ¿Adónde quieres llegar?*

Empujé el cubo hasta sus manos. Parte del agua se derramó por el lado y le mojó los vaqueros. Él maldijo.

—*Libéralas. Perdónalas. Sálvalas.*

Él se quedó mirándome con un ojo abierto. Las almas se acercaban renqueando, reconociendo a Daniel. Sus rostros desesperados se volvieron enojados y horribles. Señalaron a Daniel y comenzaron a correr hacia nosotros.

El ssshink del acero saliendo de una vaina sonó detrás de mí, pero extendí mi brazo para bloquear a Kazuko. —*Espera, - le dije.*

Ella rodeó mi brazo y se paró a mi lado, preparada.

La multitud llameante se acercaba y Daniel me miró por encima del hombro. —*¿Hablas en serio?*

—*Totalmente.*

El se encogió de hombros. —*Funcionó con Dorothy.* - Y con eso arrojó el cubo de agua a la multitud.

Con un siseo, las llamas desaparecieron. Siete almas mojadas quedaron frente a nosotros, demasiado sorprendidas para continuar con el plan de evisceración de mi amigo.

La mujer con la que habíamos hablado la noche anterior, Gloria, extendió una mano y se quedó mirándola.

—*Ya pasó,* - dijo Daniel. Yo noté que él estaba mucho más nervioso de lo que parecía. —*Vuestro tormento ha terminado. Sois libres de continuar hacia vuestro paraíso.*

Gloria miró al ángel que guardaba la puerta. Este bajó la cabeza y se hizo a un lado, dejando libre la entrada al Cielo.

Ella se lanzó, aún húmeda, alrededor del cuello de Daniel, llorando y agradeciéndole. Él dejó caer el cubo y trastabilló un poco antes de devolver torpemente el abrazo. Las almas le dejaron, después de cada abrazo o beso.

Intentando no sonreír, yo le entregué una toalla. Él se limpió la cara y la chaqueta. —*¿Quieres explicarme qué acaba de pasar?*

—*Aún no estoy del todo segura. Estoy trabajando en ello,* - le dije guardando la toalla y el cubo en mi mochila. —*Hasta que lo descubra, tenemos más almas lujuriosas que liberar.*

Daniel frunció el ceño por un momento. —*Nos hemos quedado sin agua. Estoy seguro de que hay muchas más almas por aquí que ese grupito.*

Lo miré fijamente. —*Colega.* - Señalé el cubo donde lo él había dejado caer. Estaba en vertical y lleno de agua otra vez.

—*¿Cómo?* - preguntó con los ojos muy abiertos.

—*Por el amor de Dios, Daniel. Estamos en la postvida. Yo construí una casa, un jardín, un falso tú y una relación de nada más que puro deseo.*

¿Crees que no puedo soñar un poco de agua? Inténtalo.

—*Guao, piensas en todo, - dijo, suspirando. —Pero parece que necesitas algo.*

Ladeé la cabeza. —*¿El qué?*

—*Una ducha. - Me arrojó el cubo y me bañó de inmediato. Y jadeé cuando el agua fría me empapó. Cuando me limpié el agua y el cabello fibroso de los ojos, él se alejaba corriendo a carcajadas.*

—*¡Serás total y completo traidor!* - le chillé recogiendo el cubo y corriendo tras él.

El cubo se hacía más pesado mientras corría, y bajé la vista para ver que se llenaba de agua otra vez. Algunas feroces almas ardían delante de nosotros por donde Daniel estaba corriendo. Por mucho que quisiera devolvérsela, recordé lo que era importante.

Había muchas almas en el purgatorio a las que llegar.

FIN del capítulo

No te pierdas INFIERNO, serie Postvita 2 en [Artifacs Libros](#)